

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23.

NUM. 276.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

—
DICIEMBRE 1911
—

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Homo sum; nihil humani a me alienum puto, dijo el cómico latino. Y yo diría, más bien, *nullum hominem a me alienum puto*; soy hombre, á ningún otro hombre estimo extraño. Porque el adjetivo *humanus* me es tan sospechoso como su sustantivo abstracto *humanitas*, la humanidad. Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere,—sobre todo muere—el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y á quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.

Porque hay otra cosa, que llaman también hombre, y es el sujeto de no pocas divagaciones más ó menos científicas. Y es el bípedo implume de la leyenda, el ζῷον πολιτικόν de Aristóteles, el contratante social de Rousseau, el *homo œconomicus* de los manchesterianos, el *homo sapiens* de Linneo, ó, si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí ó de allí, ni de esta época ó de la otra, que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre.

El nuestro es el otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pesamos sobre la tierra.

Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y

el supremo objeto á la vez de toda filosofía, quiéranlo ó no ciertos sedicentes filósofos.

En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta á los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica.

Cúmplenos decir, ante todo, que la filosofía se acuesta más á la poesía que no á la ciencia. Cuantos sistemas filosóficos se han fraguado como suprema concinación de los resultados finales de las ciencias particulares en un período cualquiera han tenido mucha menos consistencia y menos vida que aquellos otros que representaban el anhelo integral del espíritu de su autor.

Y es que las ciencias, importándonos tanto, y siendo indispensables para nuestra vida y nuestro pensamiento, nos son, en cierto sentido, más extrañas que la filosofía. Cumplen un fin más objetivo, es decir, más fuera de nosotros. Son, en el fondo, cosa de economía. Un nuevo descubrimiento científico, de los que llamamos teóricos, es como un descubrimiento mecánico, el de la máquina de vapor, el teléfono, el fonógrafo, el aeroplano, una cosa que sirve para algo. Así, el teléfono puede servirnos para comunicarnos á distancia con la mujer amada. ¿Pero ésta, para que nos sirve? Toma uno el tranvía eléctrico para ir á oír una ópera, y se pregunta: ¿cuál es en este caso más útil, el tranvía ó la ópera?

La filosofía responde á la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender ó de no comprender el mundo y la vida, brota de nues-

tro sentimiento respecto á la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconcientes, inconcientes tal vez.

No suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas ó pesimistas, sino que es nuestro optimismo ó nuestro pesimismo, de origen fisiológico ó patológico quizás, tanto el uno como el otro, el que hace nuestras ideas.

El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo ó sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia, sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar á un gato que no reír ó llorar. Acaso llore ó ría por dentro, pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado.

Y así, lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre.

Tomad á Kant, al hombre Manuel Kant, que nació y vivió en Koenisberg á fines del siglo XVIII y hasta pisar los umbrales del siglo XIX. Hay en la filosofía de este hombre Kant, hombre de corazón y de cabeza, es decir: hombre, un significativo salto, como habría dicho Kierkegaard, otro hombre—¡y tan hombre!—el salto de la «Crítica de la Razón Pura» á la «Crítica de la Razón Práctica». Reconstruye en ésta, digan lo que quieran los que no ven al hombre, lo que en aquélla abatió. Después de haber examinado y pulverizado con su análisis las tradicionales pruebas de la existencia de Dios, del Dios aristotélico, que es el Dios que corresponde al ζῷον πολιτικόν, del Dios abstracto, del primer motor inmóvil, vuelve á reconstruir á Dios, pero al Dios de la conciencia, al Autor del orden moral, al Dios luterano, en fin. Ese salto de Kant está ya en germen en la noción luterana de la fe.

El un Dios, el dios racional, es la proyección al infinito de fuera del hombre por definición, es decir, del hombre abstracto, del hombre no hombre, y el otro Dios, el dios sentimental ó volitivo, es la proyección al infinito de dentro del hombre por vida, del hombre concreto, de carne y hueso.

Kant reconstruyó con el corazón lo que con la cabeza había abatido. Y es que sabemos, por testimonio de los que le conocieron y por testimonio propio, en sus cartas y manifestaciones privadas, que el hombre Kant, el solterón un sí es no es egoísta, que profesó filosofía en Koenisberg á fines del siglo de la Enciclopedia y de la diosa Razón, era un hombre muy preocupado del problema. Quiero decir del único verdadero problema vital, del que más á las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma. El hombre Kant no se resignaba á morir del todo. Y porque no se resignaba á morir del todo, dió el salto aquel, el salto inmortal, de una á otra crítica.

Quien lea con atención y sin antojeras la «Crítica de la Razón Práctica», verá que, en rigor, se deduce en ella la existencia de Dios de la inmortalidad del alma, y no ésta de aquélla. El imperativo categórico nos lleva á un postulado moral que exige á su vez, en el orden teleológico ó más bien escatológico, la inmortalidad del alma, y para sustentar esta inmortalidad aparece Dios. Todo lo demás es escamoteo de profesional de la filosofía.

El hombre Kant sintió la moral como base de la escatología, pero el profesor de filosofía invirtió los términos.

Ya dijo no se dónde otro profesor, el profesor y hombre Guillermo James, que Dios para la generalidad de los hombres es el productor de inmortalidad. Sí, para la generalidad de los hombres, incluyendo al hombre Kant, al hombre James y al hombre que traza estas líneas que estás, lector, leyendo.

Un día, hablando con un campesino, le propuse la hipótesis de que hubiese, en efecto, un Dios que rige cielo y tierra, Conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal en el sentido tradicional y concreto. Y me respondió: «Entonces, ¿para qué Dios?» Y así se respondían en el recóndito foro de su conciencia el hombre Kant y el hombre James. Sólo que al actuar como profesores tenían que

justificar racionalmente esa actitud tan poco racional. Lo que no quiere decir, claro está, que sea absurda.

Hegel hizo célebre su aforismo de que todo lo racional es real y todo lo real racional; pero somos muchos los que, no convencidos por Hegel, seguimos creyendo que lo real, lo realmente real, es irracional; que la razón construye sobre irracionalidades. Hegel, gran definidor, pretendió reconstruir el universo con definiciones, como aquel sargento de artillería decía que se construyen los cañones tomando un ahujero y recubriéndole de hierro.

Otro hombre, el hombre José Butler, obispo anglicano, que vivió á principios del siglo XVIII, y de quien dice el cardenal católico Newman que es el nombre más grande de la Iglesia anglicana, al final del capítulo primero de su gran obra sobre la analogía de la religión (*The Analogy of Religion*), capítulo que trata de la vida futura, escribió estas preñadas palabras: «Esta credibilidad en una vida futura, sobre lo que tanto aquí se ha insistido, por poco que satisfaga nuestra curiosidad, parece responder á los propósitos todos de la religión tanto como respondería una prueba demostrativa. En realidad, una prueba, aun demostrativa, de una vida futura, no sería una prueba de religión. Porque el que hayamos de vivir después de la muerte es cosa que se compadece tan bien con el ateísmo, y que puede ser por éste tan tomada en cuenta como el que ahora estamos vivos, y nada puede ser, por lo tanto, más absurdo que argüir del ateísmo que no puede haber estado futuro.»

El hombre Butler, cuyas obras acaso conociera el hombre Kant, quería salvar la fe en la inmortalidad del alma, y para ello la hizo independiente de la fe en Dios. El capítulo primero de su *Analogía* trata, como os digo, de la vida futura, y el segundo, del gobierno de Dios por premios y castigos. Y es que, en el fondo, el buen obispo anglicano deduce la existencia de Dios de la inmortalidad del alma. Y como el buen obispo anglicano partió de aquí, no tuvo que dar el salto que á fines

de su mismo siglo tuvo que dar el buen filósofo luterano. Era un hombre el obispo Butler, y era otro hombre el profesor Kant.

Y ser un hombre es ser algo concreto, unitario y sustantivo, es ser cosa, *res*. Y ya sabemos lo que otro hombre, el hombre Benito Spinoza, aquel judío portugués que nació y vivió en Holanda á mediados del siglo xvii, escribió de toda cosa. La proposición 6.^a de la parte III de su *Ética*, dice: *unaquaque res, quatenus in se est, in suo esse perseverare conatur*; es decir, cada cosa, en cuanto es en sí, se esfuerza por perseverar en su sér. Cada cosa, en cuanto es en sí, es decir, en cuanto sustancia, ya que, según él, sustancia es *id quod in se est et per se concipitur*, lo que es por sí y por sí se concibe. Y en la siguiente proposición, la 7.^a, de la misma parte añade: *conatus, quo unaquaque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius res actualem essentiam*; esto es, el esfuerzo con que cada cosa trata de perseverar en su sér no es sino la esencia actual de la cosa misma. Quiere decirse que tu esencia, lector, la mía, la del hombre Spinoza, la del hombre Butler, la del hombre Kant y la de cada hombre que sea hombre, no es sino el conato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir. Y la otra proposición que sigue á estas dos, la 8.^a, dice: *conatus, quo unaquaque res in suo esse perseverare conatur, nullum tempus finitum, sed indefinitum involvit*, ó sea: el esfuerzo con que cada cosa se esfuerza por perseverar en su sér, no implica tiempo finito, sino indefinido. Es decir, que tú, yo y Spinoza queremos no morirnos nunca y que este nuestro anhelo de nunca morirnos es nuestra esencia actual. Y, sin embargo, este pobre judío portugués, desterrado en las nieblas holandesas, no puedo llegar á creer nunca en su propia inmortalidad personal, y toda su filosofía no fué sino una consolación que fraguó para esa su falta de fe. Como á otros les duele una mano ó un pie ó el corazón ó la cabeza, á Spinoza le dolía Dios. ¡Pobre hombre! ¡Y pobres hombres los demás!

Y el hombre, esta cosa, es una cosa? Por absurda que pa-

rezca la pregunta, hay quienes se la han propuesto. Anduvo no ha mucho por el mundo una cierta doctrina que llamábamos positivismo, que hizo mucho bien y mucho mal. Y entre otros males que hizo, hizo el de traernos un género tal de análisis que los hechos se pulverizaban con él, reduciéndose á polvo de hechos. Los más de los que el positivismo llamaba hechos, no eran sino fragmentos de hechos. En psicología su acción fué deletérea. Hasta hubo escolásticos metidos á literatos—no digo filósofos metidos á poetas, porque poeta y filósofo son hermanos gemelos, si es que no la misma cosa,—que llevaron el análisis psicológico positivista á la novela y al drama, donde hay que poner en pie hombres concretos, de carne y hueso, y en fuerza de estados de conciencia, las conciencias desaparecieron. Les sucedió lo que dicen sucede con frecuencia al examinar y ensayar ciertos complicados compuestos químicos orgánicos, vivos, y es que los reactivos destruyen el cuerpo mismo que se trata de examinar, y lo que obtenemos son no más que productos de su composición.

Partiendo del hecho evidente de que por nuestra conciencia desfilan estados contradictorios entre sí, llegaron á no ver claro la conciencia, el yo. Preguntarle á uno por su yo, es como preguntarle por su cuerpo. Y cuenta que al hablar del yo, hablo del yo concreto y personal; no del yo de Fichte, sino de Fichte mismo, del hombre Fichte.

Y lo que determina á un hombre, lo que le hace *un* hombre, uno y no otro, el que es y no el que no es, es un principio de unidad y un principio de continuidad. Un principio de unidad primero en el espacio, merced al cuerpo, y luego en la acción y en el propósito. Cuando andamos, no va un pie hacia adelante y el otro hacia atrás; ni cuando miramos, mira un ojo al Norte y el otro al Sur, como estemos sanos. En cada momento de nuestra vida tenemos un propósito, y á él conspira la sinergia de nuestras acciones. Aunque al momento siguiente cambiemos de propósito. Y es en cierto sentido un hombre tanto más hombre, cuanto más unitaria sea su acción. Hay

quien en su vida toda no persigue sino un solo propósito, sea el que fuere.

Y un principio de continuidad en el tiempo. Sin entrar á discutir—discusión ociosa—si soy ó no el que era hace veinte años, es indiscutible, me parece, el hecho de que el que soy hoy proviene, por serie continua de estados de conciencia, del que era en mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir.

Todo esto es de una perogrullería chillante, bien lo sé; pero es que rodando por el mundo, se encuentra uno con hombres que parece no se sienten á sí mismos. Uno de mis mejores amigos, con quien he paseado á diario durante muchos años enteros, cada vez que yo le hablaba de este sentimiento de la propia personalidad, me decía: «Pues yo no me siento á mí mismo; no sé qué es eso.»

En cierta ocasión, este amigo á que aludo me dijo: «Quisiera ser fulano» (aquí un nombre), y le dije: eso es lo que yo no acabo nunca de comprender, que uno quiera ser otro cualquiera. Querer ser otro, es querer dejar de ser uno el que es. Me explico que uno desee tener lo que otro tiene, sus riquezas ó sus conocimientos; pero ser otro, es cosa que no me la explico. Más de una vez se ha dicho que todo hombre desgraciado prefiere ser el que es, aun con sus desgracias, á ser otro sin ellas. Y es que los hombres desgraciados, cuando conservan la sanidad en su desgracia, es decir, cuando se esfuerzan por perseverar en su sér, prefieren la desgracia á la no existencia. De mí sé decir que cuando era un mozo, y aun de niño, no lograron conmoverme las patéticas pinturas que del infierno se me hacían, pues ya desde entonces nada se me aparecía tan horrible como la nada misma. Era una furiosa hambre de ser, un apetito de divinidad, como nuestro ascético dijo.

Irle á uno con la embajada de que sea otro, de que se haga otro, es irle con la embajada de que deje de ser él. Cada cual defiende su personalidad, y sólo acepta un cambio en su modo de pensar ó de sentir en cuanto este cambio pueda entrar en la unidad de su espíritu, y enzarzar en la continuidad de él; en cuanto ese cambio pueda armonizarse é integrarse con todo el resto de su modo de ser, pensar y sentir, y pueda á la vez enlazarse á sus recuerdos. Ni á un hombre, ni á un pueblo—que es, en cierto sentido, un hombre también—se le puede exigir un cambio que rompa la unidad y la continuidad de su persona. Se le puede cambiar mucho, hasta por completo casi; pero dentro de continuidad.

Cierto es que se da en ciertos individuos eso que se llama un cambio de personalidad; pero esto es un caso patológico, y como tal lo estudian los alienistas. En esos cambios de personalidad, la memoria, base de la conciencia, se arruina por completo, y sólo le queda al pobre paciente, como substracto de continuidad individual—ya que no personal—el organismo físico. Tal enfermedad equivale á la muerte para el sujeto que la padece; para quienes no equivale á su muerte, es para los que hayan de heredarle, si tiene bienes de fortuna. Y esa enfermedad no es más que una revolución, una verdadera revolución.

Una enfermedad es, en cierto respecto, una disociación orgánica; es un órgano ó un elemento cualquiera del cuerpo vivo que se rebela, rompe la sinergia vital y conspira á un fin distinto del que conspiran los demás elementos con él coordinados. Su fin puede ser, considerado en sí, es decir, en abstracto, más elevado, más noble, más... todo lo que se quiera, pero es otro. Podrá ser mejor volar y respirar en el aire que nadar y respirar en el agua; pero si las aletas de un pez dieran en querer convertirse en alas, el pez, como pez, perecería. Y no sirve decir que acabaría por hacerse ave, si es que no había en ello un proceso de continuidad. No lo sé bien, pero acaso se pueda dar que un pez engendre un ave, ú otro pez que esté más cer-

ca del ave que él; pero un pez, este pez, no puede él mismo, y durante su vida, hacerse ave.

Todo lo que en mí conspire á romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira á destruirme y, por lo tanto, á destruirse. Todo individuo que en un pueblo conspira á romper la unidad y la continuidad espirituales de ese pueblo, tiende á destruirlo y á destruirse como parte de ese pueblo. ¿Que tal otro pueblo es mejor? Perfectamente, aunque no entendamos bien qué es eso de mejor ó peor. ¿Que es más rico? Concedido. ¿Que es más culto? Concedido también. ¿Que vive más feliz? Esto ya... pero en fin, ¡pase! ¿Que vence eso que llaman vencer, mientras nosotros somos vencidos? Enhorabuena. Todo eso está bien, pero es otro. Y basta. Porque para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy, es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no; ¡todo antes que esto!

¿Que otro llenaría tan bien ó mejor que yo el papel que lleno? ¿Que otro cumpliría mi función social? Sí, pero no yo.

«¡Yo, yo, yo, siempre yo!—dirá algún lector;—y ¿quién eres tú?» Podría aquí contestarle con Obermann, con el enorme hombre Obermann, «para el universo nada, para mí todo»; pero no, prefiero recordarle una doctrina del hombre Kant, y es la de que debemos considerar á nuestros prójimos, á los demás hombres, no como medios, sino como fines. Pues no se trata de mí tan sólo; se trata de ti, lector, que así refunfuñas; se trata del otro, se trata de todos y de cada uno. Los juicios singulares tienen valor de universales, dicen los lógicos. Lo singular no es particular, es universal.

El hombre es un fin, no un medio. La civilización toda se endereza al hombre, á cada hombre, á cada yo. ¿O qué es ese ídolo, llámese Humanidad ó como se llamare, á que se han de sacrificar todos y cada uno de los hombres? Porque yo me sacrifico por mis prójimos, por mis compatriotas, por mis hijos, y éstos á su vez por los suyos, y los suyos por los de ellos, y

así en serie inacabable de generaciones. ¿Y quién recibe el fruto de ese sacrificio?

Los mismos que nos hablan de ese sacrificio fantástico, de esa dedicación sin objeto, suelen también hablarnos del derecho á la vida. ¿Y qué es el derecho á la vida? Me dicen que he venido á realizar no sé qué fin social; pero yo siento que yo, lo mismo que cada uno de mis hermanos, he venido á realizarme, á vivir.

Sí, sí, lo veo; una enorme actividad social, una poderosa civilización, mucha ciencia, mucho arte, mucha industria, mucha moral, y luego, cuando hayamos llenado el mundo de maravillas industriales, de grandes fábricas, de caminos, de museos, de bibliotecas, caeremos agotados al pie de todo eso, y quedará ¿para quién? ¿Se hizo el hombre para la ciencia ó se hizo la ciencia para el hombre?

«Ea—exclamará de nuevo el mismo lector,—volvemos á aquello del Catecismo: P. ¿Para quién hizo Dios el mundo? R. Para el hombre.» Pues bien, sí, así debe responder el hombre que sea hombre. La hormiga, si se diese cuenta de esto, y fuera persona, conciente de sí misma, contestaría que para la hormiga, y contestaría bien. El mundo se hace para la conciencia, para cada conciencia.

Una alma humana vale por todo el universo, ha dicho no sé quién, pero ha dicho egregiamente. ¿Un alma humana, eh? No una vida. La vida ésta no. Y sucede que á medida que se cree menos en el alma, es decir, en su inmortalidad conciente, personal y concreta, se exagerera más el valor de la pobre vida pasajera. De aquí arrancan todas las afeminadas sensiblerías contra la guerra. Sí, uno no debe querer morir, pero la otra muerte. «El que quiera salvar su vida, la perderá», dice el Evangelio; pero no dice el que quiera salvar su alma, el alma inmortal. O que creemos y queremos que lo sea.

Y todos los definidores del objetismo no se fijan, ó mejor dicho, no quieren fijarse que al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y

real, afirma el verdadero humanismo—que no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre,—y al afirmar al hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre.

El mundo es para la conciencia. O, mejor dicho, este *para*, esta noción de finalidad, y mejor que noción sentimiento, este sentimiento teleológico no nace sino donde hay conciencia. Conciencia y finalidad son la misma cosa en el fondo.

Si el sol tuviese conciencia, pensaría vivir para alumbrar á los mundos, sin duda; pero pensaría también, y sobre todo, que los mundos existen para que él los alumbre y se goce en alumbrarlos, y así viva. Y pensaría bien.

Y toda esta trágica batalla del hombre por salvarse, ese inmortal anhelo de inmortalidad que le hizo al hombre Kant, dar aquel salto inmortal de que os decía, todo eso no es más que una batalla por la conciencia. Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia.

Alguien podrá ver un fondo de contradicción en todo cuanto voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se la da. ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice sí, y mi cabeza, que dice no! Contradicción, naturalmente. Quién no recuerda aquellas palabras del Evangelio: «¡Señor, creo; ayuda á mi incredulidad!» ¡Contradicción!, ¡naturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella, es contradicción.

Se trata, como veis, de un valor afectivo, y contra los valores afectivos no valen razones. Porque las razones no son nada más que razones, es decir, ni siquiera son verdades. Hay definidores de esos pedantes por naturaleza y por gracia, que me hacen el efecto de aquel señor que va á consolar á un padre que acaba de perder un hijo muerto, de repente en la flor

de sus años, y le dicen: «¡Paciencia, amigo, que todos tenemos que morirnos!» ¿Os chocaría que este padre se irritase contra semejante impertinencia? Porque es una impertinencia. Hasta un axioma puede llegar á ser en ciertos casos una impertinencia. Cuántas veces no cabe decir aquello de

para pensar cual tú, sólo es preciso
no tener nada más que inteligencia.

Hay personas, en efecto, que parecen no pensar más que con el cerebro, ó con cualquier otro órgano que sea el específico para pensar; mientras otros piensan con todo el cuerpo y toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida. Y las gentes que no piensan más que con el cerebro, dan en definidores; se hacen profesionales del pensamiento. ¿Y sabéis lo que es un profesional? ¿Sabéis lo que es un producto de la diferenciación del trabajo?

Aquí tenéis un profesional del boxeo. Ha aprendido á dar puñetazos con tal economía, que reconcentra sus fuerzas en el puñetazo, y apenas pone en juego sino los músculos precisos para obtener el fin inmediato y concretado de su acción: derribar al adversario. Un boleo dado por un no profesional, podrá no tener tanta eficacia objetiva inmediata; pero vitaliza mucho más al que lo da, haciéndole poner en juego casi todo su cuerpo. El uno es un puñetazo de boxeador, el otro de hombre. Y sabido es que los héroes de circo, que los atletas de feria, no suelen ser sanos. Derriban á los adversarios, levantan enormes pesas, pero se mueren, ó de tisis ó de dispepsia.

Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante, es decir, un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física, de la geometría, de la filología, puede ser, y aun esto muy restringidamente y dentro de muy estrechos límites, obra de especialización diferenciada; pero la filosofía, como la poesía,

ó es obra de integración, de concinación, ó no es sino filosofe-
ría, erudición pseudo-filosófica.

Todo conocimiento tiene una finalidad. Lo de saber para saber, no es, dígase lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio. Se aprende algo, ó para un fin práctico inmediato, ó para completar nuestros demás conocimientos. Hasta la doctrina que nos aparezca más teórica, es decir, de menor aplicación inmediata á las necesidades no intelectuales de la vida, responde á una necesidad—que también lo es—intelectual, á una razón de economía en el pensar, á un principio de unidad y continuidad de la conciencia. Pero así como un conocimiento científico tiene su finalidad en los demás conocimientos, la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca, se refiere á nuestro destino todo, á nuestra actitud frente á la vida y al universo. Y el más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades afectivas y con las volitivas. Como que ahí fracasa toda filosofía que pretende deshacer la eterna y trágica contradicción, base de nuestra existencia. ¿Pero afrontan todos esta contradicción?

Poco puede esperarse, v. gr., de un gobernante que alguna vez, aun cuando sea por modo oscuro, no se ha preocupado del principio primero y del fin último de las cosas todas, y sobre todo de los hombres, de su primer por qué y de su último para qué.

Y esta suprema preocupación no puede ser puramente racional, tiene que ser afectiva. No basta pensar, hay que sentir nuestro destino. Y el que, pretendiendo dirigir á sus semejantes, dice y proclama que le tienen sin cuidado las cosas de tejas arriba, no merece dirigirlos. Sin que esto quiera decir, ¡claro está!, que haya de pedírsele solución alguna determinada. ¡Solución! ¿La hay acaso?

Por lo que á mí hace, jamás me entregaré de buen grado, y otorgándole mi confianza, á conductor alguno de pueblos que no esté penetrado de que, al conducir un pueblo, conduce

hombres, hombres de carne y hueso, hombres que nacen, sufren, y aunque no quieran morir, mueren; hombres que son fines en sí mismos, no sólo medios; hombres que han de ser los que son y no otros; hombres, en fin, que buscan eso que llamamos la felicidad. Es inhumano, por ejemplo, sacrificar una generación de hombres á la generación que le sigue cuando no se tiene sentimiento del destino de los sacrificados. No de su memoria, no de sus nombres, sino de ellos mismos.

Todo eso de que uno vive en sus hijos, ó en sus obras, ó en el universo, son vagas elucubraciones con que sólo se satisfacen los que padecen de estupidez afectiva, que pueden ser, por lo demás, personas de una cierta eminencia cerebral. Porque puede uno tener un gran talento, lo que llamamos un gran talento, y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral. Se han dado casos.

Estos estúpidos afectivos con talento suelen decir que no sirve querer zahondar en lo inconocible ni dar coces contra el aguijón. Es como si se le dijera á uno á quien le han tenido que amputar una pierna, que de nada le sirve pensar en ello. Y á todos nos falta algo; sólo que unos lo sienten y otros no. O hacen como que no lo sienten, y entonces son unos hipócritas.

Un pedante que vió á Solón llorar la muerte de un hijo, le dijo: «¿Para qué lloras así, si eso de nada sirve?» Y el sabio le respondió: «Por eso precisamente, porque no sirve.» Claro está que el llorar sirve de algo, aunque no sea más que de desahogo; pero bien se ve el profundo sentido de la respuesta de Solón al impertinente. Y estoy convencido de que resolveríamos muchas cosas si saliendo todos á la calle, y poniendo á luz nuestras penas, que acaso resultasen una sola pena común, nos pusiéramos en común á llorarlas y á dar gritos al cielo y á llamar á Dios. Aunque no nos oyese, que sí nos oiría. Lo más santo de un templo es que es el lugar á que se va á llorar en común. Un *Miserere*, cantado en común por una muchedumbre azotada del destino, vale tanto como una filosofía. No basta curar la peste, hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llo-

rar! Y acaso ésta es la sabiduría suprema. ¿Para qué? Preguntádselo á Solón.

Hay algo que, á falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más ó menos formulada, más ó menos conciente. Y ese sentimiento pueden tenerlo, y lo tienen, no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Y ese sentimiento, más bien que brotar de ideas, las determina, aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionen sobre él, corroborándolo. Unas veces puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, v. gr.; pero otras veces es constitucional. Y no sirve hablar, como veremos, de hombres sanos é insanos. Aparte de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tenga que ser naturalmente alegre. Es más: el hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro ó á un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad.

Ha habido entre los hombres de carne y hueso ejemplares típicos, de esos que tienen el sentimiento trágico de la vida. Ahora recuerdo á Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau, *René*, *Obermann*, Thomson, Leopardi, Vigny, Lenau, Kleist, Amiel, Quental, Kierkegaard, hombres cargados de sabiduría más bien que de ciencia.

Habrá quien crea que uno cualquiera de estos hombres adoptó su actitud—como si actitudes así cupiese adoptar, como quien adopta una postura,—para llamar la atención ó tal vez para congraciarse con los poderosos, con sus jefes acaso, porque no hay nada más menguado que el hombre cuando se pone á suponer intenciones ajenas; pero *honnei doit qui mal y pense*. Y esto por no estampar ahora y aquí otro proverbio, éste español, mucho más enérgico, pero que acaso raye en grosería.

Y hay, creo, también pueblos que tienen el sentimiento trágico de la vida.

Es lo que hemos de ver ahora, empezando por eso de la salud y la enfermedad.

MIGUEL DE UNAMUNO

EL SOCIALISMO ARGENTINO.—SU RAZON DE SER

En Buenos Aires.

¿Tiene en la Argentina ambiente el socialismo, y su supuesto real, histórico, el movimiento proletario, causa determinante del problema social contemporáneo? Porque hay un encadenamiento lógico y positivo, es decir, *real y razonable*, entre la existencia de un proletariado consciente, organizado é inquieto, que protesta contra su condición de clase, el planteamiento del problema social característico de nuestro tiempo, y la legitimidad de la doctrina y de la acción socialistas.

Aunque no se nos formulase la cuestión, aunque no hubiera suscitado el extraño tema la intervención del político y propagandista Ferri, él habría surgido; mas lo llevábamos un poco en el espíritu, aun cuando no fuera en los mismos términos. Porque se impone, al viajar en el trasatlántico y contemplar la cubierta donde van los grupos de emigrantes, miserables criaturas que, por bien que las cosas estén dispuestas, no pueden menos de formar remansos en los lugares de desembarco, remansos humanos y de ex-hombres en no poca medida, que la emigración es marea que arrastra de las playas europeas, escorias y restos de la más peligrosa composición. Además, ¿cómo imaginar una gran ciudad moderna *sin* fermento proletario y *sin* fondos oscuros, donde necesariamente tienen que germinar una á una las preocupaciones todas de las socie-

dades contemporáneas? Por otra parte, á Europa llegaron los ecos de las luchas sociales producidas en Buenos Aires; de las huelgas, de la agitación obrera, de su represión, con las noticias de los esfuerzos generosos de representaciones intelectuales y políticas, deseosas de revelar su plena conciencia del momento presente, y su intención de procurar remedios á las situaciones violentas, fatalmente engendradas.

Naturalmente, para interpretar seriamente la *realidad social* argentina, y para el caso, de un modo más concreto, la de Buenos Aires, no basta llegar al gran puerto, más ó menos en son de fiesta, descender del trasatlántico, cruzar por los muelles, dominado por el admirable espectáculo de las dársenas y diques llenos de buques de todos los tamaños y de todas las naciones, y luego seguir por la Plaza y Avenida de Mayo, siempre animadas, siempre llenas de gentes bien vestidas, de aire satisfecho, en actitud de lucha por la vida, quizá, pero *sin* señal de *blusa* ni huella de *taller*, y decidido á admirar el bienestar, el lujo de la ancha vía de Callao, de la Avenida Albear, de la Recoleta y de Palermo; todo eso y el Teatro Colón y el de la Opera y los grandes Bancos, ofrecen la sensación ambiente de la Argentina, llena de grandezas presentes y futuras, sensación que os harán más viva las conversaciones con las gentes que pueblan esas grandes arterias y centros de la animación y del comercio de la espléndida capital del Plata.

Por mi parte, he procurado ver todo eso hasta saturarme en su atmósfera optimista. Nada más útil para un español de acá—pesimista por deber, aunque sea contradiciendo su metafísica—que ese barniz de optimismo entre los españoles de allá. Abre horizontes, aun haciendo las más formales reservas, desde el punto de vista del juicio ético y de la apreciación actual, sobre el valor cultural del momento floreciente de la gran República.

Pero no me dejé llevar—lo procuré al menos—de las naturales atracciones y hasta halagos del medio pletórico de riquezas, de lujos y de muelle bienestar. Por de pronto, alguna

de las más interesantes derivaciones de mi labor de estudio, de predicación, de intercambio... me condujeron recta é inmediatamente á contemplar primero, y á considerar luego muy de cerca, otras relaciones y aspectos de la vida social de Buenos Aires. Al lado de la burguesía invasora, que desde la ciudad, desde el corazón de la ciudad antigua, donde están los Bancos, se apodera, enriqueciéndose, de las tierras lejanas, siéntense otras palpitations anhelosas, que á veces revisten formas verdaderamente epilépticas, y déjase siempre oír un cierto rumor, sordo, como de tempestad que se acerca ó que se aleja, sin disiparse nunca.

En primer lugar, gracias á la benévola y simpática acogida de mi excelente amigo el Dr. Marco M. Avellaneda, que conociera en Madrid, cuando él estudiaba nuestro Instituto de Reformas Sociales, y director entonces del Departamento Nacional del Trabajo—de que he de hablar por separado,—pude ver *por dentro* cómo se agitan allí las masas proletarias, á la manera europea; y eso que el Departamento no era aún lo que el Dr. Avellaneda pretendía: una institución viva, social, capaz de recoger en su seno, por virtud de un contacto con las clases en lucha, los sentimientos, deseos, aspiraciones del proletariado de Buenos Aires. Demasiado burocrático, y visto con cierta indiferencia por el poder público, el Departamento no se movía en el medio obrero como en su atmósfera natural. Y, sin embargo, á él llegaban las oleadas de la agitación proletaria, y ofrecía en su labor de oficina, los datos diarios de clínica sociológica del movimiento societario y de los choques entre el capital y el trabajo. Baste decir que más de una vez vi al Dr. Avellaneda comprometido en la tarea de componedor de huelgas; es decir, poniendo mano en el fenómeno más característico del momento presente en el movimiento proletario. Días y días asistí al Departamento, y lo que desde él me fué dable contemplar, no difiere en tonalidad general de cuanto se contempla desde las atalayas semejantes de los Estados de acá.

Luego, merced á una invitación del Dr. Derqui, pude ponerme en contacto directo, y en cierto modo íntimo, con una buena representación numerosa y típica de la masa genuinamente obrera de la capital federal. Quiso el simpático, animoso y entusiasta director del Colegio Nacional, Mariano Moreno, que intentásemos el planteamiento de la *Extensión Universitaria*, como una función corporativa, de *acción social*, del Colegio Nacional respecto de la masa obrera, y eso, repito, me puso en las más excelentes condiciones para tener una sensación intensa, verdad, sin intérpretes, de la vida, de las aspiraciones y de la actitud del proletariado de Buenos Aires. Numerosas veladas pasadas en aquella inolvidable aula del Colegio Nacional, entre más de un centenar de trabajadores de todos los oficios, procedencias, nacionalidades; conversaciones con unos y con otros, y luego correrías interesantísimas en varias noches por las oscuridades de la Boca, el gran barrio obrero, para hablar en un círculo de trabajadores, inaugurar un curso de Historia, de reforma social, ú oír una lección sobre cualquier tema, y ello siempre con gente del salario, lejos, *mil leguas* lejos, de la Avenida de Mayo, y á muchas de los espléndidos restaurantes, que iluminan con derroche centenares de lamparitas eléctricas, en los barrios céntricos.

Verdaderamente, para hablar de estas lacerias sociales, de de estos fenómenos del vivir contemporáneo, conviene *buzar* por los fondos nada luminosos de la sentina de las grandes ciudades.

No hay lección de libro, ni argumentación doctrinal, por brillante que sea, comparable á las *lecciones de cosas y de personas* que yo he podido recoger, con ocasión de las indicadas tareas de Extensión Universitaria.

De la psicología colectiva del elemento proletario de Buenos Aires, me enseñó, más que pudieran enseñarme unas cuantas lecturas, la asistencia á ciertas lecciones de educación ó instrucción cívica, dirigidas, más que explicadas, en forma de diálogo, por un distinguido profesor del *Colegio Nacional*. ¡Qué intenso

se revelaba el sentimiento de clase en las preguntas y respuestas de aquellos hombres de lucha diaria por la vida, sometidos al salario eventual casi todos! Ni una cuestión *moral* plantearon, que no denunciase, descarnadamente, la protesta íntima, y allí contenida, de la clase que se estime *esclava* en la relación económica. Sentían como un *dolor* el problema, su problema. Con sus incoherentes y encubiertas preguntas, fórmulas de dudas aparentes, había para construir toda una teoría de la moral, que podríamos llamar proletaria, con dejos y visos de ética socialista pura. Porque aquellas gentes que reclamaban, sin reclamarlo entonces, pero poniendo implícita la reclamación en las preguntas, una austeridad igual para todas las clases; que pedían criterios propios, especiales, para apreciar la vida incierta, insegura, del asalariado; que aludían con expresiones llenas de irónica amargura, al bienestar, á la riqueza de la burguesía dominante; aquellas gentes revelaban en la parte positiva, dogmática, de sus afirmaciones, que acariciaban como una aspiración, la posibilidad de un régimen *sin* salario, *sin* propietarios acaparadores; un régimen medio colectivista, medio comunista, en el cual el Poder soberano fuese atributo del pueblo trabajador.

Es decir, acariciaban la visión que va como idea-fuerza de todo el movimiento socialista ó comunista moderno.

Porque si alguna vez la conversación, allí en el curso ó fuera, recaía sobre tal ó cual ventaja obtenida en la lucha de clases, en la mejora legislativa, el triunfo obrero les dejaba algo indiferentes y fríos, sin entusiasmo, como de quienes ven en ello un episodio, mejor, un mero trámite de un proceso largo; todo eso es poco, lo que se desea es una transformación radical, un cambio de régimen: la elevación definitiva.

Pero aún he visto más claro el problema, en las andanzas nocturnas por la Boca. Doy un gran valor para interpretar el momento social de un pueblo, al estudio que permiten hacer los *flaneos* bien intencionados y bien dirigidos. Y yo tuve para los míos excelentes guías. Ahora bien; la *Estética* de aquellos

lugares y de aquellas gentes argumenta en pro de la tesis del Dr. Justo, y del hecho natural y necesario del movimiento proletario, á la europea, en Buenos Aires. La estética de la Boca es... socialista, sindicalista, anarquista... Me explicaré.

Estética socialista.—La lucha de clases.

Si consideramos el movimiento social desde el punto de vista de su dramatismo, como un proceso vivo—¡lo que es!,—de emociones, de pasión, de explosiones humanas, y queremos apreciar su carácter, y procuramos, para definirlo, tomar en cuenta el escenario, los personajes... todo el elemento representativo, lo que hiere en la pupila del observador, y entrando por los ojos se deja sentir en la conciencia, en el espíritu, conmoviéndole, escalofriándole—salvo cuando se trate de un sociólogo más ó menos objetivo y boticario,—¡ah!, colocándose en ese punto de vista *estético*—y ético,—afirmo, con entera resolución, que aquel escenario de Buenos Aires, el que recorriamos en inolvidables noches y en inolvidables días, es el propio de las grandes palpitaciones modernas: adecuadísimo para el drama—trágico tantas veces.—de la lucha de clases, y para que se produzcan los anhelos del empuje socialista y del vivir inquieto contemporáneo. Sí; no hay duda; la estética de Buenos Aires—lo mismo la del cuadro urbano, con sus contrastes de barrio á barrio, que la estrictamente humana—burgueses y trabajadores,—es, cuando menos, socialista. Ocurre allí algo semejante á lo que ocurre en Londres, si comparáis Piccadilly y Oxford Estreet con el puerto; allí, siguiendo el río, como en Buenos Aires siguiendo el río y visitando los muelles después de dar un paseo por Callao ó Palermo.

Y luego, ¿cómo atribuir á puras imitaciones ó á caprichos de sectarios turbulentos, esos frecuentes estados colectivos de tensión nerviosa, determinantes de huelgas, algunas, de tinte revolucionario, con el cortejo inevitable de violencias, tanto en el ataque como en la represión? Los mismos atentados crimi-

nales de los anarquistas de acción, aunque ellos sean expresión inmediata de la neurosis de un concentrado ó de la tendencia delictuosa de un solitario, de un temperamento desequilibrado ó inadaptado al medio, no podrían explotar en su forma de venganza ó de protesta social, si no hubiera un ambiente sugestionador, incitador; si no se ofrecieran allí las condiciones análogas á las que en otras partes han determinado fenómenos de la misma naturaleza.

La impresión recogida en las observaciones de realidad que quedan apuntadas, la ratificó, de una manera intensísima, cierto paseo por algún círculo y redacción de periódico, en los cuales quedara todavía—meses después—viva la huella de la represión, ó más bien agresión, de los días anteriores á las fiestas de Mayo de 1910. Visité en efecto el Círculo Obrero, especie de Casa del Pueblo, de la calle de México, donde hay, con el gran salón de reuniones y de enseñanza, una biblioteca en el principal y varias salas de las distintas agrupaciones obreras. Era todo una serie de montones de escombros: muebles deshechos, puertas destrozadas, libros y papeles destruídos; todo como arrasado, con furia, con violenta furia.

¿Se concibe semejante desbordamiento de la masa juvenil, de la «muchachada» y de las gentes desahogadas, contra los proletarios, si no flotase en el ambiente el aire de lucha y el temor á la fuerza obrera, acaso acaso peligrosa, desmedida en sus pretensiones y brutal quizá, en ocasiones, en sus procedimientos?

La *oposición de clases*, basada en una real diferenciación de condiciones de la masa social total, y provocada esta diferenciación por la proyección al continente americano de la estructura económica y técnica del universal régimen capitalista: he ahí el fenómeno característico de la gran ciudad del Plata. De una parte, una burguesía espléndida, en su inmensa mayoría laboriosa, rica, triunfante, abierta, y en ella, como en su centro, un núcleo gobernante, oligárquico, con realidades políticas de efectiva dictadura presidencial, y de otra,

en *frente* ó debajo, una enorme masa obrera, concentrada en su inmensa mayoría hacia el puerto, y además difundida, diseminada por las calles en coches, carros, autos, tranvías, prestando todo género de servicios, *asalariada*, y flotando en el aire, oscureciendo el ambiente, llenando de preocupaciones el alma colectiva de la ciudad moderna, la sugestión de Europa, que brinda las *fórmulas* políticas del socialismo, del sindicalismo, del acratismo, como las más adecuadas para provocar una transformación radical de este régimen de división de clases, y de lucha y contraposición fatal, entre los factores que el mismo régimen capitalista cree, preparando, se dice, su propia destrucción.

Y estos son los hechos: contra ellos no valen doctrinas, ni dogmatismos, ni sutilezas de ingenio, y menos aún, actitudes de negación pesimista.

Concretamente, he aquí un hecho señalado, como hemos visto, por el Dr. Justo: hay en la Argentina «una clase proletaria, numerosa relativamente á la población, que trabaja en la producción agro-pecuaria, en gran parte mecanizada; en los veintitantos mil kilómetros de vías ferreas; en el movimiento de carga de los puertos, de los más activos del mundo; en la construcción de las nacientes ciudades; en los frigoríficos; en las bodegas, en los talleres, en las fábricas. Y á esa masa proletaria se agrega cada año $\frac{1}{4}$ ó $\frac{1}{5}$ de millón de inmigrantes».

La existencia de esa masa proletaria la corroboran las estadísticas de Buenos Aires. Este dato publicado en el *Boletín de Estadística Municipal*, tiene su interés. Según él, circulan por las calles de la metrópoli 2.021 carruajes particulares, 2.641 de cocherías, 2.247 de plaza, 23 furgones fúnebres, 7.728 carros de cuatro ruedas, 8.773 de á dos mulas, 573 breacks, jardineras y carros chicos de dos ó cuatro ruedas, 1.480 carros de mano, 145 de carga, 1.601 automóviles particulares, 136 de alquiler, 60 de carga; además, las cinco empresas de tranvías que sirven á Buenos Aires tienen 8.299 empleados; las

dos de teléfonos ocupan 1.028 hombres y 585 mujeres. Súmense á estas indicaciones las que suponen los servicios diversos de una ciudad de más de 1.300.000 almas, en continuo aumento. Según el censo de 1895, el personal empleado en las diversas industrias de la República llegaba á 145.650 obreros. Se trata de las industrias de la alimentación, vestido y tocador, construcciones, muebles y anexos, artísticas y ornato, metalurgia y anexos, productos químicos, gráficas y anexos, mixtas y varias.

La justificación del socialismo argentino.

Bien, se dirá (recuérdese la tesis del propagandista Ferri): eso es suficiente para legitimar un partido obrero, para que surja y se mantenga una aptación obrera, pero no un partido socialista. La Argentina no tiene industria, gran industria; falta la condición esencial determinante de la aglomeración proletaria, condición á su vez del socialismo. Cierto. ¿Cómo explicar un partido obrero *sin* aglomeración proletaria? Pero, ¿es que el puerto ó los muelles de Buenos Aires no bastan para ofrecer la condición esencial de una aglomeración proletaria? Allí hay descargadores, carreros, allí hay la masa explosiva, temible, dueña—cuando se eleva al estado de irritabilidad suficiente para que se despierte la conciencia colectiva—de la *vida* entera de la ciudad y, á través de ella, de buena parte de la República. ¿Y los ferroviarios? Imaginad en la Argentina un movimiento general de solidaridad entre obreros del puerto y ferroviarios, análogo al de Agosto último en Inglaterra, y decidme si no surgirá en toda su admirable y trágica grandeza el sueño generador del marxismo, de la lucha de clases, con la engañosa visión de una transformación social revolucionaria, catastrófica.

Pero, se añade todavía: ¿Cómo hablar de socialismo sin la aspiración á la propiedad colectiva? En primer lugar, el socialismo argentino no desecha ni prescinde de la aspiración colec-

tivista. En la declaración de principios se habla de «sustituir al actual régimen capitalista una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva ó social». Uno de los propagandistas argentinos más caracterizados, el Dr. Del Valle Iberlucea, escribía: «A pesar de la gran extensión de tierra inexplorada, la apropiación individual de todo el suelo del país ha establecido de lleno las condiciones de la sociedad capitalista... La aspiración final del partido obrero argentino es la sustitución del régimen capitalista por la sociedad colectivista, y su programa inmediato tiene por fin el mejoramiento económico de la clase proletaria» (1).

Acaso, y sin acaso, se piense y se arguya que es absurdo hablar de aspiración socialista hacia el establecimiento de un régimen de propiedad colectiva en una nación donde sobran(?) tierras que apropiar por el esfuerzo individual. Según el extracto de la conferencia de Ferri en el teatro Victoria, tal parecía ser la tesis del político italiano: «La acción socialista, que tiende á la propiedad colectiva, se lee en dicho extracto, no puede ejercerse donde la propiedad individual no ha llegado á su pleno desarrollo.» Tesis tan peregrina me hace parecido efecto á la del que sostuviera que no es lógico pasar *de un salto* desde el candil de aceite á la lamparita eléctrica, prescindiendo del quinqué de petróleo y del alumbrado de gas.

¿Es que no puede concebirse una expansión territorial, una conquista de la *tierra libre*, con métodos y procedimientos de colectivismo puro? A mi juicio, el problema capital, el motor íntimo, la razón de ser de la República Argentina, es la expansión por la Pampa, es la conquista efectiva, por el trabajo, de las inmensas tierras que desde los Andes vienen hacia el Atlántico; y cúmplase allí la ley á que alude nuestro sabio Hinojosa en estas líneas: «Cuando la tierra laborable abunda y

(1) V. E. del Valle Iberlucea: *El movimiento socialista en la República*, en los *Anales de la Facultad de Derecho de Buenos Aires*, números 7 y 8, págs. 304 y 306, año 1903.

la población escasea, el modo natural y obvio de apropiación del suelo es la ocupación y el cultivo. Pero eso lo encontramos, aunque, como se comprende bien, con modalidades diversas, en todos los tiempos y países donde se han dado aquellas circunstancias» (1). Se explica que en la Edad Media predominara el sistema que entraña el criterio feudal de la concesión de tierras, y de la conquista militar con la confusión típica del dominio y del imperio. Se explica que un Estado liberal, individualista, abierto, sin cohesión social interior, aplique un régimen de concesiones individuales. Habrá siempre una estrechísima relación entre el ideal político imperante, el derecho civil y la expansión económica. Pero también se explica una forma política democrática, que propenda á aplicar la acción de soberanía, según las fórmulas socialistas de apropiación. Y quizá—abstractamente—no hay naciones más adecuadas que las hispano-americanas, para realizar, no ya pequeños ensayos de sociedades colectivistas y comunistas, sino el ensayo general de una sociedad socialista que persiga la aplicación integral de un pleno colectivismo agrario é industrial.

¿No basta esta idea como razón suficiente para una aspiración socialista en la Argentina? Y aun sin ella, ¿no basta que se ponga la aspiración colectivista como último oriente, para que se justifique plenamente la legitimidad con que una agrupación se designa con el nombre que se intentaba disputar á los socialistas argentinos?

«Hablé de Nueva Zelanda, escribía el Dr. Justo, en el teatro Victoria, para mostrar que la idea de la propiedad colectiva encuentra aplicación en ese país, en el proceso mismo de «individualización» de las tierras públicas. Se las entrega al dominio privado con limitaciones de tiempo y con beneficio

(1) V. Hinojosa: *El Régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*, pág. 29.—Cous. Kowalewky: *Le régime économique de la Russie*, págs. 319-362.

para el Estado del incremento de su valor. Ferri dice que no hay en aquel país un partido socialista, sino un partido obrero. En realidad, el partido neozelandés, cuya gran obra social van á estudiar de todas partes... se llama partido progresista (*Progressive Party*), y cuenta indudablemente con la gran mayoría del voto obrero. Es en Australia donde hay un partido llamado obrero (*Labor Party*), que ha llegado ya alguna vez al Gobierno y profesa la misma política agraria» (1).

Por otra parte, para que el socialismo se produjese, basta un cierto estado ético de la masa: no se olvide, como dice Merlino, que «el socialismo es un conjunto creciente, y cada vez más sistematizado de ideas, de sentimientos, de querer, que tienden á asegurar á todos los hombres la posibilidad de trabajar y de satisfacer sus razonables necesidades, á hacer sus relaciones más equitativas que hoy lo son, suprimiendo monopolios, usuras, las formas todas de la explotación del hombre por el hombre, á fin de extinguir, hasta donde sea posible, la lucha y aumentar la solidaridad social» (2).

El Dr. Justo ve bien claro cómo esta concepción difusa del socialismo se filtra en aquellos medios: «... las teorías modernas sobre la propiedad, escribe, se imponen en la política práctica de esos países coloniales (Nueva Zelanda, Australia), donde los creadores de toda una legislación nueva no hablan para nada de socialismo. Hacen socialismo, pero no se llaman

(1) Ferri y Justo: *El partido socialista en la República Argentina*, págs. 12-13.

(2) V. Merlino: *Formes et Essence du Socialisme*, pág. 3. (París, 1898). «Si durante diez ó veinte años, añade Merlino, no se publicase ni un libro ni un periódico socialista, y si los Gobiernos suprimiesen, como á veces lo sueñan, toda manifestación de la idea, el socialismo no habría muerto. Toda disputa entre trabajadores y patronos, cualquier ensayo de cooperación ó conflicto de intereses entre las clases, cualquier reforma en la Administración pública, volvería el pensamiento de los hombres hacia esta nueva concepción de las relaciones sociales, que corre bajo el nombre de socialismo.»—Merlino, ídem, págs. 4 y 5.

socialistas» (1). Y la consecuencia es clara: ¿Por qué ellos, los argentinos, que se enlazan directa y lógicamente con el pensamiento europeo, y que tienen conciencia de la raíz y de la orientación socialista del obrerismo, del sindicalismo y de la reforma social, no han de poder llamarse socialistas? ¿Quién tiene derecho á excomulgarles? ¿A nombre de qué dogmática? ¿Quién puede hablar á nombre de dogmas, cuando hasta en el orden religioso los dogmas se van? ¿A nombre de la sociología, de la ciencia?... Verdaderamente, se ponen á cuenta de la ciencia y de la sociología funciones bien extrañas. Discutir la legitimidad de un socialismo á nombre de la ciencia, cuando el socialismo atraviesa la honda crisis, bien conocida, á virtud de la cual ha podido filtrarse hasta en el pensamiento burgués, dominándole, es pretensión harto infundada.

Interpretación del movimiento socialista en la Argentina.—Sus causas.

Después de seria reflexión, realizada sobre observaciones hechas sin prejuicios, sustraído en lo posible á todo influjo perturbador, me imagino que el movimiento socialista argentino, como todo el movimiento obrero, prodúcese provocado por tres poderosos influjos, que procuraré definir brevemente.

En primer lugar—tiene en esto razón el político italiano,— como *imitación* de las cosas de Europa. Quizá sería más exacto decir: como una sugestión europea. En rigor, á la manera como se han producido en el mundo las expansiones de las ideas y de las instituciones que han llegado á tener una aplicación casi universal: v. g., el constitucionalismo moderno, que, á partir de Inglaterra y Norte-América, se ha defendido por todos los pueblos cultos, en buena parte, por sugestión imitativa. El socialismo va, fatalmente, por ley histórica y psicológica á la Argentina, de un lado, con los inmigrantes, como

(1) Justo: Idem, pág. 13.

los que formaban las colonias inglesas de Norte-América, llevaban al germen del futuro constitucionalismo, y de las ideas generadoras del respeto sagrado á la personalidad—declaraciones de derechas;—y de otro, con la comunicación del pensamiento; y así es allí el socialismo, con todo lo que implica la agitación é inquietud proletaria, labor espontánea del espíritu y del sentimiento de los emigrantes, y labor reflexiva de los elementos intelectuales.

En un reciente libro del joven doctor argentino Horacio Rivarola se leen estas interesantísimas indicaciones: «Al terminar este período (1895), un hecho nuevo de orden social se presenta en la Argentina; hecho que es también producto de ideas, traídas por los trabajadores de Europa. Es la aparición entre nosotros del socialismo. Comenzó en la Capital, hecho que se explica por cuanto en ella tienen residencia, la mayor parte de los obreros industriales extranjeros, venidos al país (1). ¿Cómo podía esto evitarse? Socialismo y anarquismo tenían que importarse en la Argentina. La masa emigrante europea es enorme: la clase obrera en la República cuenta con grandes contingentes extranjeros. Según el censo de 1895, las diferentes industrias sumaban 52.356 obreros argentinos, 93.294 extranjeros, y para que nada falte en el cuadro, es decir, para que la importación de la oposición entre patronos y obreros fuera completa, resulta que al lado de 3.498 propietarios argentinos figuran 18.706 extranjeros (2).

Es el Dr. Justo quien escribe estas palabras, indicadoras del influjo extranjero:

«Si todavía no lo viéramos en este mismo país, el cuadro de los grandes pueblos modernos, con la centralización industrial, la acumulación de inmensas riquezas en pocas manos, los monopolios, las crisis y la lucha de clases, nos señala-

(1) Horacio C. Rivarola: *Las transformaciones de la sociedad argentina y sus consecuencias institucionales* (1853-1910).—Buenos Aires, 1911, pág. 182.

(2) Tomo el dato de Rivarola, ob. cit., pág. 168.

rían nuestro propio porvenir. Y los ideales no se adoptan por temporada, como alquilamos una casa, previendo el plazo en que vamos á desocuparla. Necesariamente se apoderan de nosotros los más universales, los más eternos que somos capaces de sentir. He aquí, pues, el ideal socialista propagándose entre nosotros: obreros numerosos que roban horas al sueño y sacrifican sus recursos precarios á la emancipación de su clase; mujeres que abandonan el confesonario para acudir á la conferencia ó al mitin; hombres de ciencia que encuentran en la obra social, humilde y oscura, un campo incomparable de estudio y experimentación; artistas que buscan su inspiración en el drama inmenso de la vida del pueblo; algún patrón, tal vez, que aspira á hacer de sus obreros sus discípulos y asociados; algún propietario que hace de sus privilegios un bien social; todo un partido que acusa y amenaza á los explotadores y prepotentes. ¿No encuentra á todo esto explicación ó disculpa el profesor Ferri, siquiera en nuestra «latinidad»? Explíquese el retardo y la lentitud del desarrollo del partido socialista en Inglaterra, donde Marx escribió *El Capital*, y comprenderá entonces mejor la precocidad del partido socialista en este país, donde «no hubiera podido escribirlo» (1).»

Naturalmente, estos influjos, estas sugerencias y las imitaciones consiguientes, habrían quedado en el aire si en el país no hubieran hallado eco; pero creo resulta bien demostrado cómo en Buenos Aires un proletariado numeroso, fuerte, inquieto, ofrecía y ofrece el terreno abonado para la germinación de la idea importada. Así ha podido escribir estas razonadas y sensatas líneas el Dr. H. Rivarola: «En la industria, con los deseos y aspiraciones proletarias, con el constante encarecimiento de la vida, el hecho extraño—el socialismo—se hace cuestión nacional: los obreros son muchos, el partido crece; hombres intelectuales argentinos se ponen á su cabeza; los pocos socialistas de la época anterior forman ahora millares;

(1) Justo, ob. cit., pág. 15.

se disciplina el partido... Podrá ó no tener razón de ser el socialismo considerado como semejante al europeo, y podrán ó no ser exactas las afirmaciones del profesor Ferri al respecto; mas lo cierto es que el partido socialista tiene aspiraciones delineadas, muy distintas de las cartas orgánicas de tantos partidos, que mueren después de un tiempo, de parálisis infantil; cierto es que la cuestión obrera, semejante ó no á la de Europa, se presenta en nuestra tierra, y dentro de ella, con caracteres bien distintos en la Capital, de los que tiene en las provincias» (1).

Y he ahí el segundo influjo determinante del socialismo argentino: el hecho evidente, claro, de una cuestión obrera en la República, especialmente en Buenos Aires. Cuestión obrera «argentinizada», como «argentinado» tiene que ser el socialismo.

Otro tercer influjo lo determina bien el político Ferri, al señalar al partido socialista como el órgano natural y propio de la tendencia radical. En efecto, decía: «los radicales argentinos forman un partido del... mundo de la luna... Los socialistas argentinos cumplen la función específica de este partido radical que falta».

Creo, sin embargo, que no es sólo esa la función política que cumple el socialismo argentino; responde, á mi juicio, á una necesidad más honda, sentida con cierta intensidad en muchos núcleos sociales, y por muy diversas representaciones, según pude advertir, y es ella la de elevar la tonalidad *ética* de la *política*. Hay en el espíritu colectivo de la República una cierta disposición para la protesta contra la oligarquía monopolizadora natural del poder público; siéntese por muchos el deseo de sanear la vida electoral, y hacer efectivo el espíritu y la letra de las leyes constitucionales. Quisieran los que así sienten orientar la política argentina hacia la democracia real, y no de pura retórica, que es la que, al parecer,

(1) Rivarola (H. C.): obra citada, pág. 212.

imperera. Después de haber logrado una cosa tan difícil como la normalidad material, la paz política sin motines, sin cuarteladas, quisieran lograr la normalidad interior, ética, sin fraudes electorales, sin dictadura disimulada, en pleno gobierno libre de opinión pública.

Pues bien, el socialismo argentino es, en buena parte, órgano de esa aspiración y de esa necesidad; de él se dice—y es verdad, según todas las referencias—que «en las elecciones da ejemplo de civismo y de honradez, cumpliendo con el deber de votar y no comprar electores» (1).

Funciones del partido socialista argentino.

Resumiendo ahora mi punto de vista respecto de lo que es (y debe ser) el partido socialista argentino, quiero decir, la agrupación cuya razón de ser se ha puesto en pleito, estimo que ella es, en efecto:

1.º *Un partido de clase*: Tiene como núcleo sostenedor una parte—y no la mayor—de la masa obrera argentina, y formula y sostiene un programa de mejoramiento obrero.

2.º *Un partido político* de soluciones radicales, en el sentido de la reivindicación democrática, y manteniendo las soluciones del socialismo europeo.

3.º *Un partido de protesta* ética y social, que quiere dignificar, elevar y sanear las luchas políticas, convirtiéndolas de luchas de personalismos, y, por la posesión y goce del Poder, en lucha por ideas y por intereses colectivos.

4.º Es, por fin, un *partido de orientación socialista*, en cuanto aplica como generador de su fuerza el principio de la lucha de clases, y persigue como última aspiración, la socialización de los medios de producción.

(1) Rivarola (H. C.): obra citada, pág. 212.

Interés del problema de la razón de ser del socialismo argentino.

Quizá el lector pregunte por qué me he detenido tanto en discutir este tema, acaso algo académico, de la legitimidad ó razón de ser de un partido socialista argentino. Allí está: vive, influye... ¿Qué importa que se le discuta, y más por los extranjeros, que con dificultad pueden *sentir* lo íntimo de aquel movimiento social?

Prescindiendo de otras razones, la cuestión tenía para mí un interés excepcional, que dejo indicado. A mi llegada, flotaba difusa en el ambiente, como una curiosidad colectiva, aunque ya he dicho que la cuestión no era la concreta de la razón de ser del socialismo, sino de todo el problema social. Por otra parte, anunciábase una nueva visita á la Argentina, de Ferri—que en efecto se realizó,—y se avivaba el tema, con el recuerdo de sus declaraciones de la primera jira. Deseoso de interpretar y conocer los términos del movimiento social y proletario argentino, el problema de la razón del socialismo y de la fundamentación ideal y objetiva de aquel movimiento, surgía, ante mí, espontáneo.

Esto aparte de otra razón más general, que me impuso el deber de estudiar la situación positiva de las cosas, obligándome á tomar posición, á pesar de mi condición de extranjero—si un español puede *sentirse* allí enteramente extranjero—y no obstante el carácter absolutamente *apolítico* de mi labor. Tenía, sin remedio, que hablar de asuntos ó temas sociales en mis lecciones ó conferencias, y era inevitable conversar casi á diario acerca de los palpitantes; y aunque, en los primeros momentos, se imponía, y se justificaba, una absoluta reserva en el juicio, pasado el tiempo, y á medida que uno se iba enterando, la reserva era imposible; podía hasta llegar á constituir una falta de sinceridad, muy en contra de las exigencias *éticas* del momento.

La cuestión ofrecía allí dos aspectos, en mi caso:

Uno, que ya he indicado, era y es éste: ¿Está la Argentina en situación tal, y tan excepcional de riqueza, de facilidades para la vida, que no haya lugar á la protesta de una miseria colectiva, y que no tenga razón de ser problema alguno que implique la lucha de clases? Ya he dicho cómo la opinión burguesa anhela una respuesta que no podía darse; mas como, por otra parte, no podía uno abstenerse, era preciso razonar el juicio, y tal como en estas impresiones—más reposadamente—lo expongo, allá fué indispensable formularlo, tomando, como punto de partida, el concreto de la razón de ser del socialismo argentino, porque así si nos imponía el tema.

Otro aspecto. ¿Puede uno, al considerar un país, prescindir de la preocupación ambiente? Puesto en ella, en Buenos Aires, ¿cómo considerar sin interesarse aquella actitud de las gentes no obreras—actitud de represión violenta, cuyas huellas se advertían, no sólo en los círculos obreros destrozados en el silencio impuesto á sus organizaciones y á su prensa, sino en el alma y en el corazón de todos, y que, además, se revelaba en la rigurosa aplicación del estado de sitio y en la precipitada elaboración de la ley llamada de Defensa social? No era posible; imponíase una labor de serena reflexión y de racional imparcialidad.

Nada más perturbador del pensamiento político y social argentino, que sumar opiniones susceptibles de contribuir á la confusión y al equívoco reinante; es como echar leña al fuego, mantener, con cualquier juicio exageradamente optimista, la ofuscación, en virtud de la cual se sostiene, por tantos, la actitud negativa que confunde en una misma condenación, desde el atentado criminal del desdichado que arroja una bomba, hasta el socialismo templado, parlamentario, que aspira á transformar la vida política y social, en uso de un perfectísimo derecho.

En cambio, nada más oportuno que toda labor enderezada á razonar el socialismo, como doctrina del mundo civilizado,

como expresión de un estado universal de conciencia, y á aclarar y definir; en sus causas profundas, el movimiento proletario remansado en Buenos Aires; el cual, además, no parece que sea nada incompatible con el engrandecimiento expansivo de la Argentina, como no lo es—todo lo contrario—con las orientaciones éticas sociales, que hoy imperan en el pensamiento y en la acción política de los pueblos cultos.

Y no haya cuidado que esas corrientes de Europa que invaden la preocupación argentina sean un obstáculo para la formación de la nacionalidad. Esta entraña un proceso en el cual deben actuar fuerzas de adaptación étnica y territorial tan intensas que, de existir, obraran sobre cuantas novedades lleguen al Plata y se difundan por la Pampa. Lo esencial es que haya condiciones para una nacionalidad; habiéndolas, ellas *nacionalizarán los ideales, las aspiraciones y hasta las miserias... Todo... todo...*

Por último, la consideración del tema y el comentario sobre las discusiones relativas á la razón de ser del socialismo argentino, ofrecen un buen caso, un asunto muy típico para apreciar, desde un punto de vista excepcionalmente interesante, alguna relación de la psicología y de la ética de aquel gran pueblo en marcha.

ADOLFO POSADA

RECUERDOS DE SARMIENTO

PRESIDENTE DE LA ARGENTINA, SACADOS DE SUS ESCRITOS

SUS «VIAJES»

SUMARIO: I. Partida para Africa.—II. La cuestión de Oriente.—III. Las moras y Sarmiento.—IV. Presentimientos de viajero.—V. Francia africana.—VI. Psicología del pueblo árabe.—VII. Religión arábica.—VIII. Inmoralidad del pueblo.—IX. Sistema de combate francés.—X. Instintos gauchos de Sarmiento.

Partida para Africa.

El comentario á la carta dirigida á D. Juan Thompson (fecha en Orán, á 2 de Enero de 1847), ciudadano argentino que vagaba por Barcelona, allí encontrado por Sarmiento, se impone inmediatamente de terminada su lectura, en presencia de lo que en estos momentos se desarrolla en Argelia y Marruecos.

En Palma tomó pasaje en un *laut*, barco clásico del Mediterráneo, dotado de velas latinas, y en el cual se hacía la travesía hasta Argel. Sarmiento no sabía lo que era el *laut*. Cuando se presentó á bordo quedóse sorprendido. Se encontró con una lancha de 10 varas de larga, y tan recargada, que los marineros lavaban utensilios inclinándose desde á bordo hacia el mar; treinta cerdos ocupaban los dos tercios de la cubierta; y sobre una pirámide de fardos, pipas y envoltorios, debían acomodarse tres mujeres, cuatro marineros, cinco pasajeros de bodega y dos perros, los cuales no pedían permiso para acomodar-

se en las faldas del primero que se ofreciera; amén de diez docenas de pavos y gallinas. Sarmiento, compadeciéndose *de estos infelices*, dato revelador de su amor á las cosas y á los irracionales, no obstante cuanto ya conocemos con relación á los combates de toros y autos de fe, preguntó por su camarote, produciéndose un diálogo risueño con el patrón.—¿Camarote? ¡Aquí no lo hay!, le dice éste.—¿Y dónde he de acomodarme?, replica él.—Donde usted guste, le contesta el otro, señalándole las gradas que describían las barricas y mercancías.—Pero, ¿y para pasar la noche, si llueve?, observó tímidamente Sarmiento, como queriendo despertar compasión; á lo que con cierta burla se le respondió:—¡Una noche, señor!... Y ante esta ironía contra *un hombre fuerte*, nuestro viajero, avergonzado, se batió en retirada, y dijo:—Pero habrá cama?—Por toda contestación:—¡Si usted no trae!... Y así se embarcó, sirviendo de capitel á una barrica de aceite, sepultado bajo los pliegues de su capa, la mano en la mejilla, meditando día y noche sobre las vicisitudes é inconstancia de las cosas humanas.

II

La cuestión de Oriente.

A la tercera noche desembarcaba en Argel, que, desde Chile, dice, formaba parte muy notable de mi programa de viaje. A medida que ascendía los escalones que formaban las calles, la variedad de trajes, la multiplicidad de los idiomas, y la mezcla de pueblos y de razas, excitando la curiosidad, le hacían olvidar todas las tribulaciones que hasta entonces tenía experimentadas.

Argel bastaba, según él, para dar una idea de las costumbres y modo de ser de los orientales. Y con este motivo reconocía, que si bien las cuestiones de Oriente tienen importancia para la Europa, mas no para nosotros, sin embargo, para la América también había un Oriente, la Europa misma; pues si

alguna luz brilla más allá, nos decía, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino á través del prisma europeo.

Esta observación de Sarmiento, en la que deja ver toda la ironía de su pensamiento, es, ni más ni menos, la misma que el sabio diplomático moro hacía muchos años después al ministro de Relaciones Exteriores de España, en bellísima parábola, al hablar de la civilización europea entrevista por el intelecto oriental. El moro decía que era como el ciego de nacimiento, á quien Allah había permitido ver el tiempo necesario para abrir y cerrar los ojos, durante el cual sólo vió un ratón; por lo que la idea de tamaño, de forma, de color, de movimiento, la comprendía á través de ese minúsculo animal, grande para él. ¡Y era así como los americanos veíamos la cuestión de Oriente: chica para nosotros, grande y reluciente como el sol de Allah, para el europeo! Para aquellos tiempos, poco la comprendíamos, como que sus noticias nos llegaban tarde, muy tarde, y no como hoy, que las conocemos telegráficamente. No quiere esto decir que los hombres intelectuales dentro de la Plaza de Montevideo, como Varela, Herrera y Obes, Lamas, etc., no la conocieran. No; éstos conocían perfectamente el movimiento político europeo como que sólo así podía mantenerse la lucha contra la tiranía argentina. Ese conocimiento era necesario, por su influencia en los sucesos del Río de la Plata. Por lo mismo, es muy difícil darse cuenta del desarrollo de nuestras cosas, aun desde la Independencia, si no se conoce á fondo lo que acontecía en aquellas remotas regiones. En ese sentido, son muy ilustrativas las páginas históricas del Dr. D. Vicente Fidel López, descartado todo aquello que las desvirtúa, como lo ha hecho resaltar el erudito y concienzudo escritor D. Pablo Groussac.

Sin duda, para ilustrarse él mismo, y luego ilustrar á América, había ideado esta parte de su viaje. No puede explicarse de otra manera; pues no se concibe qué rudimentos, á lo menos de instrucción, iba á encontrar en aquellas regiones, que no hubiera encontrado en los países ya recorridos. La civilización

de los árabes era una petrificación. Ya había desaparecido. El mundo moderno no podía inspirarse en aquella tradición muerta. Le atraería la comarca de lo que fué, donde yacía un algo que brilló.

III

Las moras y Sarmiento.

Ahora veía á los moros en Argel, los árabes, los turcos y los judíos, de los cuales, decía, conservan aún su tipo original, y la mezcla de franceses, españoles (1) é italianos sirve, lejos de confundirlos, para hacer más notables sus diferencias de raza y vestiduras. Las mujeres judías, por ejemplo, visten un gabán exactamente como el de nuestros clérigos, con mangas de telas diáfanas, como las de la sobrepelliz, y un magnífico pectoral recamado en oro, acaso análogo al del gran sacerdote hebreo. Las moriscas atraviesan las calles envueltas de pies á cabeza en una nube de velos blancos y transparentes, lo bastante para dejarse ver unas á otras, sin que nada de humano revelaran estos fantasmas ambulantes, si una estrecha abertura horizontal en la frente no permitiese ver dos ojos negros, brillantes, grandes y hermosos, para probar que no sin razón los poetas orientales han comparado los ojos de sus mujeres con los de la gacela del desierto.

Luego veía resaltar el color local, y, en el fondo del cuadro,

(1) Los españoles en Argelia se entregaron con ardor al *defrichage*: descuajar montes, arrancar palmitas, arrojar tierra pingüe sobre el arenal; han sido los chinos de Europa, y después la administración francesa ha recogido los beneficios, mientras la que pudiéramos llamar la *españolidad* lentamente se borra en la colonia francesa. En la Argentina le está reservada una labor parecida; se va el roturador, el que reemplazará con el italiano al ruso en las faenas de la recolección, cuando éste se esconda en su cabaña, por temor á los rayos de fuego del sol veraniego; será la avanzada contra la langosta; fertilizará, en relación con la potencialidad de su número, las tierras de la República, pero no es el vencedor de otras razas en las Pampas. (*La América Moderna*, por Vicente Gay, vid. página 165 de LA ESPAÑA MODERNA, tomo 268.)

el albornoz blanquizco, sucio y desgarrado, que cubre al árabe, no dejando á la vista sino el tostado y mustio semblante de los que lo llevan.

Aquí se deja ver Sarmiento bajo su faz femenil. Es hombre que en París recuerda á las *chinganas* de Chile, cuando nos describe con entusiasmos democráticos las piruetas y culebros de la *Rigolette*, y aquí no olvida á la morisca, cuyos ojos negros, brillantes, grandes y hermosos le atraen. Hombre que habla de los ojos de la mujer, tiene en su cuerpo la culebra enros-cándosele. Esa tendencia carnívora, y la tenía muy mucho el ilustre argentino, ese amor mundano, se revela una vez más en la carta que comentamos, cuando más adelante nos habla de un grupo grotesco de mujeres, contemplado con su anteojo de bolsillo, en el que pudo *discernir dos bellísimos ojos llevados al cielo, de una niña de quince años, que se entregaba á aquel extraño ejercicio con cierta gracia que la hacía interesante, á pesar del desaliño de sus vestiduras flotantes.*

Como se ve, no puede ser más voluptuosa la sensación. Ya no nos habla solamente de los bellísimos ojos de la niña, sino del cielo, de la gracia, de los quince años, de lo interesante del desaliño y de las vestiduras flotantes, por donde el lector vis-lumbra lo desnudo de la carne, como al parecer lo veía, con gozo, el mismo Sarmiento. Y no se contentó con mirarlas á través del lente de su anteojo de bolsillo, sino que, como le era imposible apartar la vista de aquel curioso cuan tierno espectáculo, preguntó al *schauss* (ya sabremos lo que es esto) si los árabes llevaban á mal que los extraños mirasen á sus mujeres. Y así se acercó, dándose cuenta de lo que significaba aquel cuadro. La solemnidad del dolor de una madre, llorosa ante la prisión de su hijo, conducido á Francia, le arranca entonces una frase enaltecedora; ese amor materno era causante de la escena curiosa y tierna, llena de llantos y gemidos, que le habían llamado la atención desde el rancho en que se albergaba. Consoló á esa mujer con palabras vulgares, y, en el entretanto, las muchachas más ariscas, nos dice, se iban apro-

ximando con disimulo, y ya contemplaba las no indiferentes gracias de la de los ojos negros, cuando una vieja bruja fué con improperios á decirles que estaban perdiendo el tiempo que debían emplear en rezar; retahila común á las dueñas de todas partes, musulmanas ó cristianas, con lo que fué, pues, preciso retirarse.

Pero hasta que no sintió el placer de ver á su antojo esas brasas de la cara morisca, no cesó. Su organismo lo pedía. Y vedlo cómo en Máscara se las arregla para conseguirlo, allí donde no hubiera dueñas que lo impidieran. Ve venir una comitiva de mujeres, las cuales se cubren completamente el rostro. Deduce que la que venía á la cabeza era dama de distinción, porque, como hombre-víbora, se fijó en el garbo de su talle, finura, limpieza de sus envoltorios y coquetería en el talle. Un hombre ingenuo y no carnívoro no estudia tan á la ligera estos pormenores. Él los conocía muy á fondo. Las *chinganas* de Chile podrían decirlo. Es lástima que de tanto papel publicado como de Sarmiento, no se haya dado á luz su correspondencia amorosa; ella daría materia para conocerle de verdad (1). Pues bien; como deseaba verle el rostro, se valió de una estratagema. Siempre tuvo recursos para todo, y en especial los habrá tenido con las damas. En su consecuencia, dió la espalda, y, mirando con distracción al suelo, repentinamente fijó la atención en un punto; tocólo con el pie, retirándolo inmediatamente, como cuando se quiere mover con los dedos una brasa ardiendo; repitiólo por segunda vez, y cuando creyó haber producido el efecto, volvió la cara bruscamente hacia atrás, sorprendiendo á la beldad árabe, que se había detenido á observar sus movimientos y descubierto la cara, «dejándome ver—dice—unos lindos ojos, unas cejas unidas entre sí por un tatuaje azul y un carrillo teñido de colorete subido, como la mancha de una manzana. ¡Oh! mujeres, mujeres

(1) Algo nos dice D. Leopoldo Lugones, respecto á unos amores que habrían sido motivo de su separación de la viuda de Pastoriza.

—parecía decirle al mirarla sonriéndome,—sois las mismas en todas partes. Esto es cuanto he podido descubrir de los encantos y existencia de las mujeres árabes».

IV

Presentimientos de viajero.

Sarmiento no decía la verdad, pues no pudo, en un segundo, ver todo aquello, sino con su imaginación. Lo supuso, porque era verosímil. Esto era naturalísimo en él, pues, por un lado, heredaba algo de los defectos de los Oro, la mentira, por más que su madre la combatiera, como nos lo tiene explicado en *Recuerdos de Provincia*; y, por el otro, era un hombre poseedor de la doble vista intelectual, *presintiendo* las cosas, en la mayoría de los casos, según él lo decía; presentimiento ó *palpite*, por otra parte, que no es tal en hombres de su jaez, desde que ello se funda en racionios y lógica. Un ejemplo, entre muchos, es el del movimiento de 1848 en París (1). A su regreso á Chile, dice en el preámbulo de sus *Viajes*, que, sin vaticinar una próxima é inminente catástrofe, que nadie pudo prever, anunció la crisis, juzgando imposible la continuación del orden de cosas y de instituciones que había dejado en toda su fuerza. Él pensó entonces, en París, en la República venidera, la que acababa de inaugurarse en 1848. ¿Cómo pudo profetizarlo? ¿Se fundaba en algún hecho, en algún racionio? No; él nos dice que en las cosas morales, la idea de la verdad viene menos de su propia esencia que de la *predisposición de ánimo*, y de la aptitud de quien aprecia los hechos, que es el individuo, por lo que no era extraño que á la descripción de las cosas de que fué testigo se mezclase *con harta frecuencia lo que no vió, porque existía en mí mismo*, dice, *por la manera de*

(1) Esto está brillantemente tratado en *La correspondencia diplomática privada del Doctor D. Manuel Herrera y Obes*, tomo I, único, dado á luz por Alberto Palomeque.

percibir, trasluciéndose más bien las propias que las ajenas preocupaciones.

Fué esa predisposición de ánimo la que le hizo ver lo que no pudo ver, debido á que ello existía en sí mismo, por la manera de percibir, es decir, por el deseo ardiente que lo consumía de ver el rostro de una mora, pintado, como era natural que lo tuviera, dadas sus costumbres. Y no pudo verlo, porque la mora no tenía necesidad de arrancarse su velo para mirar; le bastaban sus dos hermosos ojos de gacela del desierto. Y además, porque, rápida como el pensamiento, se habría tapado al dar vuelta la cara el ilustre viajero. De esta predisposición de ánimo, de este fenómeno de doble vista, están dotados los hombres superiores. Todo lo ven claro, cuando los que le contemplan, y no ven, se admiran de lo que afirman. Es una de las cualidades sobresalientes de los hombres de acción, quienes, en más de un momento supremo, se salvan, porque sólo ven los sucesos por un lado, el favorable, á causa de su estrechez de espíritu, lanzándose á la lucha, ignorantes de las dificultades. Y así abren la brecha, en la roca, por do pasan las generaciones futuras (1).

V

Francia africana.

El viajero creía hallar numerosas mezquitas y minaretes. En cambio, Argel era Europa, el plantel del futuro París africano, con sus magníficos hoteles, perfumerías y restaurants, sus calles flanqueadas de galerías cubiertas como las que avecindaban al jardín de las Tullerías; las murallas por todas partes tapizadas de carteles, que en letras monstruos y con todo el charlatanismo del *affiche*, anunciaban los objetos de moda; los libros nuevos, las funciones teatrales y los decretos del Gobernador ge-

(1) Boissier lo demuestra concluyentemente en su libro *Cicerón y sus amigos*.

neral. Centenares de carretelas y 200 ómnibus cambiaban sin cesar su depósito de transeúntes, sin que las diligencias de seis caballos escaseasen, llevando ó trayendo colonias de viajeros para los distintos puntos de la Argelia, con visible pavor de los tímidos camellos, á quienes sorprendía y detenía en el camino su enorme mole.

Este espectáculo, para él encantador, le hace decir que al paso que iban las cosas, dentro de poco podría sin impropiedad llamarse aquel país la Francia africana. Y no porque se conociera lo que le desagradaba, allá en los barrios más oscuros de la ciudad, es decir, la vida y construcción árabes, las hileras de tiendas en que sus inquilinos hilaban sentados en el suelo, ó fumando en silencio su larga pipa á lo largo de los pasadizos sombríos y húmedos que formaban tortuosas calles de una vara de ancho. Allí contempla las antiguas vías romanas; y, al volver de una eminencia, la vista descubre de golpe la hermosa cuanto célebre llanura de la Mitidja, terminada, al lado opuesto, por la primera cadena del clásico Atlas, que se elevaba majestuoso y solemne como la mampara que ocultaba lo misterioso del Africa central. Esta llanura se extiende treinta leguas al interior, viéndose en su centro, como en sus costados, á lo lejos, blanqueando, villas antiguas ó modernas. La población, que es escasa, allí se reconcentra, divisando hacia el lado de las colinas el Colleah, ó la ciudad santa, desde donde el famoso Sidi-Embarek disputó á los franceses largos años la posesión de la Mitidja. En el centro está Bufarik, el mercado del ganado, al que todos los lunes acuden los pastores árabes con sus camellos, cabras y bueyes. Y más adelante, tomando el camino una dirección recta hacia el lado opuesto de la llanura, se encuentra la colonia militar de Beni-El-Merrch, notable por la hermosa columna elevada á la memoria de 32 soldados que allí se defendieron ¡contra 4.000 árabes! Un sargento, jefe de los combatientes, cayó traspasado de balas, pero reteniendo aún en su yerta mano las comunicaciones de que era portador.

Luego se atraviesan rápidamente seis leguas sobre camino macadamizado, y uno apercibe en seguida la ciudad de Blidad ó de los deleites, cuyos encantados jardines de naranjos y granados justifican con su frescor y verdura nombre tan poético. Es aquí donde se interrumpe la cadena del Atlas, para dar paso, nos dice en su estilo descriptivo, á los raudales cristalinos que descienden de sus entrañas, dejando ver en su seno quebradas blandas y ricas de vegetación, por cuyas sinuosidades trepa la cultura, esmaltando de huertas y de alquerías sus declives hasta una considerable altura. Blidah era el Tívoli árabe, el lugar de los deleites, como lo dice su nombre, y no era grande y poderoso señor de la Mitidja el agah ó kadí que no encerraba en sus muros un harem ricamente dotado.

La Mitidja estaba atravesada en todas direcciones por rutas macadamizadas que os conducían con toda seguridad á Aumale, Joinville, La Casa-Cuadrada, Medeah, Milianah, etc. El esplendor romano había desaparecido, pero de esos trabajos colosales aún quedaban ruinas. Mas, á lo largo de la llanura, una faja de vegetación amarillenta denunciaba la existencia de un ciénago, receptáculo de las lluvias del invierno, el cual, fermentado en el estío por los rayos del sol africano, exhalaba en miasmas pestilentes la muerte, que se arrastraba siguiendo la dirección de los vientos é introduciendo la desolación en las poblaciones circunvecinas.

La colonización francesa tenía que luchar, no sólo contra este malestar de la naturaleza física, sino contra el moral. A despecho del ejército y del aparente aluvión europeo, el embozado albornoz árabe está ahí siempre, nos dice, y bajo sus anchos pliegues, un pueblo original, un idioma primitivo, y una religión intolerante y feroz por su esencia, que no acepta sin la perdición eterna, el trato siquiera con los cristianos. La tristeza habitual del grave semblante árabe está revelando, en su humildad aparente, la resignación que no desespera, la energía que no se somete, sino que aplaza para días mejores la venganza, la rehabilitación y el triunfo. Era cierto que allí

estaba el caudillo Abd-El-Kader, el más poderoso de todos, reducido á la impotencia, después de rudo batallar. Era verdad que catorce años de triunfos dejaban al fin tiempo y reposo suficiente para emprender un vasto sistema de colonización; pero de repente, nos dice Sarmiento, y sin que el menor indicio hubiese traicionado la proximidad de la borrasca, el Africa, desde las puertas de Argel, se alza como un solo hombre; diez árabes no quedan sumisos al gobierno francés, y 120.000 soldados bastan apenas á apagar con sangre este vasto incendio, que parece haber estallado intuitiva y simultáneamente en cada punto de Argelia, atizado en el hogar de cada tienda por el soplo de cada hombre que lleva alboroz.

VI

Psicología del pueblo árabe.

Fueron vencidos, pero el político francés no se contentó con la materialidad del triunfo. Quiso, y con razón, buscar la causa del hecho, para extirparlo de raíz. Y envainando la espada—nos hace presente el ilustre escritor, en páginas admirables que vamos á reproducir—para tomar la pluma que ordena los datos recogidos y las ideas que el espectáculo de las cosas despierta, han podido trazar la psicología de este pueblo, ora escuchando los cantos de sus trovadores, ora echando una mirada furtiva sobre el libro que en piadoso recogimiento recorre horas enteras el tolba ó doctor, ora, en fin, rondando por las mezquitas y acechando las veces que el devoto besa el suelo ó repasa las cuentas de su rosario (1).

Las páginas de Sarmiento, que van á leerse, después de

(1) Es lo mismo que actualmente realiza en Marruecos por medio de la labor científica de investigaciones que dirige M. Le Chatelier, profesor de sociología musulmana del Colegio de Francia. M. Le Chatelier ha publicado un número especial de la *Revue du Monde Musulman*, dedicado á una visión de conjunto de los pueblos mahometanos.

este ligero introito, tiene una aplicación inmediata á cuanto viene desarrollándose en estos días en las posesiones africanas de la Francia. En 1847 nos decía que aquel estudio de biografía moral de ese pueblo había dado la solución de un gran problema, y mostrado la cima cavada bajo las plantas europeas en Africa; inmenso cráter de un volcán cuyas erupciones pueden interrumpirse, pero cuyo foco existe, vivo, ardiente é inextinguible. Los franceses, afirma, no se hacen ya ilusión, y saben que por un siglo al menos, cien mil hombres habrán de montar guardia por toda la extensión de la Argelia para espíar desde las alturas la agitación que puede renacer en el parduzco grupo de tiendas clavadas en la llanura; traducir las imperceptibles emociones que hayan de pintarse en el inmutable semblante del árabe, ó levantar la punta del albornoz del transeúnte, que puede encubrir el puñal del fanático, ó el rosario del santón que anda convocando á la guerra santa.

Aún no ha transcurrido el siglo de que nos hablaba, y la Francia necesita los cien mil soldados, ya que, como lo aseguran algunos escritores, lo que habría evitado el nuevo conflicto de estos momentos consistiría en el envío de los millones reclamados por el Sultán en Fez para mantener su autoridad, y con ella, la amistad y el prestigio del elemento colonizador. Aquel pueblo que vió Sarmiento ha sesenta y cuatro años, no ha cambiado. Es el mismo que él nos pintó en páginas inmortales, siempre nuevas, vivas, hermosas. En aquella época nos decía que no sabía qué sentimiento mezclado de pavor y admiración le causaba ese pueblo, sobre cuyo cerebro granítico no habían podido hacer mella cuarenta siglos; el mismo hoy que cuando Jacob separaba sus tiendas y sus rebaños para ir á formar una nación aparte; pueblo anterior á los tiempos históricos, y que, no obstante los grandes acontecimientos en que se ha mezclado, las naciones poderosas que ha destruído, las civilizaciones que ha acarreado de un lugar á otro, conserva hoy el vestido talar de los patriarcas, la organización primitiva de la tribu, la vida nómade de la tienda, y el espíritu emi-

nementemente religioso que ha debido caracterizar las primeras sociedades humanas, cuyos abuelos habían presenciado el diluvio, ó sido testigo de alguna grande manifestación de la presencia de Dios sobre la tierra aún despoblada. No cree que baste el Korán para darse cuenta de los acontecimientos desarrollados en el Africa en aquellos instantes, sino que debe recurrirse á la Biblia para allí encontrar el tipo imperecedero de esa imperecedera raza patriarcal. Arabe, nos dice, era Abraham, y por más que los descendientes de Ismael odien y desprecien á sus primos los judíos, una es la fuente de donde parten estos dos raudales religiosos que han trastornado la faz del mundo; del mismo tronco han salido el Evangelio y el Korán; el primero, preparando los progresos de la especie humana, y continuando las puras tradiciones primitivas; el segundo, como una protesta de las razas pastoras, inmovilizando la inteligencia y estereotipando las costumbres bárbaras de las primeras edades del mundo. Los árabes y los hebreos se parecen en que todas sus instituciones son religiosas; sus guerreros, como sus oradores; sus conquistas, como sus servidumbres.

Y, en su virtud, recordaba la formación de la monarquía hebrea por la intervención de un sacerdote; el alzamiento de David; la influencia de los profetas sobre la opinión pública; los acontecimientos contemporáneos; á los enviados de Dios, que, sesenta años después de Jesucristo, sublevaban la población contra los romanos; el sitio de Jerusalem por Tito, y la dispersión del pueblo, que ya no tenía papel que representar en la historia del mundo. Pues sucesos análogos, decía, resortes idénticos y creencias iguales, estorban hoy en Argel ó retardan la pacificación del país.

Los árabes de entonces son los mismos de ahora: esperaban y esperan un Mesías. Es un fenómeno curioso que Dios sólo se haya presentado en tiempos muy remotos, y una vez que otra; y más curioso aún, que lo haya hecho en países lejanos, en la soledad, envuelto en nubes, y allí donde la superstición, hija de la ignorancia, todo lo convierte en leyenda, y lo

agranda á medida que el tiempo transcurre, haciéndose imposible su esclarecimiento. Esos son los misterios de todas las religiones, forjadas, como se ve, por la imaginación calenturienta y la ignorancia crédula de las masas humanas, buscadoras siempre de un amo ó de un amuleto. Cuando encuentran el amo, le llaman caudillo; cuando el amuleto, sacerdote. Y ahí tenemos la democracia bárbara, ó el tirano, unido á la religión sanguinaria, ó el sacerdote. Rosas, Mahoma, Aldao, Quiroga, el Chacho, Oribe, etc., ahí están, uniendo la dictadura al fraile. Y los pueblos que aún necesitan del caudillo para derramar la sangre fratricida, ó del santón, para conducirlos, son los condenados, como el Africa, á sufrir la prepotencia de la civilización extraña. Ningún hombre, como ningún pueblo, tiene el derecho de sustraerse á la ley humana del progreso, viviendo en el aislamiento y el atraso. Un pueblo, como un hombre, no se pertenece; no ha nacido para sí propio; es como el arte de que habla Gladstone, universal; es de todos; y nadie tiene el derecho de contener ó de torcer la corriente de la civilización. O entra por ella, y adquiere su independencia en el concierto de las demás naciones, ó la resiste, y entonces, en uso de aquel deber relativo al derecho, se defiende la civilización en lucha con la barbarie, el atraso, la ignorancia y el desierto. El mundo es de todos, y la patria, universal, como lo enseñaba el dogma de la Asociación de Mayo de 1837. Y ayudar á pueblos civilizados, prestándoles, entiéndase bien, sus hombres y sus dineros y sus escuadras, para luchar unidos, en virtud de un tratado, en el que se ve esplendente la autonomía é independencia de los que contratan, no es, como erróneamente se ha afirmado, dar intervención al extranjero y deprimir la autoridad moral de una nación. Es ir contra la lógica y la civilización sostener que la vinculación de los países del Río de la Plata con los gobiernos inglés y francés, para echar por tierra la tiranía de Rosas, era una intervención del extranjero como la que se producía en la Argelia. En ésta, era la conquista para imponer la civilización. En aquéllas, era

la unión de los representantes de las naciones para la realización de una obra política, sin afectar en nada la independencia nacional.

Por eso no la atacó el alma popular; y por eso, Sarmiento, después de imponernos de la depravación moral más profunda, y de los hábitos de crimen arraigados en aquel pueblo, siendo así que la historia no presenta nada de comparable, sino en sus épocas más tenebrosas, exclama: «¡Oh, no! Dejemos á un lado todas estas mezquindades de nación á nación, y pidamos á Dios que afiance la dominación europea en esta tierra de bandidos devotos. Que la Francia les aplique á ellos la máxima musulmana. La tierra pertenece al que mejor sabe fecundarla.

»¿Por qué ha de haber prescripción en favor de la barbarie, y la civilización no ha de poder en todo tiempo reclamar las hermosas comarcas segregadas algunos siglos antes, por el derecho del sable, de la escasa porción culta de la tierra?»

En Africa se veía á un pueblo conquistado luchando estúpidamente por su tierra, y para lo cual lo había preparado Mahoma. Este había comprendido su misión y fanatizado á las muchedumbres; pero también había comprendido que en la humanidad nada se hacía sin el número. Y pensándolo así, le atormentaba el problema de las generaciones futuras llamadas á sustituir á los miles de desaparecidos en sus guerras santas. Era un problema difícil, allí donde la infidelidad de la mujer era tan cruelmente castigada, no obstante la ardentía de aquel suelo y la vida nómada de los hombres, con causas para la tentación. Y Mahoma, para que el seno fecundo de la mujer llenara su destino en una naturaleza que se moría, sin que la prole ni la madre sufrieran las consecuencias de la venganza marital, desapareciendo ambas, con lo que el problema de la población sufría en las tostadas comarcas del Africa, Mahoma inventó la seductora y engañosa doctrina parabólica del *niño que duerme*. Y así el marido ausente habría hecho concebir espiritualmente un niño, que dormía, es decir, que no despertaba

hasta su vuelta de la guerra santa. Era un fruto *santo* de la *santidad* de la guerra. Y así Mahoma reponía sus rebaños de hombres para el futuro en aquellas arenas, movedizas como el vientre de las mujeres nómades. Y ese número ahí estaba en 1847, como está en 1911. Los santones no han muerto ni morirán.

VII

Religión arábica.

Sarmiento veía claro el problema. El Africa lo atraía, dada su naturaleza ardiente. Y al contemplar todas aquellas manifestaciones de la civilización, venían á su memoria los sucesos imaginativos de la Historia Sagrada, aquella que le enseñara su tío el obispo Oro, con unción patriarcal. Ahora la aprovechaba, y veía á David y Saúl, á Abraham y á Jacob, á Rebecca, etc., luchando, unos, levantando fogatas, otros, ó sacando agua de la fuente pura, la última, en aquellas tierras empapadas con la sangre de tanto combatiente, de cuarenta siglos atrás. Y al leer los libros de las profecías que, como la Biblia, contienen, al lado de absurdos, cosas tiernas y profundas, no podía menos que ver en los textos sagrados de los árabes la verdadera constitución política de los pueblos religiosos, en cuyas misteriosas divagaciones estaban echados, sin embargo, los cimientos para oponer vallas insuperables á la futura, pero posible, dominación cristiana.

Sí, allí estaban los santurrones preparando aquella masa para la guerra. Es curioso que en todas partes el partido guerrero por excelencia sea el religioso. Predica la mansedumbre y no usa espada; pero esconde el arma para colocarla en manos del combatiente, ó para usarla él mismo en la hora necesaria. Sarmiento había visto en Máscara un *derkaua*, que vivía todo el día sentado en un rincón de la mezquita, en santa y beata contemplación; otro, que por un joven se hacía recitar una letanía escrita en un tablero, repitiéndola con la vo-

lubilidad de un papagayo, mientras el devoto desgranaba una á una las cuentas de su rosario. En los marabuts diseminados en las campañas hay siempre fieles que hacen sus oraciones, parándose, hincándose y besando el suelo, levantando los brazos y repitiendo su plegaria; y es frecuente ver una caravana entera que, al divisar de lejos aquellos santuarios aislados, se detiene en medio del camino para entregarse al furor de rezar que la domina.

En todas partes, la religión positiva emplea los mismos medios y recursos. A la oración en la forma indicada, se une lo que los árabes llaman la *Sauia*, que es un edificio religioso, construído por alguna poderosa familia para servir de cementerio á los suyos, y ampliamente dotado de temporalidades y de dependencias, á fin de sostener las diversas ramas de beneficencia pública á que está destinado. En ella hay una mezquita, una escuela para los niños y un seminario para *talebs* (estudiantes) en que se cursa Historia, Derecho, Teología, Magia y Alquimia. Se lleva un registro de los acontecimientos contemporáneos, y una biblioteca conserva las crónicas de los tiempos pasados. Allí se da albergue al caminante, remedio y asistencia á los enfermos, asilo sagrado é inviolable á los perseguidos y criminales; se celebran concilios y conferencias, y los desocupados concurren á entretenerse de los asuntos públicos. Son establecimientos, como dice Sarmiento, que sirven de poderoso instrumento para propagar doctrinas, mantener viva la fe, dirigir la opinión pública, y obrar sobre las masas, explotando el rencor musulmán contra los cristianos, á quienes les está mandado exterminar sin piedad. Además, existen *cofradías* sometidas, como la de los jesuítas, á un generalísimo de la orden respectiva, á quien obedecen ciegamente, habiendo una, de entre las seis grandes existentes, literalmente llamada jesuíta de *Aisaua* (Jesús), nombre del santo fundador (1).

(1) Es lo mismo que sostiene Charbonnel, en su erudito estudio sobre *Los Jesuítas*, al demostrar la influencia que en San Ignacio de Loyola tu-

Todo aquel sistema religioso, que tanto se parece á cualquier otro de nuestros días, con las dulzuras aparentes de la civilización impuesta á fuerza de golpes, tenía órdenes como la de Muley Taibe, la más poderosa de todas, que repetía doscientas veces al día, con el rosario en la mano: «¡Oh, Dios! La oración y la salud sobre nuestro señor Mahoma; y sobre él y sus compañeros, salud!»

Esta Orden abraza á Marruecos y á la Argelia, y en sus profecías particulares le está prometido arrebatár á los franceses la dominación del segundo de esos países.

Y la batalla de Isly, en que el mariscal Eugeaud batió á 60.000 árabes, fué una demostración de la profecía de los árabes. Por lo demás, el Gobierno, para vivir, necesitaba del generalísimo de esa Orden, á la cual seguían otras, entre las cuales se contaba la de Sidi Hamet Tsidjani, originaria del centro de Sahara.

Los fundadores de estas Ordenes eran, como en todas partes, santos y milagrosos. Por ello decía Sarmiento que para ver milagros, ir al Africa, donde se hartaría la curiosidad hasta no dar un ardite por ver otros nuevos.

Y uno de esos santones milagrosos, cuyo nombre se ignoraba, suponiéndosele fuera el mesías Mulé Saá, llamado á matar á los franceses, fué el autor de la famosa insurrección del Dahra, que apenas acababa de ser sofocada.

VIII

Inmoralidad del pueblo.

Y un pueblo tan religioso daba motivo para que Sarmiento se interrogara: ¿Y cuál es la moralidad de estos pueblos, que viven en presencia de Dios, y cuyos jefes se llaman el *Servi-*

vieron las instituciones musulmanas, y en especial el *Kuanismo*. Por lo demás, Sarmiento no debía ignorar que en la Historia hay muchos Jesús, por lo que se les diferencia, llamándole al cristiano, Cristo ó Nazareno.

dor del Clemente, que eso quiere decir Adb-El-Kader, ó el *Servidor del Fuerte*, traducción de Abd-El-Ramen?

Ya nos lo ha dicho en páginas anteriores, mientras ahora nos declara que la civilización debe pedirles cuenta de aquella brillante Africa romana, cuyos vestigios él veía por todas partes aún. Y, en su consecuencia, hacía presente que la comunidad cristiana nunca debía olvidar el concilio tenido por San Agustín, al que concurrieron trescientos ochenta obispos africanos, que tantas eran las ciudades que embellecían esa tierra, granero del mundo entonces, no produciendo hoy, decía, suficientes abrojos y espinas para alimentar algunos rebaños de camellos y de cabras. Era imposible imaginarse barbarie más destructora que la de ese pueblo: los ríos que descendían de las montañas, lejos de fertilizar las llanuras, sólo servían para convertirlas en ciénagos infectos; el árabe no tomaba posesión de la tierra, y gracias si en la vecindad de Orán arrojaba algunos puñados de trigo sobre la tierra, más bien rasguñada que arada, dejando crecer con la simiente los matorrales y plantas tuberculosas de que había descuidado limpiar el suelo. Las enfermedades cutáneas, nos dice, roen á este pueblo como la mugre carcome sus vestidos, y en medio de la miseria física en que se revuelca y la degradación moral de su espíritu, abriga un sublime desprecio y un odio inextinguible contra los extranjeros. Jamás la barbarie y el fanatismo habían logrado penetrar más hondamente en el corazón de un pueblo y petrificarlo para que resistiera á toda mejora.

Es esto lo que le hace decir proféticamente y con gran elevación de alma: «Entre los europeos y los árabes en Africa no hay ni nunca habrá amalgama ni asimilación posible; el uno ó el otro pueblo tendrá que desaparecer, retirarse ó disolverse; y amo demasiado la civilización para no desear desde ahora el triunfo definitivo en Africa de los pueblos civilizados.»

Aquí se veía al mismo hombre que había escrito *Facundo* y desarrollado la fundada y lógica doctrina del derecho extran-

jero civilizado para luchar, dentro de los muros de la defensa de Montevideo, en unión de los nativos, en pro de la causa de la civilización, contra la tiranía argentina, salvando así sus intereses incorporados á la tierra americana. Y sería la que, al fin, por más que otra cosa se nos quiera decir, triunfaría en la guerra contra el tirano del Paraguay. Los pueblos que se encierran, quieran ó no quieran, reciben la luz del sol civilizador. Civilizar no es conquistar. Y los que salvaron en Caseros, en 1852, las libertades públicas y la navegación de los ríos Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata, fueron los mismos que en el Paraguay, en 1865 á 70, hicieron triunfar idéntica doctrina civilizadora. Así estos tres pueblos—Argentina, Uruguay y Brasil—buscaron su alianza para nobles y elevados fines, los cuales Sarmiento aplaudió desde Norte América, en un principio, y desde la silla de gobernante muy luego.

IX

Sistema de combate francés.

No era sér que perdiera la ocasión de aprender, aun aquello que pareciera no estar en relación con sus aficiones de hombre de letras. Ha de tenerse presente que hombre tal no es sino una inteligencia puesta al servicio de cuanto cae bajo sus sentidos. Un escritor de su talla tiene abiertas todas las puertas del saber humano. No se especializa ni se detiene en su marcha, porque la curiosidad y el anhelo de conocer á fondo las causas de los fenómenos los lleva lejos, muy lejos, á hombres tales en las averigüaciones de la verdad, de las primeras causas y de los últimos efectos. Esto se observa en cualquier reporter moderno, cuyos conocimientos enciclopédicos, adquiridos en el duro arte de la vida del periodismo, le permiten abordar toda clase de temas, por variados que sean. Sarmiento aprendía en todas partes, para luego utilizar esas enseñanzas. Del Africa las traería. Y así se le veía conversar en aque-

llas comarcas con el mariscal Bugeaud, Duque de Ysly, sobre el arte de guerrear con los árabes y sobre los medios de colonización. Esto último se lo reservaba para un trabajo especial que daría á luz en Chile, por más que ya mucho había bregado por esa idea hasta en las páginas de su *Facundo* (1). El general Bugeaud, no sólo le dió á conocer la manera de pelear con los árabes, haciendo *una punta*, para batir á su ágil y valiente caballería, sino también el sistema de colonizar. Sarmiento da una explicación clara de lo que era la operación de *hacer punta*, como si poseyera intuitivamente el alma guerrera. No falla en detalle alguno cuando nos habla de aquellas columnas ligeras, pero separadas, que debían prestarse mutuo apoyo, de manera que una comprometida en el interior, encontrase dos á su retaguardia en escalones, y estas cuatro, hasta formar con el ejército un inmenso triángulo ó falange macedonia, cuya ancha base estaba en dos puntas ocupadas en la costa. Nos describe con este motivo lo que el mariscal Bugeaud llamaba *batallas ambulantes*, hablándonos del pensamiento de dicho militar de montar infantería á mula. Muy complacido y maravillado se mostró el militar francés cuando

(1) ¿Hemos de cerrar voluntariamente la puerta á la inmigración europea que llama con golpes repetidos para poblar nuestros desiertos, y hacernos, á la sombra de nuestro pabellón, pueblo innumerable como las arenas del mar? ¿Hemos de dejar ilusorios y vanos los sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria con que nos han mecido desde la infancia los pronósticos que con envidia nos dirigen los que en Europa estudian las necesidades de la humanidad? Después de Europa, ¿hay otro mundo cristiano, civilizable y desierto que la América? ¿Hay en la América muchos pueblos que están, como el argentino, llamados por lo pronto á recibir la población europea que desborda como el líquido en un vaso?... ¡Oh! ¡Este porvenir no se renuncia así no más!... No es renuncia, porque las brutales é ignorantes tradiciones coloniales hayan podido más en un momento de extravío en el ánimo de las masas inexpertas: las convulsiones políticas traen también la experiencia y la luz, y es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes y de las preocupaciones estacionarias. (*Facundo*.—Introducción á la edición de 1845.)

Sarmiento le aseguró que en América se tenía infantería montada; en los países que, como en las Pampas, los montoneros vagaban á su salvo, sin que los ejércitos regulares pudiesen darles alcance. Indudablemente, Sarmiento pudo, con su doble vista y aquel su presentimiento ya mentado, describirle la futura hazaña de Urquiza en Vences, en ese mismo año de 1847, en que escribía esa epístola, cuando montó su infantería para atravesar el terrible bañado, situado al costado del Boquerón, y de este modo, en medio de la sorpresa de Madariaga, ante su formidable posición, vencer á un enemigo perfectamente parapetado, en cuya operación se destacó el talento militar del general Garzón, autor del plan de ataque, después de un estudio detenido del terreno, lo que fuera causa del gran concepto que desde entonces tuvo el general Urquiza por dicho militar.

Sarmiento, como todos los hombres de su época, tenía tendencias militares. Desde niño había vivido en perpetua guerra ó en perpetuo sacerdocio ó en perpetuo escolasticismo. Luego, ó soldado ó fraile ó abogado; pero, en el fondo, hombre de lucha, guerrero, porque había que pelear contra la naturaleza y los hombres, no con el cilicio, la predicación ó el silogismo, sino con el arma mortífera en los campos de batalla. En ese sentido, todos han sido soldados, hasta que los tiempos modernos han hecho de los ciudadanos unas máquinas, con el servicio obligatorio, dándoles un aire marcial, autoritario, atropellador, que tanto nos choca á los amantes del liberalismo. Aquellos eran guerreros, sin haber llevado el fusil al hombro, ni sido soldados, sometidos á una disciplina que rebaja la dignidad é independencia, haciendo hombres automáticos. Y así se explica que conservaran esa altivez de que Sarmiento nos da ejemplo, después de Caseros, una vez que soportó al caudillo envanecido con su victoria todo aquello que los momentos reclamaban; porque así son los hombres de ideas cuando están animados de elevados sentimientos. Era un militar que conservaba su carácter cívico, pues no por ser

soldado lo había abdicado. Y la cinta colorada que Urquiza volvía á levantar después de derrotar á la tiranía, le hería. No había sido el representante genuino de un alto pensamiento, durante más de una decena de años; en el extranjero, luchando contra lo que significaba un trapo sangriento, cuando se tenía la bandera de la patria, para venir ahora, al día siguiente de derrumbada la tiranía, á deponer ante el nuevo caudillo todos sus escritos, y quemarlos. Era provinciano, y uno de los que habían criticado los procederes de los unitarios, lo que le valió buena atmósfera en la casa de Rosas, por un momento; pero eso no le impedía ir contra el General Urquiza. El militar desaparecía, y volvía á verse al ciudadano. Otro tanto haría en su vejez, ostentando el carácter cívico en las páginas de *El Censor*. Tenía genio militar. Una prueba de ello se encuentra, no ya en las luchas que él nos describe desde su niñez hasta la montonera del Chacho, sino en lo que resalta del documento nuevo, desconocido, que tenemos por delante. Se trataba de la guerra civil en Entre Ríos, con López Jordán. Es él quien dirige la lucha, quien traza el plan de operaciones, quien dirige la batalla, quien indica el punto estratégico y quien predice la victoria. Es el documento más precioso que conocemos sobre esta materia. Ya no se discuten sus cualidades militares teniendo sólo en cuenta la palabra de Sarmiento, sino ante el hecho elocuente, ahí escrito en el papel, y luego trazado en el terreno, como el Cid con su espada, aquel marco que él viera en su travesía por Burgos (1).

(1) Señor Coronel D. Francisco Borges.

Buenos Aires, Julio 29 de 1870.

Mi estimado amigo:

He recibido su estimable carta en que me detalla las fuerzas que serían necesarias y las fortificaciones para defender la plaza de una manera eficaz. Saldrá luego el Coronel Cets á estudiar el terreno como ingeniero, y ver lo que mejor convenga. Yo quisiera una fortaleza que me garanta el punto, más bien que defensa de una ciudad, que, como usted lo observa, necesita muchas obras. El Paraná, con la artillería que tiene y el Coronel Borges, se defenderá contra un enemigo superior en número, hasta

Y un hombre que poseía tales cualidades, tenía derecho para hablar de milicia y colonización con el mariscal Eugeaud (1), y para decirnos, en s6n de crítica justa, que lo más notable era que en la Argelia, como en la República Argentina, no han faltado generales, que, seducidos por la aparente ventaja que en su movilidad ofrecen las masas de caballería, propusiesen adoptar el sistema árabe, resolviendo en caballería todo el ejército. Pero el mariscal—nos dice—comprendió muy bien que los franceses parodiaran á los *gauchos* árabes, y que para vencer un pueblo bárbaro es preciso conservarse civilizado, esto es, adaptar á las localidades los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos ha desenvuelto.

Esto era sostener lo que el general Paz, el primer táctico argentino, había inoculado en las filas del Ejército, desde la

donde la prudencia lo permita. Jordán tiene ochocientos á mil infantes malos y menos artillería. Pero no es este mi asunto, sino conservar el puerto. Verá Cets si San Miguel llena mis propósitos. Grande reserva sobre este punto.

El General Conesa me pide que lo releve, por el estado de su salud. El General Arredondo ú otros jefes están en puestos donde prestan servicios de inmensa responsabilidad, aunque sus situaciones parezcan modestas, y no es bueno desnudar á un santo para vestir á otro. He nombrado jefe del ejército de operaciones al Coronel Ayala, del 10. Quiero abrir á mis coroneles campo para que se labren una posición, y principio por uno de ellos.

Me avisan del Rosario que ha llegado á Villa María el 70 de línea. Esta es la primera vez que veo cumplidas las órdenes. El 120 debió llegar el 6 de Mayo, y no llegó sino el 12, por un misterio que aún no está esclarecido. Con este cuerpo, el otro de línea y quinientos santafecinos y entrerrianos, los mejores, hay caballería para correr á Jordán con sus miles de chusma que no tiene. Necesitamos volver á los tiempos gloriosos de nuestra caballería, que la *montonera* ha desvirtuado. Un escuadrón para un ejército. Guárdeme, pues, la plaza, con elementos si los hay, sin elementos cuando el país no los tiene. A bien que el enemigo es indigno de gastar tantos miramientos.

Con mucha confianza en su pericia y valor, tengo el gusto de suscribirme su affmo. amigo,—D. F. Sarmiento.

(Consta en mi archivo.)

(1) Murió de cólera, en 1852. Sarmiento consagró, en Chile, un artículo á su memoria.

Independencia, y de lo cual Sarmiento se hacía un apóstol, rindiéndole culto, en el hecho, en Caseros, con su indumentaria civilizada. Era la protesta viva contra lo que Lamadrid y aun Lavalle, en un día irreflexivo, contagiado por el ambiente de la montonera, hicieran, cantando *vidalitas* y vistiendo traje gaucho para agasajar prejuicios, atraer hombres-máquinas, y con ellos vencer la barbarie para implantar la civilización. Sarmiento se fortificaría en sus opiniones al oír á un militar como Eugeaud, dotado de una inteligencia despejadísima y de una dicción animada y lucida, cuyas maneras participaban de la llaneza militar y de la afabilidad francesa (1).

X

Instintos gauchos de Sarmiento.

De Argelia salió en vapor para Orán, tocando á su paso en Cherchel, Túnez, Mostaganem y Arzew, establecimientos franceses en la costa, llenos de animación y movimiento. Desde Mers-El-Kebir, última estación marítima, las diligencias conducen á Orán á los viajeros por un camino excavado en la roca viva, entre el mar y la montaña que circunda la bahía. Orán es una población como Argel, donde en lo ancho de las calles y en el aspecto de los edificios públicos se dejaba traslucir todavía la pasada dominación española. El viajero fué recibido por las autoridades, las que le proporcionaron todos los elementos para su partida á Máscara, allá donde le acontecería el suceso de las moras ya relatado. Un *shauss*, empleado civil árabe, llevaba dos cartas escritas en arábigo, por las que se prevenía á los jefes del *duar* le ofreciesen la *diffa* correspon-

(1) Sarmiento lo conoció, debido á la recomendación de Lesseps, Cónsul de Francia en Barcelona, por lo que fué admirablemente tratado, pudiendo realizar sin mayores inconvenientes su viaje á Orán, y ser hasta reconocido literato y publicista americano por los más poderosos agahs y kadies de las tribus árabes.

diente á un amigo del mariscal. La *diffa* era una comida que el *duar* suministraba á los empleados de gobierno, y un *duar* una reunión de veinticinco tiendas; varios *duares* formaban una sección de tribu, y cinco una tribu, mañdada por un agab y un kadí, cada uno de los cuales tenía un kalifa ó teniente.

Puesta en marcha la comitiva, al atravesar aquel país accidentado, los instintos gauchos—nos cuenta,—dormidos en él, se habían despertado al estrépito de las pisadas de una partida de caballos; y, como el instrumentista que recorre el teclado antes de aventurarse en la ejecución de unas variaciones difíciles, él aplicaba al caballo las espuelas, haciéndole corcobear, á fin de descubrirle el juego, es decir, toda su agilidad y destreza. Y cuando, á un grito de uno de los jinetes, los caballos partieron á escape, saboreó, con la inefable beatitud de los colegiales el indecible placer de galopar horas enteras por montes y valles, salvando una zanja aquí, arremetiendo con un espeso matorral acullá, aspirando á torrentes el aire recargado de las exhalaciones húmedas de la vegetación y del polvo que las pisadas de los caballos suscitaban. Durante ese trayecto, las reminiscencias de la vida americana fueron más vivas, pues á poco andar abandonaron el camino, y *cortando campo*, se dirigieron á unas lomadas, en cuyos recuestos estaba acampado el *duar* que debía suministrarle la *diffa* de la mañana.

Esta *cortada de campo* le recordaba la travesía de las pampas americanas. Hoy ya no sucede otro tanto. Las extensas llanuras americanas se encuentran pobladas en su mayor parte. El brazo humano las ha fecundado, y los sembradíos están protegidos por los millones de metros de alambrados que los circundan, los que por sí sólo importan una fortuna colosal. Todo eso es la obra del extranjero, de ese que es el verdadero dueño de la tierra, el verdadero hijo de la patria, el habitante de que nos habla la Constitución, y por cuyos derechos y bienestar tanto bregaron hombres como Alberdi y Sarmiento; en libros, el primero; en libros y en la acción, el segundo. Y en esto consiste la grandeza moral de Sarmiento. Fué un hombre de

su tiempo, que se introdujo en la selva sin temor á contaminarse con las pasiones de sus habitantes, de las cuales participó ampliamente. Fué pensador, como un filósofo á lo Voltaire, y leñador, como un hombre á lo Lincoln. Salía salpicado de sangre porque había luchado en la espesura con el hombre-fiera; mas nunca con el pionner de la civilización, cuando allí lo hallara. El no atacó al elemento del progreso cuando estuvo enseñoreado de Buenos Aires, pero sí al caudillaje, aun cuando estaba apoderado de las llanuras. Disculpó los errores de los políticos progresistas de la ciudad histórica; mas no perdonó los crímenes de los gauderios atrasados, que, una vez encanados en el sillón de Rivadavia, Las Heras y Rodríguez, flagelaban pueblos, para así gobernarlos, como cuando ultimaban al animal bravío para arrancarle solo la lengua. No vivía encerrado en su gabinete, escribiendo, sin hacer como cantidad negativa; sino yendo á la prensa, á la tribuna, á la calle, á la escuela, al desierto, para hacer y hacer, como cantidad positiva de valor moral é intelectual (1). Armado de músculos, nervios, sangre é ideas, demostraba al adversario sus condiciones de hombre superior, con derecho á gobernar, desde que estaba mejor dotado, para el *struggle for life*. De ahí que los pueblos lo comprendan y lo aclamen en su inmortalidad, porque son esos los hombres que le entran al alma nacional, y no los apáticos, los ceñudos, los serios, que pasan como sombras, sembrando miedos en el alma del pueblo-niño. Nunca se escatimó ni rehuyó exhibir su personalidad para discutirla. Eso agrada al alma popular. Le hacía confidencias sobre su vida y pensamientos, consultándole unas veces, ó malhiriéndole otras, porque sentía necesidad de decirle todo lo que pensaba y quería. Y es esa manera de exhibirse, que algunos llaman *egolatría*, criticada porque alegan que ello es personalizar las cuestiones, la que hoy nos sirve para comprender todo lo que encerraba ese espíritu inmortal. Hombres así, llanos, expansivos,

(1) Esta idea la acabo de leer en Lugones: *Historia de Sarmiento*.

sinceros, pobres, luchadores, rientes, son los que la humanidad recuerda, porque son la representación de sus dolores, alegrías, esperanzas, aspiraciones, sentimientos, humildad, miseria y fortaleza.

El desierto le atraía. El misterio tenía encanto para su alma arábica, por lo que, al verlo, se decía que americano de las faldas remotas de los Andes iba á ver aquellas tribus árabes, herederas de las costumbres patriarcales de las primeras edades del mundo; á ser el huésped de la antigua hospitalidad, á contemplar de cerca los detalles domésticos de la vida nómada. Al llegar al *duar*, las grandes figuras de la Biblia se agrupaban en su imaginación, como si Rebecca ó Yaule, decía, sus hijos y las mujeres de sus hijos, fuesen á presentármeme vivos aún en el dintel de las tiendas á que me aproximaba. Hubiera querido detenerse un momento para dejar pasar esa especie de vértigo; pero ya tocaba el circuito de espinas que rodeaba el *duar*; los ladridos de los perros llenaban el aire, los árabes se dirigían lentamente hacia ellos, precedidos por el jefe que se adelantaba á tenerle el estribo al descender del caballo, como una cortesía digna de un recomendado del Gobierno.

¡Si supondría el árabe que lo recibía, ofreciéndole la *diffa*, que tenía la honra de hospedar en la tienda de su *duar* al representante genuino de la civilización en América y al futuro presidente argentino! Allí entró Sarmiento; se sentó, á la oriental, sobre el tapiz, cruzando las piernas, y arreglando artísticamente, en torno de su persona, los pliegues del borno. Iba á vivir entre ellos por un momento, aunque no prisionero, como Cervantes. Pero como éste, utilizaría luego mucho de aquella vida contemplativa, y nos haría en las páginas de los libros de su vida hermosas descripciones de sus luchas; sí, de él, el que más á lo vivo ha representado en el país la idea del Quijote, que aún recorre y recorrerá las estepas de la humanidad. Son sus libros, y en especial *Viajes*, el monumento más saliente de su personalidad, porque á nadie ha cedido el derecho de escribir su

historia, temeroso de no ser bien comprendido y perfilado. Se le ve actuando en lo que nos relata, aunque se trate de lecciones de Historia, Geografía y Psicología, escritas con todo el calor del alma, en las que se ve el propósito de enseñar y predicar sanas doctrinas. Nada se pierde, si el libro se toma como solaz del espíritu por un momento; mucho se gana, si se abren sus páginas con el propósito de nutrir el entendimiento. En ese sentido, debemos esforzarnos por popularizar y vulgarizar ese libro, para que arraigue y perdure con *Facundo y Recuerdos de Provincia*. Las ilustraciones deberían complementarlas, presentando á Sarmiento, no como á Roosevelt, entre leones y tigres, sino entre el volcán de las pasiones que sacudió su enérgico carácter, su tenaz propaganda y su amor á la verdad; cuando no, como en el pasaje que analizamos, en la tienda del *duar* africano, recibido por su jefe, besándole las puntas de los dedos de la mano, ó sentado á la oriental sobre el tapiz que le ofrecieron.

¡Civilización y barbarie en los desiertos de Africa! ¡Quiroga, Rosas y Sarmiento!

Y en efecto, aquello no era sino la representación fiel de lo visto por él en los desiertos de su patria. En todas partes, el fenómeno es el mismo, aunque cambie de panorama. Do quiera vayamos, nos encontraremos con las mismas pasiones, con los mismos bárbaros salidos de las selvas, dominando durante la época de piedra, hasta que la civilización viene y los arroja al fondo de la nada. Y he aquí que Sarmiento, después que tuvo bajo el escalpelo de su crítica la tienda y demás objetos del *duar*, se dijo: «¡Tate! Yo conozco todo esto, y las tiendas patriarcales de los descendientes de Abraham no están más avanzadas que los toldos de nuestros salvajes de las pampas. Igual y aun mayor desaseo, humedad y escasez de todas las comodidades de la vida; las tiendas, de tela grosera de lana parduzca, sostenidas sobre palillos nudosos y endebles; los perros saltando por entre los hombres; una hilera de corderillos recién nacidos, enlazados á una cuerda para retenerlos dentro de

la tienda-sala de recepción; una turba de muchachos sucios y cubiertos de harapos, alargando desde la puerta los tostados cuellos para ver al *rumi* (cristiano). «¡Dios mío! ¡cuántas ilusiones disipadas de un golpe!, ¡cuánta poesía!, ¡cuántos recuerdos históricos! Y, sobre todo, ¡cuántas descripciones de escritos, echadas á perder por la realidad más prosaica y miserable que se palpó jamás!»

ALBERTO PALOMEQUE

LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA

Más pintorescos, pero cumpliendo oficio análogo, en combinación con los pícaros, se nos aparecen en la novela picaresca los gitanos pordioseros importunos y repletos de embustes. Su vida se refleja en estos libros de manera no muy diferente á como hoy la contemplamos. Aunque á veces sucede que se toman por gitanos lo que más bien son gavillas de pícaros. Lazarillo (en la III parte) viene á poder de una banda de éstas, que le recibe amablemente, entre las cuales hay una graciosa joven que le cuenta el discurso de su vida. Primero fué querida de un cura, luego se la enamoró el carcelero que la guardaba y, finalmente un alguacil á quien ella supo embaucar preparando una riña en la que la sangre derramada de una vejiga da la apariencia de haberse cometido un asesinato. A la pregunta de Lazarillo de si todos los gitanos son real y verdaderamente nacidos en Egipto, le contestan que «ninguno; todos son frailes, monjas, clérigos y ladrones escapados de sus conventos y cárceles, y los peores entre ellos son los frailes que han cambiado la vida contemplativa por la activa». No así los que se topó Marcos de Obregón en la Sierra de Ronda, unos á pie y otros á caballo. Eran verdaderos gitanos en tribu, que empezaron por pedir limosna y acabaron por robarle. Marcos pone á su disposición vino y pan, y finalmente dinero, obligado por el temor; mas al llegar á un estrecho sendero,

flanqueado por una alta montaña á un lado, y al otro por un abismo, temblando de quedar allí descarriado, uno de los gitanos le echa mano del mulo, pretendiendo cambiárselo. Mas el pícaro sale de apuros, merced á su ingenio, que nunca le abandona. Díceles que atrás deja á un compañero, que camina muy despacio porque lleva muy cansada la caballería y cargada de dinero. Oír esto, y dejarle inmediatamente, es todo uno. El mismo macho que estuvo á punto de perder en este lance, se lo roba en otra ocasión un gitano á quien cabalmente lo encuentra aparejado para venderlo. Un hidalgo á quien Marcos ha prevenido, pretende comprarlo, pero exigiendo al gitano que lo ensaye delante de él. Al llevarlo á casa, los vapores del vino que le han dado para que aparezca manso, cesan en su efecto, recobrando su pristina fiereza, y el gitano que lo había pregonado como la flor de la docilidad y mansedumbre, recibe en el carrillo una coz bien recia que consuela en gran manera á Marcos de la pillería que han querido hacerle. El soldado Píndaro expone prolijamente los embustes y trapacerías de los gitanos, cuando cuenta que Julia, enamorada de él, tiene la simpleza de consultar á una gitana hechicera el modo de lograr sus propósitos. Haciéndole muchas promesas la gitana, lleva por la noche á la muchacha á un sitio apartado de la ciudad, mientras las compañeras de la embaidora entran por una puerta que Julia estaba convencida de haber dejado cerrada, á robar cuanto pueden. La heroína de la *Sabia Flora Malsabidilla* es una gitana, hija de gitanos de Cantillana, y conocida con el nombre de «Sol de Egipto». De su padre, que murió ahorcado y hecho cuartos, dice ella delicadamente á uno que ignoraba lo sucedido, que feneció de un dolor de garganta en muy poco tiempo, y era tan humilde de espíritu, que no quiso ser enterrado en sepultura, y que su cuerpo fué partido porque se debía á muchos. Si hubiera vivido un año más, hubiera alcanzado un título, y claro es que ninguno le convenía mejor que el de conde de los gitanos. Su madre cuenta que fué una penitente extraordinaria, que por mortificarse andaba

descalza, dormía en el suelo y recibía infinitos azotes. Flora misma sobresale en urdir engaños haciéndose pasar por una señora distinguida. El reverso de Flora es la heroína de Cervantes, la Preciosa de la *Gitanilla*, prototipo de todas las gitanillas del arte romántico. Nada tiene de común con sus otras hermanas trapaceras y embaucadoras, y confirma finalmente ser de sangre más noble que ellas. Después del autor del *Quijote*, ha contribuido en gran manera á idealizarla Víctor Hugo en su *Nuestra Señora de París*, y Longfellow en el *Escolar Español*. Figura poética que no vive la vida real de las gitanas pintadas en la novela picaresca. De entre éstas, la que más conocimiento refleja es el *Donado Hablador*.

Despedido del convento en que estuvo de *donado*, Alonso cae en poder de unos gitanos que le llevan ante su *conde* (el jefe de la cuadrilla), y le despojan de su dinero y ropa. Una vieja llega hasta pedirle su último andrajo para su hijo, con el achaque de curarle de un dolor de estómago. Las únicas vituallas de aquel rancho lo constituyen una cabra que han robado á un pastor, y que en aquel momento están lavando con agua fría. A Alonso le permiten estar junto al fuego; pero toda la noche le castañetean los dientes, pues hasta un pedazo de piel que ha encontrado para envolverse en ella, se la arrebató una vieja que dice haberla usado dos generaciones suyas como cobertor. Así que anda desnudo muchos días hasta que consigue los harapos de un gitano viejo que le hace este favor muriéndose. El trabaja como uno de tantos en la fragua, y acompaña á las mujeres á pedir y á robar. Dicen la buenaventura, enseñan á sus hijos á ser zalameros, y, juntamente con su oficio de astrólogos y adivinos, roban en todas partes cuanto pueden. Una vez las gitanas aconsejan á una viuda rica á que ponga todas sus alhajas en un tiesto rodeado de candelas, diciendo que las riquezas atraen más riquezas, y que de esta forma ha de encontrar un tesoro que hay escondido. Se ponen todas de rodillas, y con voces afectadas, como de algo mágico, la ordenan se ponga sus mejores galas. Mientras ella sale

ejecutar lo mandado, las gitanas desaparecen con el tiesto y con el contenido. Alonso por su parte se instruye mucho en el arte de engañar. Descubre un ladrón en la casa de un hidalgo, valiéndose de la siguiente traza: le da á cada uno de sus criados una vara de igual longitud, anunciándoles que la vara del culpable, á la mañana siguiente habrá crecido cuatro dedos. El autor del hurto, temeroso de que así suceda, corta la suya en una dimensión igual, y así se hace patente su culpa (1). En otra ocasión, Alonso pretende haber encontrado una bolsa de dinero, de acuerdo con un gitano. Hace pregonar la pérdida al cura del pueblo al acabar la misa. El gitano entra á la sazón, y dando las señas cabales de la bolsa, la reclama suya; con lo que Alonso queda en opinión de santo, y allega crecida cantidad de limosnas, y hasta recibe el honor de ser convidado á comer, en premio de su desinterés, en casa de un corregidor (2). Pero ni los mismos éxitos pueden reconciliar por largo tiempo al pícaro con una vida tan azarosa, y que suele tener por desenlace la cárcel y las galeras. A la primera ocasión que se le presenta, vuelve otra vez á su vocación más rico de experiencia y de bolsillo que cuando la empezó.

Mas profunda que hacia los gitanos era la enemistad que el pícaro profesaba, igual que las demás clases españolas, á los moriscos. El islamismo había experimentado recio descalabro en España, pero no había muerto, porque los pueblos árabes que quedaban detrás los mantenían, y ellos no se decidieron á dejar su fe y sus costumbres. En su interior aceptaban las im-

(1) Esta invención se encuentra también en la *Vida del Escudero Marcos*; sólo que allí, en vez de varas, se emplea un dornajo untado de almagre y un cencerro [Relación I. Descanso XVI]. También aprovechó este asunto más tarde Carlos Sorel en su *Histoire comique de Francion*, Liv. IV (Liv. VIII á XI, 1631).

(2) También esta historia se encuentra sustancialmente en *Guzmán de Alfarache*, que, con capa de santidad, engaña y roba á una viuda y le deshonra su casa; pero el origen de esta ficción está en el *Novellino* de Massuccio, 16.^a novella.

posiciones que sobre ellos recaían, pero en lo íntimo seguían inalterables en su pensar y obrar. Todos los autores españoles de la época ó escritores de viajes, claman contra aquellos infieles que conservaban su lenguaje y eran cristianos á la fuerza solamente. El acudir frecuentemente á los baños se juzgaba desfavorablemente como un recuerdo de las abluciones que precedían la entrada en la mezquita. El seguir usando de nombres árabes, á despecho del bautismo cristiano, se tenía por insoporrible abuso. D. Francisco Bermúdez de Pedraza, canónigo y tesorero de la catedral de Granada, escribía por entonces: «Los moriscos son moros en público, pero son herejes en secreto, en quienes falta la fe, si el bautismo abunda. Van á misa, por temor á incurrir en pena. Trabajan en las fiestas detrás de las puertas cerradas con mayor gusto que en otros días, y observan los viernes con más rigor que los domingos. A la cual censura añade la de que se bañan en Diciembre, que si bien bautizan á sus hijos, pero inmediatamente borran todas las huellas del sacramento con ceremonias gentílicas y que se complacen en robar niños cristianos para llevarlos á Berbería (1). En las novelas de picardía, en las novelas picarescas, el papel del morisco es insignificante, sea que se hable de los que tienen conexión de vida con los moros de Argel, ó de los renegados españoles. La madre de la ingeniosa Elena era una esclava, llamada María por sus amos, pero Zara por sus padres. Todos los días cumplía con las obligaciones de la Iglesia, por temor; pero era tan buena morisca como cualquiera otra de Granada, y tenía algo de bruja y de alcahueta, de donde se le llama la segunda Celestina. El Donado Hablador cuenta de un morisco, nombrado Juanillo en público, pero en privado, Hamete; y de otro que huye de sus amos, y desde Berbería les manda una carta satírica. Rojas, en el *Viage entretenido*, se duele que le

(1) *Historia eclesiástica, principios y progresos de la ciudad y religión católica de Granada*, 1638, cap. 82.

hayan podido confundir con un morisco de Ronda su hijo, y Justina no puede disimular su horror cuando entra á servir á una bruja morisca que parece estar en tratos con el diablo. Esta bruja es una hilandera de lana, asociada á otras dos tan de mal agüero como ella. De estas nuevas tres Gracias, Justina aprende multitud de bellaquerías, como es el coger la lana y meterla en sitios húmedos para que aumente de peso; va ayudándose la vida tan bien, que logra merecer el título de Marquesa de las Motas, por lo que le valen las de la lana. La vieja morisca promete á Justina serle como una madre; pero sus ritos supersticiosos, que evidentemente son conjuros del enemigo, le inspiran á Justina terror invencible. Una noche, durante una tempestad, fallece la vieja, por lo que Justina cree que los diablos celebran con truenos y relámpagos su muerte. Amortaja al cadáver y escudriña sus dineros hasta que da con ellos; pero no le manda decir misa ninguna por su alma, porque le viene á la memoria el disgusto que á la vieja daban estas cosas en vida. El *Soldado Píndaro*, entre el conjunto de trazas picarescas imaginadas y llevadas á cabo por Pero Vázquez de Sevilla, hay una contra un comerciante que pasaba por ser más afecto á la media luna que á la cruz. Pero Vázquez va á su tienda una noche, y haciendo como que mira unas telas, oculta entre ellas una caja. Visitando la tienda al día siguiente, en compañía de unos amigos, Vázquez pone de manifiesto la caja. El morisco, por codicia, declara que es suya; pero Vázquez entonces la abre y saca lo que contiene, que resulta ser un Mahoma dorado, con una media luna bajo sus pies y en la mano el Corán. Los amigos dan gritos y fingen espanto al hacer este descubrimiento; el morisco, todo tembloroso, les suplica que no se alboroten para que la Inquisición no le prenda. Para contentarlos les hace un trato sumamente ventajoso, y Pero Vázquez y sus amigos se salen del comercio con harta ganancia. Así se ve, por lo que la novela picaresca manifiesta, que respecto á los moriscos no se había alterado la opinión emitida por Navagiero, hacía ya un siglo, cuando decía: «Son (los

moriscos) enemigos de los españoles; éstos, por su parte, les pagan en la misma moneda» (1).

Pero los musulmanes en España eran, en la novela picaresca, accesorio de mucha menos importancia que los musulmanes que pirateaban en el Mediterráneo y tenían su asiento en las costas berberiscas. El cautiverio en Argel y las luchas con estos piratas, eran asunto cotidiano de la vida, y reflejado por ende en la novela. Los bajeles del Mediodía eran frecuentemente objeto de repentinos abordajes, y no había ningún barco que al partir para aquellas playas no tuviera en cuenta la probabilidad de ser atacado por los moros belicosos. En Argel era inmenso el número de cautivos. Por espacio de tres años trabajaron treinta mil cristianos como esclavos en la edificación del puerto, y el sistema de piratería introducido por el marino turco Aruch Barbarroja, y reforzado por la llegada de los moriscos expulsados, suministraba constantemente nuevas fuerzas para estas persecuciones. Muchos de aquellos cautivos se hacían renegados, ó tenían la suerte de ser rescatados ó bien se escapaban. Francia, Inglaterra y Venecia, exasperadas por aquellas invasiones, destacaban armada tras armada contra los corsarios argelinos, que aun siendo de más provecho que la expedición desgraciada de Carlos V, no evitaron que el Mediterráneo siguiera siendo el dominio de las bárbaras depredaciones de mahometanos. Los héroes de la cautividad argelina están fielmente representados en obras tan serias como la *La historia y topografía de Argel*, publicada en Valladolid (1612) por Fray Diego de Haedo, y en la novela picaresca no rara vez hacen su aparición.

Entre los pícaros, el padre de Guzmán de Alfarache, yendo de viaje, es apresado y conducido á Argel, donde se hace renegado y se casa con una mujer rica. Al cabo de un tiempo, recoge cuanto había juntado, reduciéndolo á dinero, y con la excusa de emprender un negocio, se marcha para España, de-

(1) *Viaggio fatto in Spagna, etc.*, pág. 25.

jando á la mujer abandonada. Navegando Alonso de Alicante á Barcelona, en compañía de algunos cómicos, les sorprende una tempestad que empuja su barco hasta las costas de Argel, donde queda varado, ayudando los elementos la obra de los piratas. El virrey se queda con Alonso y los cómicos, y allí tiene ocasión el protagonista de observar los malos tratamientos, escasa alimentación é incesantes fatigas de los cautivos todos. Se les aguija de mala manera, y á un galeote que parecía fatigado le cortan de un golpe, un brazo para escarmiento de los demás. En la fiesta de San Juan manda el Virrey á los cómicos representen una comedia. Ellos, con muy mal acierto, eligen la *Rebelión de Granada*, comedia en que abundan conceptos altamente contrarios á las opiniones de los moros, lo que les vale ser condenados con espantoso martirio. Alonso dice, en descargo de sí mismo, que él no ha representado en aquella comedia otro papel que el de muerto y el de paje de un rey moro, en razón á lo cual le perdonan y aun le dan la libertad. Píndaro se encuentra en un combate naval contra siete bajeles turcos frente á la isla de Ibiza. Una tormenta dispersa las naves, y el héroe naufraga. Los españoles sobrevivientes van á dar á una playa en que hay una compañía de moros cautivos, que son derrotados. Uno de ellos, con quien Píndaro entabla amistad, resulta ser un español, llamado Figueroa, amigo de Píndaro en su niñez, que fué capturado hallándose en las almadrabas de Cádiz, y llevado á Argel. Allí se había casado con la hija de su amo, y se había hecho renegado, adquiriendo riquezas por la piratería. En esta sazón, y atendiendo los consejos de Píndaro, se reconcilia con la Iglesia, y muere cristianamente. Muchos de aquellos renegados no lo eran más que en apariencia, é ideaban planes para escaparse, asegurándose el favor de sus dueños ó casándose con las mahometanas. La argelina de Marcos de Obregón le cuenta á éste el suceso de un moro que capturó en la costa española una muchacha de peregrina belleza, que transportó á Berbería, tratándola con dulzura y, por fin, casándose con ella. Por siete años parecía contenta con su

suerte, no sin estar siempre imaginando trazas para evadirse. Al fin, durante la ausencia de su señor á una excursión piratesca, se fugó en un bergatín, burlando la persecución de galeras enviadas á darle caza, estando á punto de caer en el barco de su propio marido. La mujer ordenó que sus marineros se pusieran vestimentas turcas, y así pareció que eran turcos que huían amedrantados de los españoles, pues la gente que iba en el barco del marido engañado llevaba, por el contrario, vestidos de cristianos, y así llegó la mujer sana y salva á España, donde invirtió la fortuna de su fiel señor en obras de caridad. Obregón no se ve reducido á tales recursos para lograr su libertad, porque le recomienda á su señor un su amigo renegado. Naufragando en las Baleares, toman tierra en la isla de Cabrera, y Marcos, después de mucho tiempo de aflicción, adquiere costumbre de ir con sus compañeros á una muy regalada y fresca cueva que descubren en aquella isla. Un catalán les avisa que también los turcos la conocen y suelen ir allí á cargar de agua para sus galeotes. Cierta día, unos corsarios les sorprenden en la cueva. Marcos cree que son compañeros que han tomado aquel disfraz para hacerles alguna broma, mas pronto se desengaña cuando ve que los llevan á Argel. Allí se constituye en ayo del hijo de su amo, y la hija se enamora locamente de Marcos, tanto que cae enferma de melancolía. Marcos, con el hechizo de unas cuantas amorosas y dulces palabras, vuelve la alegría á su rostro y la salud á su alma. Mas como la fama le convierte pronto en milagroso curandero de melancolías, todas las mujeres de Argel pretenden por igual recobrar su salud. A una de las damas más importantes trata de curar el escudero recitándole al oído la fórmula lógica, aprendida en Salamanca de *Bárbara, celarent, darii, ferio, baralipton*, etc., fórmula que, aun no entendida, tiene la virtud de provocar su risa. El renegado está tan satisfecho de Marcos, que le trata no como esclavo, sino como amigo, y le promete la libertad si sabe hallar modo de descubrir el nombre de uno que ha robado el tesoro del Virrey. Marcos llega á saber que es el visir Hazen,

pero no osa declararlo nadie. En consecuencia, él coge un toro, y lo adiestra por varios días á pronunciar la frase: «Hazen ha robado el dinero.» Puesto en libertad el pájaro, al ir el Virrey á la mezquita, empieza á gritar de lo alto del alminar la frase que le han enseñado; todos la oyen con pavor, creyendo que es una señal milagrosa del Profeta, y puesto Hazen en tortura y declarando ante los astrólogos, confiesa su crimen. En conclusión, Marcos, después de haber allanado por completo el camino de la conversión á los hijos de su amo, es puesto en libertad y conducido á las Baleares por el renegado mismo. Luego, ya siendo escudero, estuvo á punto de ser hecho cautivo nuevamente. Dos bergantines tocan en tierra repentinamente y hacen sus presas; pero cuando los turcos más ufanos se mostraban, se ven envueltos por barcos españoles. En esta confusión quedan libres los prisioneros. También el doctor Sagredo debió su libertad á un golpe de mano semejante, efectuado por los españoles, á cuyo barco, volviendo del Pacífico, tienden una emboscada los turcos, á la vista de Gibraltar. El héroe de *Día y noche*, de Madrid, al igual que Marcos, recibe trato benigno de los argelinos, y por fin su libertad, de manos de un amo piadoso que le concede pueda satisfacer su más ardiente deseo, que es el ver la capital de España. Cervantes, en su *Trato de Argel*, en su refundición *Los baños de Argel*, en el cuento del *Cautivo*, que llena algunas páginas del *Don Quijote*, así como en *El gallardo español* y en algún otro sitio, ha dejado pinturas gráficas de aquella lucha entre los mahometanos y España, no necesitando utilizar para sus ficciones otros recursos que las memorias de sus amargas experiencias durante aquellos cinco años de cautiverio que pasó en Argel, en que le sostuviera sólo su indomable constancia y defendiera su vida, á cada paso amenazada.

No falta pícaro que supiera apreciar esta fase peculiar de la vida como ocasionada á intentar fraudes y engaños. Teresa de Manzanares finge ser la hija de un Don Sancho de Mendoza, robada cuando niña por corsarios, y ahora vuelta á España en

pleno desarrollo. De una criada que ha vivido en Argel aprende maneras y alguna que otra palabra del lenguaje moro, y, con ropas de moro también, se presentan las dos ante Don Sancho, llevando consigo un acta notarial, falsa, de haber desembarcado en Valencia con otros prófugos. Por desventura suya, cuando ya se hallaban instaladas las dos impostoras y el padre sumamente gozoso, se presenta su verdadera hija, que destruye todos sus amaños. Años más tarde, y en otros países, el cautiverio entre moros y las aventuras de corsarios fueron tema frecuente de la novela romántica, pero para los españoles de aquella época no constituía sino una implacable realidad.

El hidalgo, ó noble de inferior categoría de las novelas picarescas, por su mayor parte se salva de los ataques satíricos del pícaro; es más bien una figura colateral, un amo á quien engañar ó servir, si se exceptúan dos ó tres ejemplos notables. Aun en ellos se acusa cierto sentimiento de simpatía del mismo engañador hacia el raído caballero, no acostumbrada en el pícaro, y que se explica por la solidaridad de afecto en que junta á entrambos la pobreza. Pero donde el hidalgo, como sucede en *Lazarillo de Manzanares* ó en el *Escudero Marcos de Obregón*, es sólo un agente benéfico y no se dan en él pobreza y orgullo, resulta un tipo desprovisto de interés. El más característico de estos hidalgos orgullosos es aquel á quien entra á servir Lazarillo de Tormes. Bien escoltado de su paje y paseándose con garbo y aire de comodidad y abundancia, toda la mañana se la llevan paseando, sin comprar nada de comer, declarando el hidalgo que ha almorzado muy de mañana, y que cuando esto hace no vuelve á comer nada hasta la noche. Lazarillo, hambriento, saca de su seno unos mendrugos de pan que le han dado de limosna, y su amo se convida á compartirlos con él, después de preguntarle si aquello está amasado con manos limpias. Al llegar la noche, el hidalgo dice á su criado que el mercado está muy lejos, y que así, hasta la mañana siguiente, no hay que pensar en ir á él; añade á esto que

no hay como comer poco para vivir mucho. Lazarillo apareja la cama donde han de pasar la noche los dos, extendiendo un colchón tan sutil, que al tacto aparecía como el entrecuesto de flaquísimo puerco; y á la mañana le sirve de limpiar los vestidos que han hecho oficio de almohada al señor aquella noche. Cíñese la espada, que por todo el oro del mundo no vendería, según dice, y echándose un cabo de la capa sobre el hombro con gentil continente, se entra á oír misa, y se va después á recuestar á unas rebozadas que le oyen con embelleso, hasta que se convencen que no hay en él ningún ánimo para gastarse con ellas nada. El mísero criado, mientras tanto, no tiene más remedio que volver á su antiguo oficio de porteroso, y al volver el hidalgo por la noche afirmando que ha comido, le persuade de nuevo á compartir la provisión que ha logrado el muchacho. De esta suerte viven ambos: Lazarillo, buscándose las, y el hidalgo siempre hinchado de orgullo y deshinchado de hambre. Publíquese un bando prohibiendo la mendicidad, y no hay para qué decir el apuro que con esto sobreviene á aquella casa. Un día, viendo Lazarillo un entierro y á la viuda del difunto lamentándose de que á su marido le llevan á la casa triste, á la casa en que nunca se come ni se bebe, le entra grande terror, y cierra y atranca la puerta de la suya, entendiendo que no pueden traer á otra aquel muerto. A pesar de esto, el caballero sigue pavoneándose, con el cuerpo estirado y más largo que galgo de buena casta, con un palillo entre los dientes para que nadie piense que no ha comido. Al chico le cuenta que tiene grandes posesiones en Castilla la Vieja, un solar y un palomar derribado, cosas todas que dejó porque la honra no le permitía seguir viviendo allí, pues había tenido una cuestión con un conde que al saludarle no le hizo acatamiento. Finalmente, el pobre hidalgo, cierto día que vienen á cobrarle el alquiler de la casa, con pretexto de ir á cambiar una moneda de oro, desaparece.

Lazarillo, que por ningún otro tiene consideración, declara que cuando ve un caballero como su amo no puede menos

de sentir lástima, pensando si con toda su grandeza y empaque acaso no pasará privaciones y estrecheces tan duras de sufrir como las de su amo. Y añade: «Sólo estaba descontento de él en una cosa: en que tuviera tanta presunción delante de quien como él conocía tan bien todas sus necesidades.»

A esta pintura poco más puede añadirse para completar el papel del hidalgo. Aunque algunos escritores posteriores hayan operado algún cambio en este asunto, quedan todos muy por bajo del modelo primitivo. Jerónimo de Alcalá presenta á su personaje al servicio de un hidalgo orgulloso é imprevisor, que vive á costa de su familia, y se ha casado en contra de su voluntad con una tarasca. Cuando les llega á faltar dinero y otros recursos, se extingue el amor, y el hidalgo y su velada andan á la greña. La provisión de casa ha quedado reducida á las efusiones literarias, tanto en verso como en prosa, del caballero, que hace blanco de ellas á un pacientísimo paje, más gustoso de cambiarlas por algo comestible. Don Tomé, á quien sirve de criado el Bachiller Trapaza, es otro hidalgo que también hace versos, tipo fuertemente sugestivo, aun más que el de Lazarillo. Elegante en sus maneras, vive en la pobreza, que suele remediar haciendo del parásito, haciéndose pagar su asiento y ser consentida su presencia en las casas de los grandes merced á las dotes de su ingenio. Como si el verdadero hidalgo no fuera bastante vano y miserable, aún llega á verse incluído en la camaradería de los pícaros que, hundido en los abismos de la más torpe ignominia, aún conserva recuerdos de mejores días. A esta misérrima clase pertenece aquel á quien Pablos encuentra en su camino á Madrid. Por de pronto, Pablos, al verle tan apuesto y arrogante caminar á pie, cree que le estará esperando á alguna distancia el coche; pero, al acercarse más á él, advierte lo raído y menoscabado de su ropa, que se le cae á pedazos. Tocado de compasión, Pablos hace subir en su cabalgadura al hidalgo, ya que los dos van á la Corte, y el hidalgo le dice que en Madrid la industria convierte en oro cuanto toca; descríbele las trampas de su oficio, que no se can-

sa de enaltecer. Estos hidalgüelos decaídos comen á la mesa de los ricos, cuidando de mostrarse bien vestidos en lo que ha de parecerse á la vista, y usando del mismo vestido en cuarenta maneras distintas. Una vez al año andan en coche, saludando desde él á todos, pues pretenden ser conocidos de cuantos pasan; nombran condes y duques en su conversación, como si fueran deudos ó parientes suyos que están muertos ó ausentes; no se enamoran nunca de mujeres, como no sea con su cuenta y razón.

Como el pícaro es incansable vagabundo, se encuentra á cada momento con arrieros, personajes muy frecuentes en la novela picaresca, que no desempeñan, sin embargo, oficio importante en ella. El arriero típico es callado, de carácter negativo, que no se le da un ardite de cuanto pase en su presencia, como acontece á aquel á quien acompaña Alonso: cuando á su encomendado le prenden en una venta, él sigue hacia adelante, impertérrito; y cuando le vuelve á ver en libertad, con la misma indiferencia le felicita. Esta nota desaparece solamente en el arriero del *Pedro de Urdemalas* de Barbadillo que, acusado de haberle robado su caballería, es puesto en tormento, confesando lo que había hecho. Por regla general, es éste un oficio nada envidiable. El arriero de *La Segunda Celestina* se pasa el día cantando romances, cuyos asuntos son hazañas de ladrones. El carretero del *Bachiller Trapaza*, acusado de blasfemo, confiesa que él nunca había pensado que el jurar fuera delito de que tuviera cuenta la Inquisición, pues que lo tenía como una necesidad de su oficio, creyéndose obligado á jurar so pena de ser tenido por mal carretero; y en *Marcos de Obregón* figura un arriero que, para quedarse solo con la única mujer que se encuentra en la compañía que él conduce, finge que le han robado un saco de dinero, amenazando con que meterá á todos en la cárcel hasta que se averigüe la verdad del caso. Con esto huyen todos menos la dama, que tiene suficientes energías para oponerse á sus violencias, é informa á un alcalde de su cuita.

Otra figura característica española es el barbero satirizado muchas veces en las novelas picarescas, cuándo con relación á su oficio, cuándo por su simplicidad y blandura de condición ante las mujeres. Bertol Araujo, á quien Justina utiliza para dar á su posadera Sancha la Gorda la broma de que hicimos mención, es de esta última clase de barberos enamoradizos, que grita de espanto cuando ha roto alguna copa, temiendo el castigo de su mujer; pero la noche en que llevó á cabo la cura burlesca de la posadera, trata de ensayar otra broma con Justina. El barberillo de Marcos de Obregón, tocador de guitarra, y que reaparece en el *Gil Blas*, es un enamorado simple y desdichado, que da serenatas á Doña Mergelina, la mujer del Doctor Sagredo, y concertando una entrevista con ella, se ve á pique de encontrarse con el marido, que regresa. El barbero se enconde bajo una mesa, mientras que un gozque empieza á ladrar. El buen Doctor no sospecha lo que pueda ser, antojándosele que hayan entrado ladrones; así que, saliendo de la estancia por ver dónde se encuentran, da lugar á que el barberillo salga, pasando por ser víctima de los ladrones. Concédesele refugio allí por aquella noche. Doña Mergelina y él pasan grandes amarguras hasta que llegan á verse curados de su pasión. Otro barbero, cuya descripción está modelada en la de éste, se enamora de la mujer de un sacristán tuerto, amo de Lazarillo de Manzanares. Cuando la cosa está á punto de descubrirse, la mujer infiel recurre al conocido expediente oriental de tapar el ojo sano de su señor, valiéndose de una astucia, mientras el barbero se escapa (1). La simplicidad es también una de las notas características del barbero. Trapaza, de estudiante, hace una jugarreta á un barbero, abusando de su sencillez. Pasa ante él por ser un rico perulero, muy pulcro y melindroso, que exige infinitas atenciones, obligando al bar-

(1) Esta viene á ser la 8.^a narración de Pero Alfonso, la 6.^a del *Hep-taméron*, la 16.^a de las *Cent nouvelles nouvelles*, la 23.^a de la 1.^a parte de *Bandello*, la 2.^a del *Sabadino degli Arienti*, y se puede encontrar también en la *Gesta Romanorum* y en otras partes.

bero á que se lave á cada momento las manos; finalmente, le despacha con un maravedí de cobre, que el barbero ni mira, suponiendo después de tantos requilorios que le ha dado una moneda de oro. Son más afines, sin embargo, los barberos á los pícaros que á los bobos. El padre de Pablos tenía tal oficio, y de él dice el autor que sabía *rapar* de más de una manera. El licenciado Periquín, siendo aprendiz de un barbero, roba á los parroquianos y se sale de casa con las navajas y lancetas de su amo. Alonso cuenta de un barbero que consiente en afeitar á un estudiante pobre, por el amor de Dios. Con tal saña le desuella, que al oír el cuitado á un galgo que ladra lastimeramente, y que preguntan qué será, responde: «A ese perro lo estarán afeitando por amor de Dios». El aprendizaje de Estebanillo en el arte barberil es de lo más curioso. Un día que su amo está ausente entra un bravucón en su tienda, que le manda le arregle los bigotes, operación que lleva á cabo Estebanillo con tan poca maña, que se los retuesta, teniendo que buscar en su fuga la salvación. Poco tiempo después encuentra acomodado con otro barbero. Su primer ensayo recayó en un mendigo. Al volver su amo, que había salido á hacer una sangría, se encontró la barbería llena de gente, clamoreando por la carnicería que había hecho en la cara del desventurado, á quien su mujer, por el estado en que se hallaba, no podía reconocer. Al mes de este ensayo, no faltó casi nada para que se llevase con la navaja una oreja del hijo de un mercader, y antes de acabar el año tuvo que pagar, según lo concertado, tantas indemnizaciones el padre de Estebanillo, que éste se salió de la casa, llevándose las mejores herramientas de su amo, y largándose para Nápoles.

Los comediantes y poetas de las novelas picarescas constituyen una bohemia abigarrada, y las compañías de la legua principalmente son muy dignas de atención. El *Viage entretenido* de Rojas, aunque falto de la unidad que debe poseer una narración, proporciona la mejor pintura que pudiera desearse de la vida de estos vagabundos, tan esmerada, que puede muy

bien valer por un comentario de la escena española al finalizar el siglo xvi. Describe ocho órdenes de compañías y actores: desde el *bululú*, autor único, que representa, subido sobre un cajón, ante el cura, el barbero y el sacristán de una aldea, recogiendo la colecta en su sombrero, acompañado del cura, hasta la *farándula*, que tiene ya tres mujeres y otros muchos personajes, diez y ocho comedias, dos bultos para vestuario, y arrieros y carretas para viajes. Aquí los cómicos se alojan en buenas posadas, comen aparte, llevan plumas en los sombreros, rízanse los bigotes y viven la mejor vida del mundo, excepto los enamorados. Mas en la *compañía* disponen de un repertorio de hasta cincuenta comedias, tienen palafreneros, coches y literas, «treinta que comen á su costa, y Dios sabe lo que roban». Ríos y Solano, en este *Viage*, al narrar sus aventuras, nos cuentan cómo se salen de una posada sin pagar el gasto, escapándose mediante una sábana atada á la ventana, acompañados del importe anticipado de una obra anunciada, titulada *Cain y Abel*. En otra ocasión, Ríos, representando en esta comedia, se atrae la persecución y grito del enardecido auditorio, porque se le olvidara sacar á escena el cuchillo para matar á Abel. Los dos pícaros viven ayudando á los arrieros en las tabernas, representando otras veces, hasta que ya, casi desnudos, son recibidos por el *autor* de una compañía, que tiene lástima de ellos. En ella, y por espacio de un mes, van recorriendo poblaciones, llevando á la mujer del autor en una silla de manos cuando llueve, así como el autor y los demás de la compañía llevan los diferentes trastos de su arte, y un chico, el tambor y las cosas menudas. A veces la señora se protege con una careta ó con una barba postiza su rostro de las molestias del tiempo cuando van de viaje, y ninguno de aquellos artistas se desdeña de merodear cuando puede. En la obra favorita de su repertorio, *La Resurrección de Lázaro*, el autor, que desempeña el papel del Salvador, grita en vano á Lázaro: «*surge, surge*», y pensando si se habría dormido en la tumba, queda atónito al advertir que se ha escapado. Pero la gente necia to-

ma aquello por un milagro, y juzga que ha sido arrebatado al cielo para siempre. De esta suerte, los actores llevan una vida llena de peripecias; unos cogen prestados, para vestuarios, mantos que no devuelven; otros recogen pan, huevos y sardinas, como precio de la entrada, y otros duermen en el suelo con los brazos cruzados para conservar en sí el calor, cuando no tienen capa. A los mejores les caben en suerte innumerables fatigas, porque son muchos los versos que tienen que saber, y muchos los caminos que han de conocer, y, en conclusión, el actor tiene que sufrir más cambios que la luna, y aguantar más peligros que el soldado que guarda la frontera.

Guzmán de Alfarache, muy entusiasmado al principio con la profesión de comediante, se desilusiona bien pronto. Él ha leído muchos libros profanos, y por su amor á Isabela se determina con esto á entrar en una compañía de actores. Le invita á hacerlo así la vida libre y vagabunda de aquella gente, hoy en Madrid y mañana en Sevilla ó en Toledo. Siempre pueden gozar de un mundo nuevo y variado, contentos con el presente y sin cuidados para el porvenir. «Este exterior me plugo por completo—dice el pícaro,—aunque bien pronto conocí la amargura que se encierra bajo una apariencia tan agradable.» Alonso entra en una compañía de comediantes, donde le destinan á ingratas tareas fuera de la escena ó á representar papeles mudos, y también queda descontento de este género de profesión. Si el estío es caluroso, dice en sus lamentaciones, nadie va á la comedia; si es invierno y llueve, nadie se toma la molestia de salir de casa; si muere alguna persona de la familia real, tienen que cesar las representaciones. Conversando con un cura, defiende las comedias y aprueba la vuelta de las mujeres al escenario, que había prohibido Felipe II, por parecerle impropio que los muchachos representen papeles de hembras. Teresa de Manzanares se junta á unos comediantes en Granada, donde un antiguo amante suyo, al casarse con ella, se constituye en su preceptor. Por su manera de representar y excelente voz, se hace muy famosa: su marido se hace un bonachón,

aprovechándose de ello un príncipe que la hace el amor, y el *autor* de la compañía, á no encontrarse con la resistencia de ella. En Sevilla la gente aguarda ansiosa admirar su labor; pero ella, para vengarse del autor, de improviso se niega á representar, y burla á los médicos llamados para asistirle. Sarabia, su señor, escribe sobre este asunto un entremés, titulado *La prueba de los Doctores*. Teresa le deja también; el autor va á la cárcel por deudas, y la compañía se deshace. Tal fué también el final de la compañía á que Pablo el Buscón aparece afiliado algún tiempo. Encuéntrase con ella en un mesón, y conoce á un antiguo compañero de Alcalá, que le facilita la entrada en su seno.

Enamorado de una de las comediantas, le cuenta impensadamente todos sus propósitos al marido de ella, que le oye con verdadero agrado. En Toledo le encomiendan un papel que es menester representar vestido de armadura, y una vez que sale al tablado, le saluda el auditorio con una granizada de membrillos y tronchos. Como al autor se le reprendiera, se excusó diciendo que su comedia la había escrito juntando retazos de unas con las otras, y Pablos aprovecha la noticia para hacerse autor él, cobrando muy pronto reputación por una comedia que hizo *á lo divino*. Los ciegos le piden romances y los enamorados versos de requiebros. Alquilase una casa, á cuyo desván se sube á escribir sus comedias, á manera de los otros ingenios. Mas como la compañía se le desmembra, á causa de las deudas, Pablos acaba por dar al diablo su desatinada vocación. Este mismo pícaro llega á conocer á un sacristán poeta, que dice puyas contra los doctores de Alcalá por su incompetencia, y que se alaba de haber hecho una octava para cada una de las Once mil Vírgenes, y una comedia á modo de las fábulas de Esopo, y novecientos y un sonetos, y doce redondillas á las piernas de su dama. De ellas habla poniendo en profecía los conceptos que se le ocurren. A cada cosa que le hace reparar el pícaro tiene él compuestos algunos versos, y al entrar en Madrid es recibido con gran entusiasmo por un en-

jambre de ciegos de romances, contra quienes Pablos lee una pragmática burlesca.

Estos ciegos parece que poseen alguna afinidad con los memorialistas y que se escogieron alguna vez como instrumento de venganza: un poeta, en *Pedro de Urdemalas*, cuestionando con un tahir, recita una sátira bufonesca, á estilo de romance de ciego, con que le proporciona su justo castigo. Todos los poetas de las novelas picarescas son una grey enojosa y pesada, desde Justina y Estebanillo, con sus conceptos rimados, hasta el poeta que el Bachiller Trapaza, encuentra en un tablado recitando sus entremeses y enumerando las dificultades de lograr que se admitan las comedias. Las Academias poéticas, como la del *Diablo Cojuelo*, y las filosóficas, como la del *Siglo Pitagórico*, estuvieron en boga como diversiones elegantes de la sociedad, importadas de Italia en el siglo xvi, y desde un principio patronizadas por personas de tanta significación como Hernán Cortés el conquistador. Satirizadas por lo común, tuvieron estas cultas asambleas señalada influencia en la novela picaresca, y determinaron la forma de muchas de las obras menos importantes de Salas Barbadillo y de Solórzano. De todos estos poetas, es quizá el de más éxito el Don Jaime, de la *Garduña de Sevilla*, que lo es «por traza» solamente. Pretende, en efecto, ser autor de una comedia que lee en alta voz á una compañía de comediantes; y en su pobre aposento, según que quería leer, expresando indignación, tira por tierra las candelas, y luego, aprovechándose del barullo, se escapa con dos mil escudos que había prevenidos para la fiesta.

En la sociedad escudriñada por la novela picaresca, siempre amena y entretenida en las pinturas de casi todos los estados sociales, y útil hoy para aprovechar el recuerdo fiel de costumbres ya olvidadas, no aparece nada tan interesante como la descripción de los mendigos picarescos asociados en corporación. Entre estos mendigos, el ciego á quien primeramente guiaba Lazarillo de Tormes puede considerarse como el verdadero patriarca. Sabe más de cien oraciones, que recita con

voz suave y lastimera. Conoce ensalmos y conjuros para todos los trances; con ésto todo el mundo se iba tras él, especialmente las mujeres. Su astucia le valía más en un mes que á otros cien ciegos en un año, y Lazarillo, habiéndose empapado del oficio de pedir desde que estuvo mamando y estudiándolo como un arte bajo este amo, el mayor profesor de pedir que hubiera en toda España, sale un discípulo aprovechado. Con voz sumisa, las manos metidas en el seno, y el nombre de Dios en los labios, anda de casa en casa, y aun logra sostenerse pidiendo en una ciudad que, según dice, no es bastante caritativa para sacar á un cuitado de la miseria. Más tarde, cuando se separa de su mujer, pide por los caminos al ir á Madrid, y como aquel año hay abundancia de vino, le dan mucho más de beber que de comer, y así está siempre más alegre que moza en vísperas de fiesta, inspirándole ello alabanzas hiperbólicas de la vida picaresca. «A decir verdad—dice,—la vida picaresca es vida, que las demás no merecen este nombre.» Si los ricos la gustaran, dejarían toda su fortuna, como dice que hacían los filósofos antiguos; á la verdad, la vida picaresca y la del filósofo son todo uno, con la única diferencia de que el filósofo, para gozar de lo ideal, deja lo que posee, y el pícaro goza de ello sin haber de dejar nada.

Más casado y engreído con la vida de los mendigos aparece aún Guzmán de Alfarache. Saliendo de Génova, va de lugar en lugar implorando la caridad. Ensayó invenciones con que agradar á los ricos, excitar la compasión para los abatidos, y despertar á los piadosos al ejercicio de sus deberes. Llegado á Roma, tiene conocimiento de las ordenanzas mendicativas, en las cuales se manifiesta que cada nación tiene su modo especial de pedir: los alemanes cantando, los franceses rezando, los flamencos haciendo reverencias, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos arengando y los castellanos haciendo fieros é insultando. Los mendigos han de reunirse en determinados mesones, gobernados por los más ancianos; deberán llevar vestidos fuertes, nada nuevos, y co-

municarse los planes é invenciones más felices á toda la comunidad, pudiendo, sin embargo, gozar del privilegio cada uno de por sí durante tres meses. Los enfermos han de ir de dos en dos por sitios opuestos de la calle, empezando uno la lamentación y acabándola el otro. La limosna se ha de recoger en el sombrero, aunque es permitido llevar ocultas bolsas y bolsillos. Los que se valen de perros para pedir, no se mezclen con los que piden á las puertas de las iglesias. Los que no tengan hijos, pueden alquilar hasta cuatro criaturas de cinco años ó menos, y han de llevar una en los brazos. Los impedidos no han de visitar los mismos parajes que los sanos, ni juntarse con los de profesión especial, como los cautivos rescatados, los soldados fingidos y marineros, ni ciegos rezadores, músicos ni poetas. Otros muchos avisos le da á Guzmán un mendigo cordobés muy ducho sobre cómo ha de portarse en Roma, aconsejándole se reporte y no sea osado á interrumpir á ningún rico la siesta, como le sucedió una vez en que se lo hicieron pagar de muy mala manera. Le enseña el arte de producirse hinchazones, lepra fingida y úlceras pintadas, y de simular semblante macilento. Por las noches se juntaban algunos á referir exclamaciones, á fin de acordar cuáles serían las de más provecho para excitar la compasión y halagar la vanidad. En las fiestas, prevenían los mejores sitios en las iglesias ó recorrían las aldeas. Al que por los caminos encontraban, le pedían á distancia para darle tiempo á echar mano al bolsillo; cuando venían en gran número, adoptaban diferentes papeles, quién el de ciego, quién el paralítico ó mudo. Guzmán á las hermosas les besaba las manos con fervor, á fin de hacerlas tomar por gratitud lo que era verdaderamente regalo. Cuenta en el mismo lugar, cómo un mendigo de Florencia dispuso en su testamento que vendieran su asno para el entierro y le entregaran la albarda al Gran Duque. El príncipe se disgustó; pero al reconocer la albarda, encontró en ella escondida una cantidad muy grande de dinero que había ido ahorrando durante su vida de pordiosero. Hallándose Guzmán de Alfarache en Gaeta se puso á pedir,

mostrando su pierna llagada con sarna fingida, con lo que se atrajo la generosidad del gobernador, que le socorrió largamente; pero como prosiguiera con sus invenciones, mudó la llaga anterior por una úlcera, y entonces hizo patente el engaño. El gobernador, con simulada amabilidad, le hizo ir tras sí para darle una camisa. Guzmán pudo conocer á su costa la propiedad que tenía para las enfermedades de los sanos; no desalentado con esto, trata de engañar con un engaño semejante á un Cardenal, y esta vez con todo éxito. Micer Morcón, monarca de todos los mendigos y amigo de Guzmán, es un tipo jovial, lozano y satisfecho, aunque desnudo de pies y de cabeza. Ordena á sus subordinados que dejen de pedir tan pronto como hayan allegado para las necesidades del día, pues á ningún mendigo debe serle permitido pensar en el mañana; y del mismo modo que Guzmán, no se harta de ponderar los atractivos de la vida que sustentan que llega á convertirse en costumbre, con la cual se encariñan tenazmente los más de los mendigos. Una pobre de Roma, acostumbrada á vivir toda su vida de la caridad pública, no supo dejar su oficio sin pena al recibir una herencia cuantiosa, pues el deseo de volver á pedir la puso enferma hasta que ideó el hacerse monja mendicante para no tener que dejar su costumbre pretextando hacerlo por humildad. «No hay condición en el mundo como la del mendigo—afirma Guzmán,—y dichosos ellos si conocieran el bien que tienen.»

No todos los personajes pícaros son de esta misma opinión. Periquillo, que se hace lazarillo de un mendigo ciego, porque ha oído que la vida de pícaro es excelente, después de sufrir harta calamidad, deja este oficio, y dice: «Déjese para los Lazarillos y Alfaraches, porque si algo bueno tenéis en vos, pronto daréis con ello en esta picaresca vida.» A Estebanillo no le asustan semejantes escrúpulos; en París se dirige á la embajada española, bien vendado y con tumores postizos, postulando socorros para su curación, hasta conseguir del embajador una pensión. Nunca es perdido el fruto de la adulación como lo experi-

menta Periquin, que, pordioseando de puerta en puerta, y encontrándose con cierta persona que está enamorada de sus manos, le pide que se las ponga sobre una herida, pues cree que manos tan preciosas sirven para curar todo. En vez de un real que esperaba, obtiene cuatro por su lisonja, y las damas que están conversando con el galán de las manos, le dan otros ocho cuando rinde gracias á Dios porque no le ha hecho ni piedra, ni arbol, ni marqués, ni conde, sino simplemente un necesitado que ha tenido la fortuna de pedir las. La mendicidad es un recurso con el cual todo pícaro apoya su fortuna ó disfraza sus intenciones. Lazarillo de Manzanares recurre á esto cuando se ve robado y desposeído de todo; y en el *Día y noche de Madrid*, mendigos y ladrones conviven fraternalmente. Marcos de Obregón, perseguido por la justicia, encuentra su salvación en vestirse con ropas de mendigo, por consejo del sacristán de una iglesia en que busca refugio, confundiéndose con los demás mendigos que están á la puerta; y Justina, ansiosa de allegar dinero para comprar una joya que excita su codicia, cambia su manto fino por uno raído, y ocultándose la cara, pide en una iglesia, haciendo un buen negocio con unos jóvenes que admiran la belleza de su cara, sobre todo uno de ellos que, por su causa, entra á rezar sus devociones siete veces. El Gran Tacaño, después de haber sido apaleado por sus miras amorosas, se proporciona unos andrajos y unas muletas, y empieza á pordiosear, y en este oficio se convence de que saca más fruto diciendo *Jesú*, como otros de sus cofrades, que *Jesús*. El camarada con quien se acompaña se vale de cuerdas para hincharle los brazos; adula á cuantos pasan, y tiene criaturas que piden y roban para él; Pablos adopta los mismos estilos para aventajarse en su carrera. Finalmente, ambos ganan enormes provechos dedicándose á robar chicos de familias principales, volviéndoles para ser gratificados, con el enredo de que los han salvado de alguna desgracia. En el *Ardid de la pobreza*, Andrés de Prado saca á plaza á cuatro pícaros que, encontrándose en Zaragoza, se asocian para mendigar,

distribuyéndose entre los cuatro distintos oficios, repartiéndose en jurisdicciones las calles, todo ello reglamentado en un código de ordenanzas, conforme á las cuales, uno de ellos que osó pasar con una dama, por el territorio asignado al que habían nombrado por capitán, tuvo que pagar una multa.

Además de los pícaros, que son los antihéroes y antiheroínas de la novela picaresca, hay otros autores de fraudes y embustes notables en estos relatos, algunos de los cuales han figurado ya con especial concepto, como son los gitanos, los ermitaños ó mesoneros; pero la mayor parte de ellos son estafadores profesionales. Sayavedra, que se hace lacayo de Guzmán después de haberle robado, es un pícaro de esta clase. Comienza por ser aventurero que se embarca para Italia, donde es ladrón solapado, corta-bolsas, merodeador de corrales, asaltador osado de las casas; pero si es sorprendido, pide limosna, y aguarda en las iglesias y en los teatros ocasión para sus raterías. Al viajar por la comarca, tanto él como sus compañeros no se cuidan de gastar nada, pues de las aves que roban por donde pasan hacen la costa del camino. En Nápoles extrema la habilidad de sus hurtos, pone en ejecución planes de defensa. La compañía que forma con otros, siempre abona por alguno que se deja prender. Presa ordinaria suya es la ropa blanca que encuentra en los lavaderos y todo lo que cae al alcance de su mano. Entra al servicio del pícaro más ambicioso de Bolonia, hijo de un profesor de aquella Universidad, cuyo método es cometer estafas fuera de casa, gozando de la impunidad que le da su reputación excelente. Marcos de Obregón encuentra á dos fulleros, que imaginan hacer una estafa á unos mercaderes, valiéndose de una trampa muy antigua que los ingleses llaman *ring-faller* (dejar caer la sortija), y que el autor llama donilleros (1). La trampa fué en la siguiente

(1) Esta misma historia, en forma alterada, apareció en la *Histoire générale des larrons*, 1623 (historia 19.^a de la primera parte). El anillo se sustituye aquí por un diamante.

manera: Según de antemano lo tenían convenido, uno de los fulleros se queda atrás con una sortija fina, y los otros alcanzan á Marcos y á dos mercaderes á quienes se proponen burlar. Después de haber caminado todo el día, el granuja saca unos mostachones, cargados de especias, con que excita la sed de los compañeros de camino, de modo que al llegar á cierta venta se paran á beber, y en la fuente hallan la sortija que maliciosamente había cogido el otro cómplice para dejarla perder. Para decidir quién se la ha de llevar, convienen en jugarla aquella noche, y de común acuerdo se detienen en el meson, en donde ya estaba el compañero con un manojo de barajas. Los pícaros ganan á los mercaderes, no sólo la sortija, sino todo el dinero que llevaban encima. Marcos los vengó cumplidamente, haciendo contra ellos una burla de que ya hicimos mención, y devolviendo todo lo mal ganado á sus legítimos poseedores.

Un chico á quien el mismo Marcos de Obregón encuentra en sus viajes, resulta ser un pícaro menos lleno de embustes que aquellos otros, por ser más joven; pero las aventuras que refiere de sí mismo constituyen una novela picaresca en pequeño. Empezando por robar á su padre cuatro reales, los pierde en seguida al juego, y amedrantado ante la idea de volver á casa, se queda á dormir en un banco, expuesto á la lluvia; allí le apalean, confundiéndole con otro, después caminando como vagabundo á Córdoba, le recoge un fraile para que le acompañe á pedir limosna. En la Universidad se encuentra á punto de perecer de necesidad; pero traza al fin la manera de proveerse de pan sin que lo noten, valiéndose de unos ganchos que ha sacado de su cama. Como nadie le ve la maniobra, puede durante algunos días aprovisionarse, hasta que, pasado algún tiempo, su amo le descubre, pues uno de los ganchos le prendió arañándole. Fúgase él entonces, y como los dos legos que por orden del amo le perseguían conocieran mejor el país que el muchacho, éste se esconde hasta que los ve pasar, yendo luego en la misma dirección que ellos. Extenuado

ya por fin, se presenta á los legos en un colmenar, y al irle á castigar, vuelca un corcho de colmena, donde las abejas, saliendo furiosas, los dejan tan malparados con sus agujones, que tienen por bien de abandonar la casa. Otros pícaros de menos cuantía hacen su aparición en la novela picaresca; desde los franceses que acompañan á Estebanillo, que usan de la maña de vestirse de andrajos al entrar en las poblaciones, levantando la voz en tono lastimero, hasta el pícaro Pernia, que se hace pasar por ser la Monja Alférez, la heroína de la comedia de Belmonte Bermúdez que sentó plaza para granjear renombre en las Indias. Un alquimista embaucador se burla con sus artes de tan marrullero pícaro como Lazarillo de Manzanares; y la madre de Teresa del mismo apellido, siendo viuda, se consuela de su infortunio con un huésped que pára en su posada, para aligerarle de los ahorros que llevaba consigo. El posadero bellaco de los *Engaños de este siglo* entrega sus rapiñas á su amigo, que es el más habilidoso hombre del mundo para metamorfosearse y disfrazarse con toda clase de vestiduras, en términos que puede, sin que le conozcan, vender los «robos á los mismos robados». Y no le queda por bajo el amo de Periquillo, que facilita á las casas grandes criados que las roben.

Otra variedad del pícaro y de las más limpias en España, es la del *valiente* ó matón que se emplea en fingir el papel de marido furioso, ó en vengar por salario los agravios ajenos. A veces, aparece gritando venganza contra la inocente víctima encontrada contra su pretendida mujer. En la *Guía y Avisos de forasteros*, Méndez de la Mancha visita á una dama, cuyos favores quiere merecer y no pagar; pero, al despedirse de ella, le echa mano su chulo. Don Martín, en las *Novelas morales* de Agreda y Vargas, trae un caso semejante, de que él mismo es víctima en Sevilla, si bien aquí su acusador muere en buena coyuntura. Un chulo de éstos es también el amo de más fuste á quien sirvió Lazarillo de Manzanares. Si este caballero está presente cuando á su mujer la dan serenata, sale disparado á la calle, y obliga al galán, si ve que se amilana á que repare

con su dinero la ofensa hecha á su honor; pero si se las ha con otro que no le teme, procura atraerle con obsequios para tratar de pelarle con astucias. Unos rufianes aparecen contratados para perseguir á Trapaza, por haber compuesto una sátira contra un avariento, que por librarse de dar una comida se ha herido á sí mismo, y uno de los más decididos recibe diez mil ducados por un asesinato que inculpan á un forastero en Madrid, llamado Filardo. Un valentón notable es el que el Buscón encuentra al final de sus aventuras, y reconoce como antiguo amigo de Alcalá. Negocia con vidas de hombres, vende cuchilladas y estocadas, lleva un *Per signum crucis* en la cara, marca de su oficio, y conduce al pícaro á su zahurda, donde están los otros compañeros de matonería, que semejan herrerías con tantas espadas y dagas como llevan ceñidas, todos con bigotes como cepillos, y ojos saltones y coléricos. Encárganle á Pablos que se anude un pañuelo al cuello, hable recio, jure y diga groserías. Todos comen de manjares fuertemente especiados para excitar la sed, y se recuestan en el suelo para beber medio pellejo de vino, hasta que acaban por no conocerse unos á otros. En este estado porfían, tartajean, lloran y loan los hechos de un compañero ahorcado, jurando finalmente beberse la sangre de los alguaciles y corchetes responsables de la muerte de un hombre tan valiente. Aunque estos valentones, en su borrachera bravucona hayan matado dos guardias, son por la mayor parte cobardes, que fanfarroñean, pero nada hacen. La *Sabia Flora Malsabidilla* describe dos valientes, Céspedes y Calvete, alquilados para mandar á un caballero al otro mundo. No hacen sino jurar por Cristo, y toda su conversación es de sangre y pedir confesión.

Sin embargo de esto, se ponen á temblar al echar mano á la espada. Piden vino y son puro vinagre; el cantor de sus hazañas es el viento de sus cabezas. Inclínanse ante un superior suyo que les da instrucciones y ha puesto un decreto según el cual, del dinero que les valga cada una de las muertes que lleven á cabo paguen tres misas por el difunto, para aquietar así

las conciencias. Aunque estos dos matones pelean como quienes han de ser gratificados, al llegar el momento crítico echan á correr, dejándose las capas y las espadas. Otros dos valientes, en *Día y noche de Madrid*, pelean, sí, pero se acomodan perfectamente á que los separen, contentándose con que se haya podido ver su bravura. Otro que se ha herido con un alfiler, cuenta una historia entusiasta de su heroísmo, y otros que le escuchan, cuentan, por no ser menos, hazañas suyas de bandidaje, y el primero que habla es incapaz de dormir aquella noche de miedo. Pedro de Urdemalas da lugar á una pendencia de éstas en que no hay efusión de sangre. Esta acaece entre un corchete de alguacil y un valiente: ambos cacarean su maestría en las armas, pero todo su arrojo se emplea en golpes inofensivos. Juan de *El Passagero* tiene una ocasión en que es valiente de veras, que en un principio alcanza reputación de tal; pero herido en cierto lance, abandona su profesión. Que Sevilla era el terreno propio de esta clase de gente no puede dudarse. La mayor parte de sus hazañas ocurren en esta ciudad, y Ramírez, en el *Viage entretenido*, cuando se lamenta de los muchos gorriones que están obligados los comediantes á admitir en la capital de Andalucía, dice que una tercera parte del público que entra sin pagar en el teatro lo constituyen, ó valientes que lo asaltan á viva fuerza, ó los que ven á éstos y piden, en consecuencia, se les deje entrar también.

Sevilla es, además, el escenario del *hampa*, de aquella congregación de pícaros cuya pintura ha transmitido Cervantes á la posteridad, en su comedia *El rufián dichoso* y en su novela *Rinconete y Cortadillo*. En el último, los dos valientes, Chiquiznaque y Maniferro, son bravos de verdad, que tienen encomendados sendos memoriales de cuchilladas, palos, untos de miera y clavazón de cuernos en las puertas de los maridos afrentados; otros pícaros tienen participación menos importante en estos asuntos. Allí hay también ancianos venerables, con rosarios, que por su grave apariencia son recibidos en las casas, en donde observan el valor de lo que puede en ellas ro-

barse y observan los medios de poder ser atacada. Hay estudiantes postizos, mozos de esportilla que hurtan cuanto pueden, ciegos, rameras y una vieja alcahueta con aires de beata, y no digamos nada del Monipodio, el soberano de toda aquella cofradía, examinador de los aprendices y tribunal de última apelación. Como en las comunidades de mendigos, no faltan aquí tampoco distritos y jurisdicciones asignados á los distintos pícaros, cada uno de los cuales es responsable de lo que en ellos se hurtare. Comunidades semejantes aparecen descritas también en *La vida del Gran Tacaño*, como las de Segovia y Madrid. En la primera de estas poblaciones, Pablos figura en conversación con su tío el verdugo, acompañado de una partida de personajes como él, entre los que no se echa de menos uno que pide por los pobres, un capador y un mulato matón. Todos beben inmensamente, derraman el caldo de la cena, bendicen las ánimas de los desgraciados cuyas carnes comen en los pasteles, y tomando sal para provocar más la sed todavía, caen abotargados, prosiguiendo siempre en esta vida de pícaros. En Madrid aparece una compañía aún más notable, presidida por una vieja; los pícaros que la componen salen de uno en uno para sus expediciones truhanescas: el primero con una carta de socorro para una familia pobre; otro con un manojó de cartas apócrifas para solicitar recursos de viaje; otros dos que han trazado una artimaña con un muchacho en la iglesia, pretendiendo uno de ellos ser el dueño del pañuelo que ha mandado al chico ir á recoger, y el otro afirma que es suyo.

En conclusión, la disputa se decide recogiendo la vieja los pañuelos, acomodándolos en forma de vuelillos de mangas para los dos; después de esto se vuelven juntos, más arrimados que sardinas en banasta. A la mañana siguiente, los bellacos se ayudan á vestir unos á otros, y Pablos se hace un extraño atavío con su hábito de estudiante; su sombrero va guarnecido de algodones de tinteros; sus medias no tienen sino la parte visible. Designado para la guardia de aquel día, Pablos tiene por

compañero que le sigue un pillo que se burla de un su acreedor, sin más que llevarse una greña de pelo á la cara, tapándose el un ojo con un parche, y poniéndose á hablar en italiano; cuando llega al medio día, simula que ha comido, espolvoreándose la barba y los vestidos con migajas de pan. Cuando Pablos, por la noche, retorna á su guarida, sabe que á su acompañante lo han apaleado, por haber querido chasquear á unos mendigos en un convento; que el soldado había robado el cirio que le habían dejado para un entierro; que otro que se dedica á hurtar vasos en conventos de monjas, se ha proporcionado una capa nueva, cambiándola por la suya vieja en una sala de juego; que otro había pasado el día embaucando á la gente con que curaba las enfermedades con ensalmos y oraciones, y que otro, por fin, aderezándose una barba postiza y tomando un crucifijo, había andado exhortando á la gente á que se acordaran de los difuntos, cogiéndoles dinero para misas y robando al descuido. Pero no le dura mucho esta vida, pues todos ellos fueron á dar con sus cuerpos en la cárcel.

Así como en *Guzmán de Alfarache* puede verse la mejor descripción de los usos y costumbres de los mendigos, del mismo modo, en la *Desordenada codicia de los bienes ajenos*, del doctor Carlos García, se proporciona el mejor comentario de la organización de las bandas de pícaros. En este libro, los ladrones aparecen divididos en categorías, como lo estaban en el *Liber vagatorum* alemán y en sus herederos inglés, francés é italiano (1). Conforme á esta clasificación, se cuentan sobre doce órdenes de pícaros en España. *Salteadores*, que son aquellos que roban y matan en los caminos; *estafadores*, que asaltan á los ricos en sitio solitario, y mostrándoles dagas, les amenazan de muerte si no les dan una cantidad determinada en cierto tiempo; *capeadores* que se apoderan por la noche de las capas ó van con librea de lacayos á casas de diversión, de don-

(1) *Desordenada codicia: Cap. VII. De la diferencia y variedad de los ladrones.*

de roban lo que pueden, saludando á cuantos encuentran; *grumetes* que toman ese nombre de los aprendices de marino que trepan á los mástiles, porque éstos van provistos de escalas de cuerda con garfios en los extremos para hacer sus robos; *apóstoles* que, como San Pedro, van con llaves, y arrancan cerraduras; *cigarreros* que frecuentan las plazas públicas, y se llevan de un tijeretazo la mitad de una capa ó de una basquiña; *devotos*, son ladrones religiosos que despojan las imágenes de los santos y confían en la suavidad de las leyes de la Iglesia, que con una pena leve los castiga si son descubiertos; *sátiros*, ladrones de bestias, llamados así porque viven en los campos; *dacianos* que sonsacan niños de tres ó cuatro años, «y rompiéndoles los brazos y las piernas, los desfiguran para poderlos vender á los mendigos, ciegos y otros vagabundos»; *mayordomos* que roban provisiones y embaucan á los mesoneros; *cortabolsas*, su nombre lo indica; éstos son los más numerosos en el país; *duendes*, son ladrones subrepticios; y *maletas* que, dejándose llevar en bultos y baúles como si fueran mercancías, tienen fácil entrada en las casas. Además de esto, los *liberales* asesinan por salario, toman á su cargo ciertas venganzas, como unto de tinta, de ácidos y basura, y clavazón de collares de cuernos en las puertas. Como en las cuadrillas de bandidos, hay también entre éstos un capitán que dirige toda empresa, y ante quien acuden una vez por semana á dar cuentas y á recibir instrucciones para los días sucesivos. Los novicios tienen tres meses, durante los cuales han de desempeñar tareas dificultosas, tales como robar un caballo de debajo del mismo jinete, ó sustraer una faja de seda de un enamorado, en medio de un concurso de cien personas. Entonces es cuando al acólito se le promueve á alguno de los órdenes de pícaros que se han referido, según las facultades que haya demostrado. De todo robo que se hace, el quinto va á parar á los alguaciles y corchetes, que perdonan en cambio los azotes, destierro, galeras y la horca, si á estas cosas salen condenados, y cierta parte se destina á usos piadosos, á socorrer á los enfermos y menesterosos de la hermandad.

El ladrón participa de una cantidad igual á la del capitán; sus cómplices, de un tercio, y los meros espías, de un quinto. No se admiten mujeres á participar de los privilegios de la sociedad sino en caso de necesidad, porque no son buenas para guardar secreto. El mejor oficio suyo es armar riñas para juntar mucha gente, favoreciendo así la ocupación de los cortabolsas. No es permitido que vayan dos á comer juntos más que una vez á la semana á la taberna, y todos tienen el distintivo de su profesión. Los *salteadores*, un guante sujeto por un solo dedo; los capeadores, con sus hebillas ajustadas una sí y otra no; los *estafadores*, para darse á conocer, se repelan las barbas y se meten de cuando en cuando el dedo meñique en la nariz. A la mujer que se casa, cada miembro del orden á que pertenezca le tributa una parte de lo que roba; pero la hija de un *duende* hase de casar con un *duende*, pues de otra suerte el marido tendría que pagar á los *duendes* una multa. En cada uno de los distritos de la ciudad se echa un dado, y cuando llega uno de los ladrones se pone de manifiesto el as; cuando llega otro, el dos, y así sucesivamente hasta los seis, que son los únicos que pueden operar en el mismo distrito. Ningún ladrón puede llevar ó disponer de su robo en la ciudad en que lo ha perpetrado, y todos han de aportar á la sociedad disfraces, parches y barbas postizas. En cuanto á religión—termina el doctor García,—los pícaros son semicristianos; aman á Dios, mas no al prójimo, y se les permite cumplir dos partes de las tres que ha de tener la penitencia, ó sea confesión y contrición, pero nunca restitución.

De esta manera contempla el pícaro la sociedad; al por menor, con atrevimiento, con mofa; y de todas las clases que la constituyen, sólo á la de los nobles perdona. Los hidalgos es cierto que reciben un pequeño correctivo, pero siempre suavizado con un tanto de manifiesta simpatía. Berganza, en el *Coloquio de los perros*, intenta atacar á las clases superiores, y frustrándose su intento como cosa impropia, se limita á expresar el sentimiento de la literatura española en general, que ha

hecho de la gente plebeya el blanco de su ingenio siempre. En una novela picaresca, la vida de las clases inferiores debe, necesariamente, absorber la atención; mas con todo, también se ha podido apreciar la oportunidad que suministra para dirigir más arriba sus tiros; y Carlos Sorel, en el *Ordre et l'examen des livres attribués à l'auteur de la Bibliothèque Française*, encuentra que los libros picarescos franceses se distinguen de los españoles precisamente en esto. No obstante, en un cuadro social como el que la novela picaresca española desenvuelve, poca ocasión se ofrecía para ello, pues la novela de costumbres refinadas requiere el estudio de modos de ser que ya empiezan á sucumbir ante el interés personal, y por esto las narraciones picarescas de los españoles en su misma rudeza ofrecen una mina de pormenores curiosos de gran precio.

FRANK WADLEIGH CHANDLER

LA AMÉRICA MODERNA

SUMARIO: La lucha contra la esterilidad de las estepas. La visión de las pampas. Transformaciones del cultivo y aprovechamiento del secano en la Argentina. Datos sobre España. El determinismo telúrico y cósmico y la reacción vital humana.—Nuevas opiniones de los hispano-americanos sobre España. Testimonios mejicanos, guatemaltecos y dominicanos. Interpretación histórica de la emancipación americana. Influjo de las ideas liberales en la emancipación. Ideas teocráticas en documentos de la independencia.—La propaganda socialista de Jaurés en la Argentina. Contraposición de la doctrina socialista y el desenvolvimiento argentino actual.

Los países que tienen grandes regiones esteparias no pueden ser considerados como fuera del cuadro de distribución de los grupos de población. Si bien es cierto que las regiones esteparias no pueden llegar hasta alimentar la población densa que mantienen las regiones de tierras fecundas, no obstante, y aun prescindiendo de la industrialización posible que puede reemplazar en algunos casos á las fuentes de riqueza agrícola, las regiones esteparias pueden ser utilizadas por medio de un cultivo propio que las pueda convertir en tierras apropiadas para el desenvolvimiento de importantes núcleos de población. La Agronomía demuestra que la planta recibe los elementos de su nutrición en cantidad mínima del suelo, en el cual crece y en su mayor proporción recibe tales elementos del agua, del aire y de la luz. Todo estriba, pues, en buscar cultivos apropiados. Un ejemplo típico de esta clase de cultivos le ofrecen algunas comarcas del Levante español, en las cuales, hace

veinticinco años, sólo había reducidos núcleos de población desparramados sobre tierras peladas, cubiertas tan sólo á trechos por raquíticas herbáceas que crecían entre peñascales rojos y grisáceos, como las montañas de Palestina. Allí no era posible pensar en canalizaciones ni esperar beneficio alguno de las aguas del cielo; sin embargo, bastó que se estudiase la condición de aquellos lugares é implantasen el cultivo del olivo escogiendo una especie muy resistente á la sequía, de grano negro, pequeño y jugoso, oriundo de la Seo de Urgel, para que después de las primeras pruebas, enteramente satisfactorias, se extendiese rápidamente el cultivo, y diese en tales comarcas una gran cantidad de aceite. Pueblos antes miserables han llegado hasta comprar montes del Estado, y á cubrirles de olivos que han convertido los parajes antes desolados en numerosos olivares que recuerdan el camino de Delfos.

Lo que en las montañas se consigue, con mayor seguridad puede obtenerse en las llanuras. Con el aprovechamiento de las grandes extensiones de secano se gana en riqueza, en población y en vitalidad nacional, por consiguiente.

El territorio de la República Argentina es de los que tienen tan grandes extensiones de tierras de esta clase, que su aprovechamiento constituye una de las exigencias económicas más trascendentales para aquel país, sobre todo, teniendo presente que la Argentina ofrece un aumento en la superficie cultivada desde 1895 á 1907-08, que llega á 261 por 100. Pero el cultivador tropieza ya con las tierras secas, y no hay que volverles las espaldas, sino pasar sobre ellas dejándolas fecundadas.

¿Cómo son los territorios argentinos aún incultos y secos? Una exposición estadística no sería tan fuertemente representativa para el lector, como la impresión que dejan las descripciones de buenos observadores que han cruzado las pampas argentinas, empapándose de su ambiente, reflejando luego las sensaciones allí recogidas, en páginas cuidadosamente escritas.

Santiago Rusiñol, en su viaje Plata adentro, enfilea el camino de las pampas, y nos dice:

«Al cabo de una hora de camino, los estorbos que pudiese haber de árboles, de casas, de lo que sea, parece que se hayan retirado; parece que lo hayan nivelado todo para no estorbar al tren que pasa; la tierra se va poniendo tan lisa, que ya no es tierra; es una tabla que llega no se sabe dónde, y ese no saber dónde, esa llanura, siempre más allá, es la pampa.

»Esta pampa, al cabo de unas cuantas horas de verla pasar á los dos lados, sucede con ella lo mismo que con el mar. Dice uno: es grande, es azul, es grandioso; sigue andando unas cuantas horas, y vuelve á decir: es grandioso, es amplio y es azul; pero al cabo de mucho tiempo de azul, de grandiosidad y de anchura, si no se marea uno, que ya es bastante, desearía ver algo más que grandeza y monotonía; quisiera saber qué hay detrás de aquella raya sin fondo, y como la vista no alcanza, y aunque alcanzase, el mundo, allá abajo, ya ha dado la vuelta, lo deja correr, y, para distraerse, mira los detalles del primer término.

»En los primeros términos no se ven más que campos y más campos del mismo verde, del mismo tono y del mismo color, horas y más horas de verde terroso, de hierba medio seca y pisoteada, y sobre esta tierra, como puntitos blancos, caballos, bueyes, vacas y ovejas, desparramadas como judías secas que hubiesen tirado á puñados, todos paciendo con la cabeza en tierra; de legua en legua, las estacas con el alambre hasta lo infinito; entre el alambre sigue camino derecho, de una derechura que no se ve en ninguna otra parte, de una derechura de raya en una pizarra tan larga y tan sin límites, que no da idea de camino; parece que el mismo planeta se haya marcado un meridiano, y que, siguiendo aquella raya, daría uno la vuelta al mundo.

»Después del camino, y no encontrando distracción ninguna en el primer término, los ojos se vuelven hacia el fondo. Y allí más llanura y siempre más, con aquella línea donde

acaba la tierra, y donde acaba la tierra, el cielo, que parece más amplio, y que hay más, y que se ve más, y encima de la cortina extendida, el vacío más intenso y más amplio que pueden soñar los hombres.

»Este pedazo de mundo viene á ser la pampa. Un paisaje que no es paisaje; un desierto de verdor, un desierto de campos, un bocado de Geografía; lo que habrá de ser nuestro planeta cuando, á fuerza de lluvias y aguaceros, se hayan borrado todas las montañas, y no sea sino que una esfera rodando por el éter del espacio. Es tanta la soledad, que á veces, á lo lejos, veis un árbol y no sabéis si ha nacido allí ó ha caído del cielo como un bólido. Veis un rancho, y no sabéis si aquello es un nido ó si son casas que van de camino. A veces, en lo alto de una estaca, veis una lechuza impasible, y os hace pensar más en la soledad. Una bandada de pájaros, que pasan como una nube, y no se sabe dónde van ni lo que buscan; un humo, á lo lejos, que no se sabe de dónde sale, y esas señales de que allí hay vida, os obligan á daros cuenta de que aquel desierto, aunque en él no se vean hombres, está habitado y hasta labrado, y os da frío pensar: Si me perdiese aquí, sería un náufrago.

»Este pensamiento, creemos nosotros que es lo que da poesía á la inmensidad de la pampa. Si esta llanura estuviese desierta, sería la nada, sería la muerte; pero esta pampa palpita, y á esta palpitación debe su grandiosidad de poesía dramática. Sobre esta llanura tan grande y tan lisa pasan tempestades de viento que, como no encuentran nada que las detenga, ruedan por ella y la hacen más llana; pasa la sequía, y los caballos y los bueyes van cayendo, y lo que antes fué vida, se convierte en un inmenso mar, y aquellas aves agrupadas, que no se sabe adónde iban, se arrojan sobre huesos como niebla negra; y llega un día en que el cielo se oscurece, y aquella oscuridad es la langosta, que vuela á ras del suelo, y camina á montones, y que convierte los terrones en una á modo de piel temblorosa. Cuando ha pasado, no deja nada, ni

señales de pradera, ni sospechas de vida, y en medio del viento, del hambre, del desierto, vive el hombre, el centauro moderno, y este centauro, que es el hombre, es quien da poesía á la llanura sin consuelo, sin visión y sin alegría.

»No; la pampa sin el hombre no causaría emoción ninguna. Sería uno de los pedazos de mundo más desolados, más tristes, de más grande monotomía. Una parte inmensa de tierra que no tiene montañas, que no tiene árboles, que no tiene siluetas, sobre la cual pasan las nubes; sin valles para tenderse, ni montecitos que besar, ni picos para desgarrarse, sin alma, no tendría consuelo. Estas leguas y más leguas que el tren va atravesando en línea recta sin un tropiezo, sin una revuelta, sin un rincón inesperado, sin un oasis para el espíritu, serían del todo indiferentes si uno no supiera que, aunque no los vea, bajo aquellos montones de adobe, con cuatro juncos por techo, ha anidado una raza de hombres á quienes el sufrimiento y su fuerza han hecho bordar una leyenda, y esta leyenda es la pampa

»Pasamos horas en esta pampa; pasamos tantas, que llega un momento en que se tiene el temor de que el tren descarri- le, y se encuentre en medio del camino como un barco en medio del mar. Pero él no se detiene, y cuanto más anda, más va uno sintiendo una angustia extraña: la angustia por llegar donde quiera que sea, como un nadador que está pasando un río, y quiere llegar á la otra orilla.»

.....

«Te volveremos á llevar por la pampa, porque aquí siempre y todo es pampa; pero esta vez no son más que doce horas, ¡y qué son doce horas de tren en esta inmensidad de llanura sin límites!

»Verdad es que estas doce horas son medio día de una polvareda que parece que la tierra se está deshaciendo; que si abres la ventana, te ahogas, y que si no la abres, te asfixias; que con eso de abrir y cerrar, como los vagones son de familia, y uno quiere aire y otro no le quiere, se arma cada *controversia*

ó cada *bochinche*, como dicen aquí, que sin la intervención de los empleados que le *mandan á uno mudarse*, acaso acabaríamos malamente; pero con polvo y todo, el tren anda camino, y dicen que el viajar enseña mucho; así es que no nos abandone, que aún vamos á ver cosas nuevas.

»Una de las cosas que vemos, son unos montones de tierra removida, como si treinta regimientos de ingenieros ó de cazadores estuvieran haciendo cien trincheras.

»Es una de montes de arena, que no se sabe quién los habrá podido formar, ni para qué están allí, ni qué *resignan*.

»Un cordobés que viene con nosotros, doctor, naturalmente, y muy simpático, viendo nuestro asombro, nos dice:

—Ya sé lo que miran ustedes: los hormigueros.

—¿Qué hormigueros?

—Esas montañas; esos colosales montones de tierra que verán ustedes hasta Tucumán, como verán ustedes muchos, más allá, los han construído las hormigas. Aquí en América tenemos tres plagas, que se consideran calamidades, y que el Gobierno paga para combatir las; esto sin tener en cuenta á los empleados que las combaten, que bien pudieran ser otra plaga. Tenemos la langosta, la *bizcarña* (que es medio-conejo, medio-hurón y medio-castor), y, por último, tenemos la hormiga...»

¿No es este un gran problema en Sud-América?

La economía nacional argentina es fundamentalmente agraria; puede considerarse la República Argentina como el Estado agrario más típico de la época actual. He aquí por qué los problemas agrícolas merecen allí tan especial atención por parte de los gobernantes. Las condiciones climatológicas y geológicas argentinas contribuyen, además, sobremanera á ocupar la atención de los gobernantes, toda vez que grandes extensiones del territorio nacional carecen de esas condiciones apropiadas para el cultivo, que no puede realizarse sino supliendo el hombre con sus artificios la falta de las condicio-

nes naturales. Este es el caso de las extensiones de secano argentino.

La Dirección de Enseñanza Agrícola elevó al ministerio de Agricultura una nota, acompañando un informe muy interesante sobre los cultivos agrícolas en secano cuyas experiencias se hicieron con resultado favorable en Catamarca, Rioja, Santiago del Estero y otros puntos, en 1907.

Dice el Dr. Carbó, en la nota aludida, que la División de Enseñanza Agrícola ha sido la primera en ocuparse del asunto, y que el ingeniero Chavez, en Santiago del Estero; el ingeniero Roger, en Catamarca y en La Rioja, con la cooperación de varios agricultores y agrónomos distinguidos, procedieron á las plantaciones, habiendo obtenido resultados favorables con alfalfa, maíz y cactus.

En el informe se hace constar que se pensó en la introducción de variedades frutales y forestales exóticas, y en el mejoramiento y selección de las variedades nativas, por lo cual se habían formado viveros de las mejores especies nativas y exóticas.

Las experiencias de cultivos en secano fueron realizadas en Frías y Salavina, Santiago del Estero, Vivero de Catamarca, Vivero Regional, La Diana, Milagro y Charco, en Rioja

La citada repartición cuenta nada más que con los implementos comunes de arados, rastras, rodillos, sembradoras, cultivadoras y carpidoras, cosechadoras, y estima el informante que ellas son suficientes por lo pronto para llenar las necesidades, pues el resultado en este caso más bien depende de la aplicación racional, constante y consciente de los implementos, que de la especialidad del instrumento.

Los rodillos y arados del subsuelo, las sembradoras y carpidoras, dice que facilitan el trabajo, simplificándolo y haciéndolo menos costoso.

Opina el informante que se deben introducir semillas de las regiones áridas de Rusia, de Sud Africa, de Australia, de Egipto, Asia y de todas aquellas regiones que presenten simi-

laridad con el de aquí, y que sería conveniente introducir semillas y plantas, tanto frutales como forestales, porque es indudable que, en ese sentido, aún no se ha hecho actualmente nada.

Este es uno de los puntos de mayor importancia para el país.

En lugares de estancamientos temporarios se desarrolla una vegetación hidrofítica, y durante las temporadas de lluvias se desarrolla otra clase de vegetación, la mesofítica, compuesta de plantas anuales, y con preferencia, plantas bullosas de pequeño tallo, porque, naturalmente, se ven obligadas á crecer y fructificar en el corto espacio de las temporadas de lluvia.

Por otra parte, existe también la vegetación xerofítica, ó plantas del desierto propio.

Tomando en consideración estos tres tipos de vegetación, no es aventurado decir que el desierto tiene una flora, si no más, á lo menos tan numerosa como las regiones lluviosas, lo que indica que el desierto puede producir todos los tipos útiles al hombre, naturalmente, contando con la temperatura; de manera que el problema se reduciría á formar especies rápidas para resistir las condiciones del desierto.

Una característica que puede tener suma importancia para la agricultura en seco, es la tendencia acumulativa de agua de la mayor parte de las plantas del desierto, siendo los cactus los ejemplares más típicos.

Agrega el comunicante, estudiando las especies hereditarias, que hoy, que pasan de una generación á otra para acumularse en la formación de una nueva especie, tienen origen solamente en alteraciones de las células germinales, mientras que otras, especialmente los horticultores, creen que los cambios del medio físico pueden ocasionar variaciones en la estructura exterior de las plantas, y que dichas variaciones pueden hacerse transmisibles independientemente del mismo ambiente.

Habla también de la explotación de la flora de las plantas tintóreas comunes en Rioja, de las plantas curtientes, entre las que cita numerosas especies de medicinales, forrajeras, etc., y se refiere á las sequías prolongadas, aconsejando que la implantación de los métodos de cultivo en secano han desaparecido en gran parte los efectos de aquéllas.

El informante habla extensamente de un plan de experiencias, del cual cree que se debe encargarse á un especialista, para probar las ventajas del sistema en la región húmeda; su aplicabilidad en las regiones áridas, con estudios comparativos de variedades nativas y exóticas, mejor uso y aplicación de los métodos, manejo de la maquinaria especial, abrigos, cercos vivos y barreras contra los vientos; fijación de médanos y arenas; aprovechamiento de tierras salitrosas; estudio económico completo de la aplicación del sistema, y fijación de la extensión mínima que debe tener una chacra de secano.

La aplicación que podría darse á las tierras de la región árida que no puedan ser explotadas por la irrigación, depende, en gran parte, del resultado de las experiencias de cultivos en secano. Por lo pronto se emplean en pastoreo, y si las experiencias son felices, se habrá conseguido incorporar al gran movimiento de producción nacional cerca de las tres cuartas partes del país, que es hoy inútil é improductivo.

Concluye el informe afirmando que la agricultura en secano representa el movimiento, hoy por hoy, de mayor valor económico para el país, por la magnitud de las zonas afectadas, y espera que el Gobierno le preste la atención que el movimiento reclama, fomentando la experimentación en ese sentido, creando una sección especial que la estudie, y dotando á dicha sección de todos los elementos necesarios para una experimentación amplia, variada, minuciosa y racional, de manera que sus resultados sean concluyentes en uno ú otro sentido.

En España no se ha desenvuelto, sino en escasa proporción, el potencial agrícola del territorio. No se ha sometido á

cultivo intensísimo todo el área de la Península, susceptible de tal sistema de explotación, ni se ha aprovechado el secano debidamente para el cultivo. Puede decirse que uno de los aspectos más importantes del problema agrario español estriba en el aprovechamiento del secano y en la transformación del cultivo. Pero hasta ahora, la orientación predominante en la política agraria, defendida por los Congresos de las distintas Federaciones agrarias españolas, ha tenido una significación casi exclusivamente arancelaria.

Según los datos oficiales, el área agrícola no cultivada en España representa el 48,8 por 100, y para los demás países, en proporción, tenemos en Inglaterra el 16, en Irlanda el 13, en Italia el 19, en Hungría el 10,2, en Austria el 6,9, y en Francia el 9. Ahora bien; no olvidemos que el 43 por 100 sometido á cultivo, lo es en forma imperfecta y rudimentaria, hecho que explica en parte el por qué nuestro suelo no mantiene, por término medio, más que 40 habitantes por kilómetro cuadrado.

Otros países con mayor intensificación agrícola, como, por ejemplo, Francia, Holanda, Italia, pueden sostener 84,200, y 111 habitantes por kilómetro cuadrado, respectivamente, en su suelo.

Pazos y García comenta, refiriéndose á España, las opiniones de un agrónomo español. El Sr. Nicolau, entusiasta de la política hidráulica en su aplicación al suelo cultivable de Egipto, y recogiendo las opiniones de aquellos que creen insignificante y de poco valor el regadío como factor presente y posible, puesto que su superficie actual alcanza tan sólo el 6 por 100 de lo total cultivado, siendo aún con los mayores esfuerzos muy difícil duplicarlo, replica que, admitido el restringido incremento en el regadío, no olvidando el aumento que puede sufrir, sobre todo el regadío eventual por el empleo de *aguas turbias* que nos da la Naturaleza, y teniendo en cuenta que en los años secos, la cuarta parte de las tierras incluídas en el regadío, no tienen agua suficiente, tendríamos que aumento tan pequeño en la superficie regada, traería un incre-

mento anual en la producción agrícola, superior á 600 millones de pesetas. Así que si hoy, los productos de nuestro suelo cultivado son apreciados en 2.900 millones de pesetas anuales, siendo la superficie regable el 12 por 100, excedería de 3.500 millones, fracción que por sí sola produciría casi las tres cuartas partes de la otra restante, equivalente al 88 por 100 de la total superficie del cultivo (1).

Los siguientes datos dan á conocer la superficie de la Península que queda todavía por cultivar.

NOMBRES DE LAS REGIONES	Dehesas de pastos y montes.	Tierras sometidas al cultivo.	Improduc- tivas para la Agricultura.	Superficie total de las regiones.
	<i>Hectáreas.</i>	<i>Hectáreas.</i>	<i>Hectáreas.</i>	<i>Hectáreas.</i>
1.º Central ó de Castilla la Nueva...	2.250.802	2.457.866	546.624	5.255.292
2.º La Mancha y Extremadura.....	4.426.000	2.693.540	503.205	7.622.745
3.º Castilla la Vieja..	1.541.729	2.559.696	577.803	4.679.228
4.º Aragón y Rioja..	2.521.763	5.038.975	682.472	5.243.220
5.º Leonesas.....	2.395.035	2.542.720	301.823	5.239.578
6.º Galicia y Asturias	2.583.650	1.310.347	110.789	4.004.786
7.º Navarra y Vascongadas.....	1.248.660	474.499	36.987	1.760.146
8.º Cataluña.....	1.441.309	1.383.863	304.488	3.219.660
9.º Levante.....	1.313.159	1.686.697	441.439	3.441.295
10.º Andalucía Oriental.....	1.842.092	1.838.797	549.249	4.230.138
11.º Andalucía Occidental.....	1.998.990	2.177.647	350.292	4.526.929
12.º Islas Baleares....	261.858	191.463	48.090	501.411
13.º Islas Canarias....	230.500	346.760	150.000	727.260
<i>Totales.....</i>	<i>24.055.547</i>	<i>21.702.880</i>	<i>4.693.261</i>	<i>50.451.688</i>

Hay que advertir que gran parte de los 4,6 millones de hectáreas que se consideran improductivas, en realidad no lo son así, sino que no son explotadas conforme al cultivo para ellas indicado.

(1) «La cuestión agraria de Irlanda y referencias á la de España.» Pazos y García (Diego). 1908. Madrid.

Cierto que el hombre no está encadenado á la Naturaleza; que puede reobrar sobre las fuerzas del medio en que vive, aunque esto no signifique el que tenga un gran poder creador. No está enteramente libre, pero tampoco rompe el nexo que le une como sér orgánico á la tierra; pero esta relación no debe exagerarse en el sentido de los deterministas como C. E. Baer: «Cuando el eje de la tierra recibió su inclinación; cuando la tierra firme se separó de las aguas; cuando surgieron las montañas y los territorios de los diversos países se delimitaron, entonces fué el destino del género humano prestablecido en sus líneas generales... No hay ningún motivo para sostener que los diversos pueblos hayan originariamente salido ya distintos de las manos de la Naturaleza; hay más bien motivos para creer que han resultado diversos bajo la distinta influencia del clima, de la alimentación y de las condiciones sociales. Las condiciones sociales son determinadas, especialmente por la constitución física de los asientos que tienen los pueblos» (1).

Y á quien crea en la interpretación determinista, se le puede recordar que la técnica ha podido contra la sequía y la langosta de las pampas, y la técnica no es más que una proyección del espíritu.

*
* *

De 1910 á 1911 se han celebrado las fiestas de la Independencia de las Repúblicas Hispano-Americanas, y con ocasión de las fiestas conmemorativas, los americanos han impreso libros y pronunciado discursos en los cuales se ha dedicado, sin excepción, un recuerdo de respeto y veneración á España, la Madre Patria.

El 10 de Noviembre de 1910, el ministro mejicano en Lon-

(1) Baer: *Ueber den Einfluss der äusseren Natur auf des sozialen Verhältnisse der einzelnen Völker und die Geschichte der Menschheit überhaupt.*

dres proclama ante los ingleses, al celebrarse la fiesta del Centenario, la excelsitud de la obra de España, señalándola como potencia que completó la geografía del planeta, abriendo á la civilización inmensos continentes; el Imperio español fué como una universal incubación de gloria que cubrió la faz de la tierra...

En nada discrepan estas palabras de las manifestaciones hechas oficialmente por otros países hispano-americanos. La pequeña Guatemala dice, por boca del licenciado Salazar, en el palacio del Poder Ejecutivo (15 de Setiembre de 1911):

«España había dado existencia á las colonias que fundara con la desbordante exuberancia de su civilización, entonces sin rival; les había transmitido cuanto poseía y podía darles, hasta el extremo de perder ella misma su propia vitalidad, como la pierde la amorosa madre después de haber amamantado á sus hijos con la savia vivificadora de sus fecundos senos.

Injustas serían las inculpaciones que se hicieran á la Madre Patria, por no habernos encaminado por los derroteros económicos que hacen del comercio moderno un arma de conquista más poderosa que las legiones romanas; por no habernos dado las libertades que ella tuvo que arrebatarse á la autocracia, comenzando en las Cortes de Cádiz y terminando en la Asamblea Constituyente de 1869, Asamblea que tuvo la gloria de recoger la palabra del tribuno más grande de la democracia moderna, y de escuchar la arrobadora frase de aquellos discursos incomparables que forman un himno grandioso á la libertad de los pueblos y de los hombres.

Lejos de nuestro ánimo formular injustos cargos. Reconocemos el hidalgo proceder de la noble España, á quien consagramos un recuerdo cariñoso, gozando con sus glorias y sufriendo con sus infortunios.»

Estos sentimientos que se irradian de grandes y de pequeñas Repúblicas, tienen ya su literatura abundante, aun en aquellos países que, como Santo Domingo, han sufrido influencias ex-

trañas á la representada por el pueblo español. He aquí una página que arranco del *Alma dominicana*, historia novelada, en la cual García Godoy traza la psicología de los dominicanos:

«Hoy corren vientos de aproximación y de amor. Entre España y las actuales Repúblicas que durante siglos fueron parte de su inmenso Imperio colonial existen lazos indestructibles cada vez más estrechos. Ya no hay ni puede haber espacio para los odios. La independencia de las colonias españolas fué un hecho histórico, enteramente lógico, que estaba en el orden natural de las cosas. Fué etapa culminante de un proceso evolutivo que tiene sus más hondas raíces en el complejo y eterno dinamismo de la vida social... En estas Repúblicas, como en la misma España, manifiéstase en estos momentos un movimiento de cordial y fecunda aproximación. Cada vez tienden á ser más fuertes los vínculos entre la dueña del solar glorioso en que vieron la luz nuestros progenitores, y las naciones que en este vasto Continente perpetúan su idioma majestuoso y sonoro, y conservan el espíritu de la raza que ha realizado tantas cosas asombrosas en el escenario del mundo. Hay que dar toda la robustez posible á esa solidaridad espiritual que anhelan estadistas, escritores y poetas, para que no se pierda ó extravíe lamentablemente el conjunto de fuerzas y direcciones espirituales integradas en la civilización latina, la más ilustre de todas...» (1).

Un verdadero enjambre de hojas literarias se lanzan al aire en la América española, reflejando análogos sentimientos. No hay que desconocer, sin embargo, un cierto prejuicio que en algunas partes existe, poco favorable para España; pero tal prejuicio es producto de una inexacta interpretación histórica. Se ha exagerado bastante el influjo que desempeñó la idea liberal en los pueblos hispano-americanos para conseguir su emancipación. Aun sin negar que este influjo tuviese alguna

(1) F. García Godoy. *Alma dominicana*. Santo Domingo, 1911.

realidad, no obstante, el ambiente social en el momento del separatismo americano, no se distinguía gran cosa del que imperaba en la metrópoli. Ugarte ha hecho, en un estudio suyo, singular hincapié sobre el influjo del liberalismo americano en su lucha contra el reaccionarismo peninsular; pero esto, á juzgar por las primeras manifestaciones de los países emancipados, no fué tan decisivo como el autor cree. Léase el siguiente documento:

«Primera Acta de la Independencia Mexicana:

»El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpantzingo de la América Septentrional por las provincias de ella, declara solemnemente, á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la Sociedad, que los da y los quita según los designios inescrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada; que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y la paz, y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo Continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica, romana, y mandar Embajadores y Cónsules; que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerá con todo su poder, y velará sobre la pureza de la fe y de sus demás dogmas, y conservación de los cuerpos regulares.

»Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito, ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones, para continuar la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras; reservándose al Congreso presentar á ellas, por medio de una nota ministerial, que cir-

culará por todos los Gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida por la Europa misma. Dado en el Palacio Nacional de Chilpantzingo, á los seis días del mes de Noviembre de 1813.

»Lic. Andrés Quintana, Vicepresidente; Lic. Ignacio Rayón; Lic. José Manuel de Herrera; Lic. Carlos María Bustamante; Dr. José Sixto Verduzco; José María Miceaga; Licenciado Cornelio Ortiz de Zárate, Secretario.»

A esto lo llamaríamos hoy, en buen romance, «clericalismo», que no estaría muy distante del que en 1810 imperaba en la Península española, y era también característico de la política de muchos Estados de Europa.

Ciertamente que las grandes figuras de la emancipación americana, no pensarían como la media social americana; pero ellos no simbolizaban del pensamiento popular más que la tendencia á la emancipación. Hugo D. Barbajelata escribe que al morir Bolívar le dijo á su médico de cabecera: «Los tres grandes majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo» (1). No revelan estas frases un espíritu creyente, ni mucho menos; pero no hay que desconocer tampoco que las repúblicas fundadas por el gran caudillo fueron durante largo tiempo, ya independientes, verdaderos Estados pontificios.

* * *

Jaurés ha hecho un viaje á la Argentina, y, á semejanza de Mr. Clemenceau, ha dado sus conferencias en la capital de la República. Clemenceau dedicó algunas conferencias á tratar temas de filosofía política como un expositor, con tendencias principalmente pedagógicas, según pude deducir de la lectura de alguna de ellas; Jaurés se ha mostrado como propagandista de un partido. Esta labor de Jaurés bastaría para acreditarle de hombre decidido y hasta temerario, si en su historia política no tuviese páginas que le acreditaran como tal.

(1) De la excelente monografía *Bolívar y San Martín* (En el centenario de Venezuela). París, 1911.

Al ilustre socialista francés no le falta bagaje científico; hubiese podido explicar lecciones de Historia, de Política y lenguas clásicas como un excelente maestro. Conoce como pocos el idealismo alemán, hasta el extremo de haber removido los escritos de Lutero, Kant, Fichte y Hegel, para encontrar en ellos las raíces ideales del socialismo. Pero el gran orador francés ha preferido hacer labor de partido en un país, y en esto estriba su atrevimiento, en el cual la especulación y el capitalismo se muestran por todas partes.

Nadie sospechaba que el socialista francés se presentaría en el Odeón para hacer propaganda socialista ante un público burgués. Anunció su primera conferencia con el título de «La fuerza del ideal», y cuando alguien esperaba que tocara los resortes de la sociología barata de Alcan, el arrogante socialista, burgués de nacimiento, se desató en invectivas contra la organización capitalista actual, é hizo la brillante exaltación del Estado futuro socialista.

Los cronistas cuentan que arrebató al público, que su palabra electrizaba, que su dicción escultural trazaba cuadros de policromía oratoria fascinadora, y que, al salir, nadie miró con pena la taquilla, en la cual habían dejado unos cuantos pesos para poder escuchar á un orador que se sacrificaba pasando el mar para predicar socialismo. El éxito personal y de momento es indiscutible; pero, ¿habrá conseguido muchos adeptos? En la eficacia de esas trombas oratorias que sacuden por un momento los nervios de los oyentes hasta ponerles en tal tensión que la reflexión se anula, y solamente queda una vida puramente medular, puramente emotivista, tengo mediana fe. El diálogo y la conferencia regular de la cátedra, ya sea en curso breve ó largo, es lo que más hace penetrar en la conciencia del oyente la idea que se arroja como siembra en una conciencia. Bien es verdad que este procedimiento no es ni el más lucrativo ni el más espectacular; pero es, en cambio, el más silencioso y trascendental.

Si los americanos persiguen el incorporarse la cultura eu-

ropea, deben rehuir el convertir en fiesta la labor pedagógica; deben franquear sus escuelas á los maestros europeos, para que su labor quede como un sedimento fortísimo en el pensamiento de los estudiosos americanos. Esto, por otra parte, acabaría con ese nuevo profesionalismo que ha desarrollado la oratoria de exportación, cuyas huellas se borran tan pronto como las estelas de los buques que llevan y traen á los conferenciantes.

La Argentina difícilmente puede encontrar en una organización que no sea la actual, el estímulo que necesita para la gran obra que constituye su exigencia más fundamental en la actualidad: poblar su gran territorio. Sólo las grandes ganancias individuales y los sistemas de explotación privada pueden hacer florecer las tierras todavía incultas de la República. Aun suponiendo que la Argentina tuviese á su disposición una administración tan perfecta como la prusiana, no podría encargarse de la explotación de las tierras públicas. En Prusia, por cada 3.091 explotaciones agrícolas, solamente hay una que sea del dominio público, es decir, del patrimonio agrícola del Estado; el Estado prusiano puede ejercer una vigilancia eficaz sobre unas mil explotaciones, pero no sobre 3 $\frac{1}{2}$ millones de explotaciones á que ascenderían el total de las poseídas por el Estado, si se nacionalizase el territorio prusiano. Si la Argentina quiere poblar sus tierras, ha de ser individualista, y dar el dominio pleno de las propiedades agrícolas á las fuerzas de trabajo que representen los nuevos pobladores; es decir, todo lo contrario de lo que el buen socialista francés ha propagado.

Una potente burocracia socialista que pueda intervenir en todas las actividades de la economía nacional, no se puede improvisar. Los oyentes de Jaurés han tenido un momento de embriaguez europea, al gustar el vino aromoso en la copa musical del socialista francés Mr. Jean Jaurés.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

EL CANTO DEL AMOR TRIUNFANTE

He aquí lo que he encontrado en un antiguo manuscrito italiano:

I

A mediados del siglo XVI, vivían en Ferrara (la ciudad que á la sazón florecía bajo el cetro de aquellos magníficos duques, protectores de las artes y de la poesía) dos jóvenes llamados, respectivamente, Fabio y Muzio. Iguales en edad, parientes cercanos, casi inseparables, una amistad cordial habíales unido desde su tierna infancia; la conformidad de sus destinos había fortificado este lazo. Ambos pertenecían á antiguas familias; ambos eran huérfanos é independientes por su fortuna. Sus gustos y sus inclinaciones eran semejantes. Tenían el mismo amor por las artes: Muzio se dedicaba á la música, Fabio cultivaba la pintura. Todo Ferrara se enorgullecía de ellos, y los consideraba como el ornamento de la corte y de la ciudad.

No se parecían, sin embargo, en el aspecto, aunque ambos se distinguiesen por la esbelta elegancia de la juventud. Fabio, de mayor estatura, era rubio, con blanco rostro y azules ojos; Muzio, por el contrario, tenía la tez morena, el pelo negro, y en sus ojos sombríos no se veía la grata luz, ni en sus labios la atractiva sonrisa de Fabio. Sus espesas cejas caían sobre párpados estrechos, mientras que las cejas de Fabio se alzaban en finos semicírculos sobre una frente tersa y pura. Muzio era

también de menos viveza en la conversación. A pesar de todo, los dos amigos agradaban igualmente á las damas; porque no en vano se les citaba como modelos de generosidad y de cortesía caballeresca.

Por la misma época vivía en Ferrara una joven llamada Valeria. Pasaba por una de las bellezas de la ciudad, aunque eran muy pocas las veces que se la podía ver; llevaba una vida retirada, y no salía de casa sino para ir á la iglesia, ó, cuando las fiestas principales, á los paseos. Vivía con su madre, viuda, dama de noble nacimiento, de poca fortuna, y que no tenía más hijos. A cuantos la veían, inspiraba Valeria un sentimiento de admiración involuntario, con mezcla de un sentimiento igualmente involuntario de tierno respeto; tan modesta era la presencia de la joven y tan poca conciencia parecía tener del poder de sus encantos. Cierto es que algunos la hallaban un poco pálida, y decían que la mirada de sus ojos, casi siempre bajos, expresaba una reserva que llegaba hasta la timidez. Sonreía rara vez, y casi nadie había oído su voz. Y, sin embargo, corría el rumor de que aquella voz era bellísima, y que, encerrada en su cuarto, muy de mañana, cuando toda la ciudad dormía aún, Valeria gustaba de cantar antiguas canciones, al són de un laúd con el que ella misma se acompañaba. A pesar de su palidez, la joven florecía; y hasta los viejos, al verla pasar, no podían por menos de decirse:—¡Oh! ¡qué feliz será el hombre para el que se abra al fin esa flor, replegada en sus pétalos, intacta y virginal todavía!

II

Fabio y Muzio vieron por primera vez á Valeria en una animada fiesta popular, dada por orden del duque de Ferrara, Ercole, el hijo de la célebre Lucrecia Borgia, en honor de ciertos grandes señores, venidos de París por invitación de la duquesa, hija del rey de Francia Luis XII.

Sentada junto á su madre, Valeria estaba en medio de una magnífica tribuna, levantada, bajo la dirección artística de Palladio, en la plaza principal de Ferrara, para las damas más nobles de la ciudad.

Ambos, y en el mismo día, Fabio y Muzio, se enamoraron fervorosamente de Valeria; y como no tenían entre sí secretos, al punto supo cada uno de ellos lo que pasaba en el corazón de su amigo. Decidieron de común acuerdo que tratarían de hablar á la joven, y que si ella se dignaba elegir á uno de los dos, el otro habría de someterse sin murmurar. A las pocas semanas de esto, merced á la buena fama de que justificadamente gozaban, pudieron entrar en la casa, de tan difícil acceso, que habitaba la noble viuda.

Desde este momento, les fué posible ver casi todos los días á Valeria y conversar con ella; de suerte que, de día en día, el fuego que había prendido en el corazón de los dos jóvenes ardía con ardor cada vez mayor. Pero Valeria no mostraba preferencia por ninguno de ellos, aunque su presencia pareciese visiblemente agradarla. Con Muzio hablaba de música; pero conversaba más gustosamente con Fabio, que la inspiraba mayor franqueza.

Por fin decidieron ellos conocer su suerte, y enviaron á Valeria una carta en la que la rogaban que declarase á cuál consentía en conceder su mano. Valeria enseñó la carta á su madre, y, afirmando que estaba pronta á permanecer soltera, añadió que se entregaba por completo á la elección de su madre, si á ésta le parecía que era tiempo de que se casase. La respetable viuda derramó algunas lágrimas ante la idea de separarse de su querida hija; pero no encontró razones para rechazar á los dos pretendientes, á quienes juzgaba igualmente dignos de la mano de su hija. Sin embargo, como en el fondo de su corazón prefería á Fabio, cuyo carácter le parecía más conforme con el de Valeria, fué este joven al que designó. Al día siguiente conoció Fabio su buena suerte, y á Muzio no le quedó otro remedio que cumplir su palabra, someterse.

Así lo hizo, pero lo que no pudo hacer fué quedarse siendo testigo del triunfo de su amigo, de su rival. Vendió la mayor parte de sus bienes, y, luego de reunir unos cuantos miles de ducados, partió para un largo viaje por las regiones de Oriente.

Al despedirse de Fabio, le dijo que no volvería hasta que hubiesen por completo desaparecido las últimas huellas de su amor. Fabio no se separó sin pena del amigo de su infancia; pero la alegre esperanza de su felicidad próxima no tardó en borrar todo otro sentimiento, y se entregó en absoluto á los transportes del amor compartido.

Al poco tiempo se casó con Valeria, y entonces fué cuando comprendió todo el valor del tesoro que había conquistado.

Poseía una linda casa de campo, rodeada por un jardín lleno de hermosos árboles, á corta distancia de Ferrara. Allí se estableció con Valeria y su madre política.

Entonces comenzó para ambos una era de felicidad. La vida de familia mostró bajo un nuevo y delicioso aspecto las perfecciones de Valeria. Fabio, de simple aficionado, iba convirtiéndose en un pintor notable, casi un maestro. La madre de Valeria no cesaba de dar gracias á Dios al contemplar á la dichosa pareja. Así transcurrieron cuatro años, rápidamente, como un sueño. Sólo una cosa faltaba á la felicidad de los jóvenes esposos: no tenían hijos. Pero no les abandonaba la esperanza. A fines del año cuarto, les afectó una desgracia, irreparable esta vez: la viuda murió, tras una enfermedad de pocos días.

Valeria lloró mucho tiempo; no pudiendo habituarse á tal pérdida. Pero pasó otro año, y la vida recobró su curso habitual. Y he aquí que, una noche de verano, sin haber anunciado á nadie su llegada, Muzio se presentó en Ferrara.

III

Durante los cinco años que habían trascurrido desde su marcha, nadie oyó hablar de él. Ni siquiera se pronunció su

nombre, como si hubiera desaparecido de la superficie de la tierra. Cuando Fabio encontró á su amigo en una de las calles de Ferrara, apenas pudo contener un grito de espanto, primeramente; después, de alegría. Invitóle en seguida á que fuera á su caso de campo. Allí, en el jardín, había un pabellón aislado, cómodo de habitar.

Fabio lo puso á su disposición; Muzio aceptó con gusto, y en la mañana del día siguiente fué á establecerse allí con su criado.

Era éste un malayo mudo; mudo, pero no sordo; é incluso, á juzgar por la viveza de su mirada, era un hombre lleno de enetración. Habíanle cortado la lengua. Muzio traía consigo una porción de cofres llenos de objetos preciosos, adquiridos durante el curso de sus largas peregrinaciones. Valeria se alegró francamente de la vuelta de Muzio, y él la saludó con amistoso y tranquilo afecto. Veíase evidentemente que había cumplido la palabra dada á Fabio. Durante el día, se instaló en su pabellón.

Con ayuda del malayo, sacó de sus cofres todas las curiosidades que había traído: tapices, telas de seda, trajes de terciopelo y de brocado, armas, copas, platos, vasos con adornos de esmalte, objetos de oro y plata incrustados de perlas y turquesas, cofrecillos cincelados en ámbar y marfil, frascos de cristal tallado, especias, perfumes, pieles de animales, plumas de pájaros desconocidos, y una porción de objetos cuyo uso mismo parecía misterioso é incomprensible. Entre estas cosas preciosas, había un rico collar de perlas, regalo del Shah de Persia á Muzio, por cierto servicio importante y secreto. Pidió permiso á Valeria para ponérselo por sí mismo al cuello. El collar pareció pesado á la dama y dotado de un raro calor. Se pegó inmediatamente á su piel. Por la tarde, después de la comida, á la sombra de los limonares y de los laureles rosas, Muzio se puso á contar sus aventuras; habló de los remotos países que había visto, de las montañas que se alzan muy por encima de las nubes, de inmensos desiertos sin agua,

de ríos semejantes á mares; habló de edificios y templos gigantescos, de árboles milenarios; nombraba las ciudades y los pueblos que había visitado; solamente sus cumbres despertaban como un soplo de leyenda. Todo el Oriente era bien conocido de Muzio. Había atravesado Persia, Arabia, en donde los caballos son los más nobles y los más bellos de los seres animados. Había penetrado hasta el fondo de la India, en donde los hombres, altos y graves, se parecen á plantas majestuosas. Había llegado á las fronteras del Thibet, en donde el dios viviente llamado Dalai-Lama, habita en la tierra bajo la forma de un hombre silencioso, de ojos alargados. Maravillosos eran estos relatos. Fabio y Valeria le escuchaban inmóviles, como sobrecogidos de encantamiento. Las facciones del rostro de Muzio habían cambiado poco; atezado desde la infancia, habiánse ensombrecido más todavía, tostadas por los rayos de un sol más ardiente, y los ojos parecían más humildes que antes; pero la expresión de aquel rostro se había hecho otra, grave, concentrada; ni siquiera se animaba cuando Muzio hablaba de los peligros que había corrido, de noche, en los bosques en que resuena el rugido del tigre; de día, en los caminos solitarios, en donde el viajero es acechado por fanáticos que le estrangulan, en honor de una diosa de bronce que exige víctimas humanas. También la voz de Muzio habíase hecho más sorda y más igual. Los movimientos de sus manos y de todo su cuerpo habían perdido la flexibilidad natural de la raza italiana.

Con ayuda de su criado, el malayo, servilmente ágil, Muzio mostró á sus amigos varios juegos que le habían enseñado los bramines indios.

Así, por ejemplo, habiéndose previamente escondido detrás de un tapiz, apareció de repente sentado en el aire, con las piernas dobladas, sin más apoyo que una caña de bambú, sobre la que, en uno de los extremos se posaban las puntas de los dedos de una mano, y cuya otra punta descansaba ligeramente en el suelo, lo que no asombró poco á Fabio y hasta asustó á

Valeria. ¿Será hechicero?, pensó ella. Así, cuando se le ocurrió llamar, soplando en una flauta pequeña, á unas serpientes domesticadas, encerradas en una cesta cubierta con un rico tapiz rojo, cuando aparecieron por debajo de las franjas sus cabecillas chatas y sombrías, removiéndolas sus dardos ganchudos, Valeria se aterrorizó, y suplicó á Muzio que escondiera cuanto antes aquellos repugnantes animales que siempre le habían causado horror.

Durante la cena, Muzio ofreció á sus amigos vino de Chiraz, que echó de un frasco de redonda panza y largo cuello. Extremadamente perfumado, de un color dorado con reflejos verdosos, aquel vino brillaba misteriosamente en las copitas de jade. Muy dulce y muy espeso, no se parecía á los vinos de Europa, y bebido lentamente á sorbos pequeños, producía en todos los miembros una sensación de agradable languidez.

Muzio obligó á sus amigos á beber una copa, y bebió otra él sin apartar los ojos de Valeria. Antes de que ella bebiera, murmuró él algo, inclinándose sobre la mesa, y agitó los dedos encima de la copa de Valeria. Esta lo observó perfectamente; pero como en todas las maneras de Muzio había algo extraño y desconocido, se limitó á pensar: «¿Habrá tomado alguna nueva religión, ó serán costumbres de esos países?» Luego, tras un breve silencio, le preguntó si durante su viaje había continuado dedicándose á la música. Por toda respuesta, Muzio ordenó al malayo que trajese el violín indio. El violín éste se parecía bastante á los de hoy; pero tenía tres cuerdas, en vez de cuatro, y la caja estaba forrada de una piel de serpiente azulada. El arco, hecho de un junco muy fino, tenía la forma de un semicírculo, y en el extremo resplandecía un brillante tallado en punta.

Muzio empezó por tocar algunos aires lánguidos y tristes, que decía que eran populares, pero que parecían extraños y hasta salvajes á un oído italiano. El sonido de las cuerdas metálicas era débil y quejumbroso. Pero cuando Muzio entonó su último aire, el mismo són se hizo de repente más fuerte y se

puso á vibrar con estruendo. Una melodía apasionada brotó bajo el arco, guiado con magistral desenvoltura. Ondulaba lentamente, parecido á la serpiente cuya piel forraba la caja del violín. Y con tal fuego, con alegría tan triunfante ardía, brillaba aquella melodía, que Fabio y Valeria sintieron que sus corazones se conmovían y las lágrimas acudieron á sus ojos, mientras que Muzio, con la cabeza inclinada y apoyada con fuerza en el violín, las mejillas pálidas, las cejas reunidas en una sola línea, parecía aún más concentrado y más grave que de costumbre, y el brillante del extremo del arco despedía, al ir y venir, luminosas chispas, como si en él también hubiese prendido el fuego de aquella maravillosa melodía.

Cuando Muzio se detuvo al fin, con el violín aún apretado sobre el hombro y la barbilla, pero dejando caer la mano que sostenía el arco:—¿Qué es eso?—exclamó Fabio. Valeria no pronunció una palabra; pero parecía que todo su sér repetía la pregunta de su marido.

Muzio dejó el violín en la mesa, y, después de sacudir ligeramente sus cabellos, contestó medio sonriendo:

—Eso es una canción que oí un día en la isla de Ceylán. El pueblo la llama el *Canto del amor triunfante*.

—Repítela—murmuró Fabio.

—No, eso no se puede repetir—contestó Muzio;—además, se hace tarde. La señora debe de tener necesidad de reposo, y yo también me siento cansado.

Durante el día, Muzio había observado respecto á Valeria una actitud sencilla y respetuosa como un antiguo amigo. Pero al dejarla la estrechó la mano fuertemente, apoyando los dedos en el hueco de la mano, y mirando tan obstinadamente el rostro de la joven, que, aun cuando ella no hubiese alzado los párpados, sintió aquella mirada en sus mejillas que se incendiaron súbitamente. No dijo nada á Muzio, pero retiró bruscamente su mano, y, cuando él se hubo marchado, miró ella largo rato la puerta por la que había salido.

La especie de temor que siempre le había inspirado volvió

á su memoria, y se apoderó de ella una vaga turbación. Muzio se retiró á su pabellón, y los dos esposos entraron en su habitación.

IV

Valeria tardó mucho en dormirse. La sangre de sus venas se agitaba pesadamente, y sentía como un ligero tintineo en la cabeza. ¿Era efecto del vino exótico que había bebido, ó de los extraños relatos de Muzio, ó de sus tocatas en el violín? Se durmió de madrugada, y tuvo un sueño singular; parecióle que entraba en un vasto aposento de bóveda baja, como nunca había visto. Todas las paredes están cubiertas de cuadrados esmaltados de un azul pálido, con filigranas de oro; finas columnillas de alabastro cinceladas sostienen la bóveda de mármol, y esta bóveda, así como las columnillas, parece medio transparente. Una luz rosada llega de todas partes á la habitación, iluminando todos los objetos de una manera monótona y misteriosa. Almohadones bordados se amontonan sobre una alfombra estrecha, puesta en medio de un piso de mosaico, terso como un espejo. En las esquinas humean ligeramente los pebeteros que representan animales monstruosos. No hay ventanas en ninguna parte. Una puerta, cubierta con un cortinón de terciopelo obscuro, se alza silenciosa en un hueco de la pared. He aquí que esta puerta se abre, y entra Muzio. Con la mirada fija en Valeria, avanza rápidamente hacia ella. Saluda, abre los brazos, ríe... Ella no puede moverse... Unos brazos rudos rodean su talle, unos labios secos la quemán, cae de espaldas en los almohadones de la alfombra...

Sollozando de espanto, tras largos esfuerzos, Valeria se despierta. Sin comprender bien todavía lo que la ha ocurrido, se incorpora en el lecho, mira en rededor; recorre su cuerpo un estremecimiento. Fabio está junto á ella acostado; duerme, pero su cara, á la luz de la luna redonda y clara, que mira por las ventanas, está pálida como la de un muerto, y más triste.

Valeria despertó á su marido. Este, en cuanto la dirigió una mirada, exclamó:

—¿Qué tienes?

—¡Oh! Un sueño terrible—murmuró ella, estremecida aún.

Pero en este mismo momento, de la parte del pabellón llegaron sonos ruidosos, y Fabio y Valeria reconocieron la melodía que Muzio les había tocado, y que llamó el *Canto del amor triunfante*.

Fabio miró á Valeria con sorpresa; ella cerró los ojos volviéndose, y ambos, conteniendo la respiración, escucharon aquel canto hasta el final. Cuando se extinguió el último sonido, una nube veló la luna, y el cuarto quedó bruscamente á oscuras. Los dos esposos posaron la cabeza en la almohada sin cambiar palabra, y ninguno de ellos se dió cuenta de cuándo se durmió el otro.

V

Al día siguiente por la mañana, cuando Muzio se presentó á almorzar, parecía satisfecho, y saludó alegremente á Valeria. Ella le contestó con embarazo, y, habiéndole mirado á hurtadillas, sintió de repente miedo de aquel rostro satisfecho y sonriente, en aquellos ojos penetrantes y curiosos. Iba de nuevo á reanudar sus relatos, cuando Fabio la interrumpió á la primera palabra.

—Parece que no has podido dormir en la nueva morada. Mi mujer y yo te hemos oído tocar la sonata de ayer.

—¡Ah! ¿la habéis oído? Sí, he tocado, en efecto; pero había dormido antes, y hasta tuve un sueño muy raro.

Valeria prestó atención.

—¿Qué sueño?—preguntó Fabio.

—Me pareció—dijo Muzio, sin apartar los ojos de Valeria,—que entraba en una vasta sala abovedada, amueblada á la oriental; unas columnillas cinceladas sostenían la bóveda. Las paredes estaban cubiertas de cuadrados esmaltados, y aunque

no había ni ventanas ni bujías, toda la sala estaba iluminada de una luz rosácea, como si las paredes hubiesen sido de piedras transparentes. En las esquinas ardían unos pebeteros chinos; unos almohadones bordados estaban en el suelo sobre una estrecha alfombra. Yo entré por una puerta oculta por un tapiz, y por otra puerta, justamente frontera, apareció una mujer á la que amé en otro tiempo, y me pareció tan bella, que me sentí invadido por mi antigua pasión...

Muzio se calló con aire significativo.

Valeria permanecía inmóvil. Había palidecido lentamente, y su respiración se había hecho más honda.

—Entonces—continuó Muzio—me desperté y toqué esa canción.

—¿Pero quién era esa mujer?—preguntó Fabio.

—¿Quién era? La mujer de un indio. La encontré en la ciudad de Delhi. Ya no es de este mundo. Ha muerto.

—¿Y el marido?—preguntó Fabio, sin darse cuenta de por qué hacía esta pregunta.

—¿El marido? Dicen que ha muerto también; les perdí muy pronto de vista á los dos.

—Es raro—dijo Fabio;—mi mujer también ha tenido esta noche un sueño extraordinario (Muzio se volvió hacia Valeria), que no ha querido contarme.

Pero aquí Valeria se levantó y salió de la habitación. Poco después se fué también Muzio, diciendo que iba á Ferrara para unos asuntos, y que no volvería hasta la noche.

VI

Semanas antes de la vuelta de Muzio, Fabio había empezado el retrato de su mujer, bajo los atributos de Santa Cecilia. Se había perfeccionado mucho en su arte. El célebre Luini, el discípulo del gran Leonardo, había estado en Ferrara á verle, y, ayudándole con sus consejos, hábale transmitido los

preceptos de su ilustre maestro. El retrato estaba casi completamente terminado; no faltaba más que dar los últimos toques á la cara, y Fabio hubiera podido, con razón, estar orgulloso de su obra.

Después de haber despedido á Muzio, Fabio fué á su estudio, en donde Valeria le esperaba de costumbre. Pero no la encontró. La llamó en alta voz; no contestó. Se puso á buscarla por la casa, y no la halló en ninguna parte. Presa de cierta inquietud, Fabio corrió al jardín, y allí, en uno de los paseos más lejanos, vió á Valeria. Estaba sentada en un banco, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos cruzadas sobre las rodillas; tras ella, destacándose sobre el sombrío verde de los cipreses, un sátiro de mármol, con la faz contraída por un gesto burlón, posaba en las varillas de una zampoña sus labios puntiagudos.

Valeria se alegró visiblemente de la aparición de su marido, y, en respuesta á sus preguntas inquietas, le dijo que tenía un ligero dolor de cabeza, pero que no la impediría ir al estudio.

Fabio la llevó allí, la colocó, tomó sus pinceles; pero, con gran despecho suyo, no le fué posible terminar la cara como hubiera deseado. No porque aquel rostro estuviese un poco pálido y pareciese fatigado, sino porque no podía encontrar entonces aquella expresión pura y santa que tanto habíale agradado en ella, y que le había dado la idea de representarla bajo las facciones de Santa Cecilia. Concluyó por tirar sus pinceles, diciendo á su mujer que no se sentía inspirado y que ella haría bien en descansar. Después volvió el caballete con el cuadro hacia la pared. Valeria fué del parecer de su marido, y, quejándose de nuevo de su dolor de cabeza, se retiró á su habitación.

Fabio se quedó solo en el estudio. No podía defenderse de una especie de aprensión vaga.

La estancia de Muzio bajo su techo, aquella estancia que tanto había deseado, empezaba á molestarle. No era que es-

tuviera celoso. Valeria no podía inspirar este sentimiento; pero no reconocía ya en su amigo á su compañero de otros tiempos. Todos aquellos nuevos elementos, extraños, que Muzio había traído de los países remotos, y que parecía que le habían entrado en la sangre; aquellos juegos de magia, aquellas tocatas, aquellas bebidas exóticas, aquel malayo mudo, hasta el olor picante que emanaba del ropaje de Muzio, de su pelo, de su aliento mismo, todo ello inspiraba á Fabio un sentimiento parecido á la desconfianza, casi al miedo. ¿Y por qué aquel malayo, al servir á la mesa, le mira á él, á Fabio, con aire irónico y astuto? Verdaderamente, se creería que comprende el italiano. Muzio ha dicho de él que, por el sacrificio de su lengua, el malayo había adquirido un gran poder. ¿Qué poder? ¿Y cómo ha podido adquirirlo á costa de su lengua? Todo esto es muy raro, muy incomprensible.

Fabio fué á la alcoba de su mujer. Estaba echada en la cama, pero no dormía. Al oír pasos, se estremeció ella, pero en seguida se alegró al verle, lo mismo que en el jardín. Fabio se sentó á su lado, la cogió una mano y, tras un breve silencio, la preguntó qué era aquel sueño extraordinario que tanto la había asustado la noche anterior. ¿Era del género del que había contado Muzio?

Valeria enrojeció y contestó precipitadamente:

—¡Oh, no, no! Vi un monstruo que quería desgarrarme.

—¿Un monstruo en forma de hombre?—preguntó Fabio.

—No, de un animal, de un animal.

Y Valeria hundió en las almohadas su cara enrojecida.

Fabio tuvo aún durante unos instantes la mano de su mujer entre las suyas, la estrechó en silencio, la llevó á sus labios y se marchó. Triste fué el día que pasaron los dos esposos. Parecía que algo angustioso, sombrío, pendía sobre sus cabezas. ¿Pero qué? Esto es lo que no podían decir. Desearían estar juntos, como si les amenazara un peligro; pero ¿de qué hablar si no sabían nada de ello? Fabio trató de reanudar el retrato, de leer á Ariosto, cuyo poema, que acababa de aparecer en

Ferrara, hacía ya ruido en Italia; pero nada lograba distraerle. Muzio no volvió hasta la hora de cenar.

VII

Parecía tranquilo y contento, pero contó pocas cosas. Interrogó á Fabio sobre sus amigos comunes, sobre la campaña de Alemania, sobre el emperador Carlos; habló de su deseo de ir á Roma á ver al nuevo Papa. Ofreció otra vez á Valeria vino de Chiraz, y como ella no quisiera, murmuró como hablándose á sí mismo: «Ya no es necesario.»

Fabio se retiró á su alcoba con su mujer, y no tardó en dormirse; pero se despertó á la hora y se encontró con que estaba solo en la cama. Valeria no estaba allí. Se incorporó bruscamente, y, en aquel mismo momento, vió á su mujer que, en traje de noche, entraba en el cuarto por la puerta ventana que daba al jardín. La luna lucía en su plenitud, aunque poco antes hubiera caído una ligera llovizna. Con los ojos cerrados, con expresión de secreto espanto en su rostro inmóvil, Valeria se acercó al lecho, y, buscándole á tientas, se acostó con prisa silenciosa. Fabio la dirigió una pregunta; ella no contestó; parecía dormir. La tocó y observó en sus ropas, en su pelo, gotas de lluvia, y en las plantas de sus pies granos de arena. Entonces saltó él de la cama, y se lanzó al jardín por la puerta entornada. La luz de la luna, clara hasta la dureza, inundaba todos los objetos. Fabio miró rápidamente en torno suyo, y vió en la arena huellas de dos pares de pies, desnudos unos de ellos; y aquellas huellas conducían á una cuna de jazmín que se encontraba entre el pabellón y la casa. Estupefacto, se detuvo, cuando de pronto repercutieron de nuevo los sonos de aquel aire que oyera ya la noche anterior.

Fabio se precipita al pabellón. Muzio está en pie en medio del cuarto, y toca su violín.

Fabio se lanza hacia él.

—Has estado en el jardín, has salido, tu traje está mojado por la lluvia.

—¿Qué?... No, no sé—contesta Muzio con lentitud, como asombrado de la llegada de Fabio y de su agitación.

Fabio le coge por el brazo.

—¿Por qué tocas esa canción? ¿Has vuelto á tener un sueño? Muzio mira á Fabio con el mismo aire de asombro y de entorpecimiento, y se calla.

«¡Contesta, pues!

»La luna está allí como un escudo redondo.

»El río brilla como una serpiente.

»El amigo se ha despertado, el enemigo se ha dormido.

»El buitre desgarrá al pájaro.

«¡Socorro!—musita Muzio como en un sueño.»

Fabio retrocedió dos pasos, examinó á Muzio en silencio y, después de haber vacilado un instante, volvió á su cuarto.

Con la cabeza inclinada sobre un hombro y ambos brazos extendidos inertes, Valeria dormía con pesado sueño. A Fabio le costó trabajo despertarla; pero en cuanto ella le vió, se arrojó á su cuello, le abrazó convulsivamente; todo su cuerpo se estremecía.

—¿Qué tienes, querida mía, qué tienes?—repetía Fabio, esforzándose en calmarla. Pero ella continuaba palpitando y jadeaba sobre su pecho.

—¡Ah! ¡Qué horribles sueños tengo!—murmuró al fin tapándose la cara.

Fabio quiso seguir preguntando, pero ella no hacía más que estremecerse.

Los cristales de las ventanas enrojecían ya con los primeros resplandores de la mañana, cuando Valeria se durmió por fin en brazos de su marido.

VIII

A la mañana siguiente, desde el amanecer, Muzio había desaparecido, y Valeria declaró á su marido que pensaba ha-

cer una visita al monasterio próximo, en donde vivía su confesor, un anciano y respetable fraile, en el que tenía plena confianza. A las preguntas de Fabio contestó que deseaba, con la confesión, aliviar su alma de la carga que las raras impresiones de los últimos días hacían pesar sobre ella.

Al ver el rostro desencajado de Valeria, al escuchar su voz apagada, Fabio aprobó su proyecto: solamente el respetable padre Lorenzo podía darla un consejo saludable y disipar sus dudas. Acompañada de cuatro criados, Valeria partió para el monasterio. Fabio se quedó en la casa, y, hasta la vuelta de su mujer, no hizo más que vagar por el jardín, tratando de comprender lo que pasaba en ella, experimentando sin descanso el miedo, la cólera y la angustia de las sospechas inciertas. Entró varias veces en el pabellón, pero Muzio no volvía y el malayo permanecía ante Fabio como una estatua, con la cabeza humildemente inclinada, con una perversa sonrisa oculta dentro, muy dentro—así lo juzgaba Fabio,—bajo su máscara de bronce.

Mientras tanto, Valeria se lo había confiado todo á su confesor, con menos vergüenza que terror. El padre Lorenzo la escuchó atentamente, la bendijo y le dió la absolución, en tanto que pensaba para sí: «Son hechicerías, son prácticas diabólicas; hay que proveer.» Con pretexto de tranquilizarla por completo y consolarla, marchó con ella á la casa.

A la vista del confesor, Fabio tuvo un movimiento de ansiedad; pero el anciano fraile, lleno de experiencia, había combinado en su pensamiento lo que había que hacer. Se quedó á solas con Fabio; no le dijo, como es natural, el secreto de la confesión; pero le aconsejó, sin embargo, que alejase, si era posible, á aquel huésped al que había invitado, y el que, con sus relatos, con sus canciones y toda su manera de ser, turbaba la imáginación de Valeria, tanto más, cuanto que Muzio, según los recuerdos del anciano, no había sido nunca muy firme en materia de religión, y que habiendo estado tanto tiempo en las regiones no iluminadas por la luz del cristianis-

mo, había podido traer la peste de las falsas doctrinas; incluso había podido contaminar su alma con los secretos de la magia. Por estos motivos, á pesar de los derechos que pudiera reclamar una antigua amistad, la razón y la prudencia demostraban la necesidad de una separación.

Fabio compartió en absoluto la opinión del venerable fraile; el rostro de Valeria se tranquilizó cuando su marido fué á comunicarla el consejo del confesor, y, acompañado por los votos y el agradecimiento de los dos esposos, colmado de ricos presentes para su iglesia y para los pobres, el padre Lorenzo se volvió á su monasterio.

Fabio se había propuesto tener una explicación con Muzio, inmediatamente después de cenar; pero su extraño huésped no volvió. Entonces Fabio decidió aplazar la conversación para el día siguiente. Los esposos se retiraron á su habitación.

IX

Valeria se durmió pronto, pero Fabio no pudo hacer lo mismo. Todo lo que había oído, todo lo que había visto, se le presentaba más vivamente en el silencio de la noche. Mas obstinadamente todavía hacíase preguntas á las que, como anteriormente, no podía hallar respuesta.

¿Se habría convertido verdaderamente Muzio en un mago? ¿Habría envenenado á Valeria? Está enferma, ¿pero de qué enfermedad? Mientras que, con la cabeza apoyada en una mano y conteniendo su ardorosa respiración, se entregaba á sus reflexiones y á sus angustias, la luna había subido á un cielo sin nubes. Al mismo tiempo que sus rayos, á través de los cristales de las ventanas del lado del pabellón, empezó á penetrar... ¿ó bien era una ilusión de Fabio?... empezó á penetrar un soplo, una ligera ondulación perfumada... Y he aquí que se oye un murmurio apasionado, persistente... después, en el mismo instante, Fabio advirtió que Valeria empezaba á moverse dé-

bilmente. El se incorpora, mira; ella se inclina, deja deslizar un pie, luego otro, fuera del lecho, y, como una sonámbula, fijando en derechura delante de ella unos ojos empañados y sin mirada, con las manos extendidas, se dirige hacia la puerta del jardín.

Fabio se precipitó por la otra puerta de la habitación, y dando vuelta corriendo á la esquina de la casa, cerró por fuera la puerta que daba al jardín. Apenas se había lanzado sobre la cerradura, cuando sintió que trataban de abrir del interior, que empujaban con fuerza insistentemente. Luego oyó sollozos entrecortados...

¿Habrá vuelto Muzio de la ciudad? Esta idea cruzó como un relámpago el cerebro de Fabio, y se lanzó hacia el pabellón.

¿Qué ve?

A su encuentro, á lo largo del camino, todo inundado por la luz radiante de la luna, avanza, como otro sonámbulo, también con las dos manos extendidas hacia adelante, con los ojos igualmente abiertos y sin mirada, avanza Muzio. Fabio corre á él; pero el otro, sin observarle, marcha con paso igual y el rostro inmóvil; á los rayos de la luna, sonrío con perversa sonrisa, como la del malayo. Fabio va á llamarle por su nombre, pero en este momento oye un ruido de ventana abierta en la casa. Se vuelve.

Efectivamente, la puerta ventana de la alcoba está abierta de par en par, y, franqueando con un pie el umbral, Valeria permanece en pie; sus brazos, que tantean en el aire, parecen buscar á Muzio. Va á lanzarse hacia él.

Un furor indecible inundó el pecho de Fabio como una repentina oleada.

—¡Hechicero maldito!—exclamó con rabia.

Y, echando una mano á la garganta de Muzio, empuñó con la otra el puñal que Muzio llevaba al cinto y se lo hundió en el costado hasta la empuñadura.

Muzio lanzó un grito desgarrador, y apretándose la herida con la palma de la mano, volvió tambaleándose hasta el pa-

bellón. Pero en el instante mismo del golpe de Fabio, Valeria dió un grito igualmente desgarrador y cayó al suelo como herida del rayo.

Fabio acudió á ella, la llevó al lecho, la habló.

Valeria permaneció largo tiempo inmóvil; pero al fin abrió los ojos y lanzó un suspiro profundo y estremecedor, como quien acaba de ser salvado de una muerte inminente; luego, al ver á su marido, le echó los dos brazos al cuello.

—Tú, tú, eres tú—murmuraba.

Poco á poco sus manos se aflojaron, su cabeza cayó hacia atrás, y habiendo pronunciado con una sonrisa feliz: «gracias á Dios, todo ha concluído, pero ¡qué fatigada estoy!»... se durmió en seguida con profundo y apacible sueño.

X

Fabio se dejó caer en una butaca al lado de su mujer, y, sin dejar de mirarla á la cara pálida, y macilenta, pero ya tranquilizada, se puso á reflexionar sobre lo que acababa de ocurrir y lo que era preciso hacer. ¿Qué hacer? Si ha matado á Mucio...—y al recordar lo profundamente que había entrado la hoja del puñal, no podía dudarlo...—si ha matado á Muzio, el asesinato no podía quedar oculto, había que ponerlo en conocimiento del Duque y de los jueces. ¿Pero cómo contar, cómo explicar una cosa tan incomprensible? ¡El, Fabio, ha matado, en su propia casa, á su pariente, á su mejor amigo! Preguntarán por qué, por qué causa. ¿Qué decir? Pero ¿y si Muzio no está muerto?... Fabio no podía quedar en esta incertidumbre; habiéndose asegurado de que Valeria dormía, levantóse con precaución de la butaca, y salió del cuarto para ir al pabellón. Todo parecía allí tranquilo. Una sola ventana estaba iluminada. Temblándole el corazón, Fabio abrió la puerta exterior—veíanse allí huellas de dedos ensangrentados,—atravesó la

primera habitación obscura, y se detuvo en el umbral, lleno de estupor.

En medio del cuarto, sobre una alfombra de Persia, con un almohadón de terciopelo bajo la cabeza, cubierto con un amplio chal rojo con dibujos negros, yacía Muzio, con los miembros rígidos y extendidos, el rostro amarillo como la cera, con los ojos cerrados, los párpados azulados. No respiraba, parecía muerto. A sus pies, envuelto también en un chal rojo, estaba arrodillado el malayo. Tenía en su mano izquierda una planta desconocida, semejante al helecho, é inclinado hacia adelante, miraba con fijeza á su amo. Una antorcha pequeña, clavada en el piso, ardía con fuego verduzco y era la única luz que alumbraba el cuarto. La llama no vacilaba ni humeaba. El malayo no se movió al entrar Fabio. Lanzóle solamente una rápida mirada, que volvió de nuevo sobre Muzio. De cuando en cuando, alzaba y bajaba la rama, la agitaba en el aire; sus labios mudos se entreabrían y se movían lentamente, como si hubiesen pronunciado palabras silenciosas.

En el suelo, entre el malayo y Muzio, estaba el puñal con el que había herido á su amigo. El malayo tocó una vez la hoja ensangrentada con su rama. Pasó un minuto, después otro, luego otro más. Fabio se acercó al malayo, é inclinándose hacia él, preguntó en voz baja:—¿Muerto?

El malayo inclinó la cabeza, y sacando de debajo del chal su mano derecha, mostró la puerta con gesto imperioso. Fabio iba á repetir su pregunta, pero la imperiosa mano renovó el gesto, y Fabio salió, asombrado, indignado, pero obediente.

Encontró á Valeria dormida como antes, con el rostro aún más tranquilo. El no se desnudó, y sentado ante la ventana, se absorbió en sus pensamientos. El sol, al alzarse, le encontró en el mismo sitio. Valeria seguía durmiendo.

XI

Fabio quería esperar á que se despertase Valeria para ir á Ferrara, cuando de pronto llamaron ligeramente á la puerta.

Fabio se apresuró á abrir, y vió ante él á su antiguo mayordomo Antonio.

—Señor—dijo el anciano,—el malayo acaba de declararme que el señor Muzio ha caído enfermo y desea volver con todos sus efectos á la ciudad. Ruega que se le dejen unos cuantos hombres para ayudarle á arreglar sus equipajes, y que á la hora de la comida se le envíen caballos de tiro y de silla, así como gentes de escolta para conducirle. El señor dirá.

—¿El malayo es el que ha declarado todo eso?—preguntó Fabio.—¿Pero cómo se las ha arreglado, si es mudo?

—He aquí, señor, un papel, en que lo ha escrito en nuestra lengua, y muy correctamente.

—¿Y dices que Muzio está enfermo?

—Sí, muy enfermo, y no se le puede ver.

—¿No se ha enviado á buscar un médico?

—No; el malayo no lo ha permitido.

—¿Y es verdaderamente el malayo quien te ha escrito eso?

—Sí; él es.

Fabio se calló un instante.

—Pues bien, toma las medidas necesarias.

Antonio se fué.

Fabio se quedó estupefacto. Así, pues, no ha muerto—pensó,—y no sabía si debía alegrarse ó sentirlo.

¡Enfermo! Pero hace pocas horas que lo que él había visto era un cadáver.

Fabio volvió al lado de Valeria. Despertóse ésta, y alzando la cabeza, cambió con su marido una larga mirada.

—¿Ya no está?—dijo de pronto ella.

Fabio se estremeció.

—¿Cómo que no está?... Es que...

—¿Se ha marchado?

Fabio sintió un alivio en su corazón.

—No, todavía no—dijo;—pero se marcha hoy mismo.

—¿Y no le volveré á ver nunca?

—Jamás.

—¿Y no se repetirán estos sueños?

—No.

Valeria lanzó un nuevo suspiro de satisfacción, y de nuevo apareció en sus labios una sonrisa de felicidad. Tendió las manos á su marido.

—Y no volveremos nunca á hablar de él, ¿lo oyes, querido mío? No saldré de mi cuarto hasta que se haya ido. Y ahora envíame á mis doncellas, y... Espera, toma ese objeto.

Indicó el collar de perlas que estaba á su lado en una mesita (el collar que Muzio la había dado).

—Y tíralo en seguida á nuestro pozo más profundo. Abrazame, soy tu Valeria... y no vengas á verme hasta que... el otro se haya marchado.

Fabio cogió el collar, cuyas perlas le parecieron empañadas, y cumplió el encargo de su mujer. Después se puso á andar por el jardín, mirando de lejos al pabellón ante el que había ya empezado el desorden del empaquetamiento. Unos hombres llevaban unos cofres, estaban cargando unos caballos. No se veía al malayo entre aquellas gentes atareadas. Un sentimiento irresistible impulsaba á Fabio á ver una vez más lo que ocurría en el pabellón. Se acordó que, por detrás, había una puerta secreta que daba acceso al cuarto en que de madrugada vió á Muzio. Se deslizó hasta aquella puerta; no la encontró cerrada, y alzando el pesado cortinón que la tapaba por el interior, echó una ojeada vacilante.

XII

Muzio no estaba ya acostado en la alfombra. Vestido con traje de viaje, estaba sentado en una butaca; pero parecía un

cadáver, como cuando la primera visita de Fabio. Su cabeza, lívida, yacía recostada en el respaldo de la butaca; las manos, amarillentas y puestas sobre las rodillas, permanecían inmóviles. El pecho no ondulaba. Alrededor de la butaca, en el suelo, lleno de hierbas secas, había varias copas chatas, llenas de un licor obscuro, del que emanaba un olor fuerte, casi sofocante, un olor de almizcle. Arrollada alrededor de cada copa veíase una serpiente pequeña de color de cobre, cuyos ojos de oro relucían á intervalos, y en pie, ante Muzio, á dos pasos de él, erguía la larga figura del malayo. Revestido de una túnica de damasco pintarrajeada, sujeta en la cintura por una cola de tigre, tenía en la cabeza un tocado en forma de tiara con cuernos. No estaba un momento inmóvil. Ya se inclinaba reverentemente y parecía murmurar como oraciones, irguiéndose luego en toda su longitud, alzándose hasta sobre las puntas de los pies; ya hacía amplios movimientos cadenciosos con sus dos brazos, ó bien los lanzaba obstinadamente en dirección de Muzio; parecía amenazar ú ordenar, fruncía las cejas y golpeaba con el pie. Todos estos gestos, todos estos movimientos le costaban un esfuerzo visible, le hacían hasta sufrir. Respiraba con fuerza; un sudor copioso le corría por la cara. De pronto, inmovilizado, y llenando sus pulmones de aire, apretó los puños como si sujetara unas riendas, y mordiéndose los labios, con el rostro crispado, los llevó con un violento esfuerzo contra su pecho. Entonces, con indecible terror de Fabio, la cabeza de Muzio se desprendió del respaldo y se inclinó hacia adelante como si hubiera seguido con débiles sacudidas las manos del malayo. El malayo las aflojó, y la cabeza de Muzio cayó pesadamente hacia atrás. El malayo repitió sus primeros gestos, y la cabeza obediente repitió los movimientos de aquél. El licor obscuro se puso á hervir en las copas, las copas empezaron á sonar con fino tintineo, y las serpientes cobrizas ondularon alrededor de cada copa. Entonces el malayo dió un paso adelante, y levantando las cejas desmesuradamente, abriendo unos ojos enormes, hizo con la cabeza un brusco mo-

vimiento de mando hacia Muzio... y los párpados del muerto titilaron, se despegaron desigualmente, y bajo ellos se mostraron unas pupilas empañadas como plomizas. El rostro del malayo se iluminó con el orgullo del triunfo y de la alegría, una alegría casi venenosa. Abrió enormemente la boca, y del fondo de su garganta se arrancó, con esfuerzo, un largo aullido.

Los labios de Muzio abriéronse también, dejando escapar un débil gemido como en respuesta á aquel otro sonido que no tenía nada de humano.

Pero aquí Fabio no pudo resistir más tiempo; creía asistir á alguna encarnación diabólica; lanzó á su vez un fuerte grito, y huyó de la casa sin volver la cabeza y haciendo precipitados signos de cruz.

XIII

Tres horas después, Antonio vino á anunciar que todo estaba listo; los cofres cerrados, y que el Sr. Muzio se disponía á marchar.

Sin contestar nada á su servidor, Fabio salió al terrado, desde el que se veía el pabellón. Unos cuantos caballos cargados estaban dispuestos para marchar, y habían llevado al pie de la escalinata un fuerte caballo, cuya silla servía para dos personas. Criados, con la cabeza descubierta; gentes de escolta, armadas, esperaban también; la puerta del pabellón se abrió, y sostenido por el malayo, que se había vuelto á poner su traje de costumbre, apareció Muzio. Su rostro era de una palidez de muerto, y sus brazos colgaban también como los de un muerto. Pero andaba, sí, andaba con sus pies, uno tras otro, y puesto en el caballo, permaneció derecho y cogió á tientas las riendas.

El malayo le deslizó los pies en los estribos, saltó detrás á la silla, le rodeó la cintura con los brazos, y toda la comitiva

se puso en marcha. Los caballos iban al paso. Cuando volvieron para pasar por delante de la casa, le pareció á Fabio que en el rostro inanimado de Muzio asomaron dos puntos blancos que se movieron lentamente de izquierda á derecha. ¿Sería posible que Muzio hubiese dirigido hacia él sus pupilas? El malayo le saludó con su aire de ironía habitual.

¿Había visto Valeria aquella escena de marcha? Las celosías de sus ventanas estaban cuidadosamente cerradas, pero tal vez estuviese ella detrás.

XIV

Valeria se presentó en la comida, amable y tranquila, aunque quejándose todavía de cansancio; pero ya no había en ella inquietud, ni aquella estupefacción constante, aquel espanto secreto; y cuando, al día siguiente de la marcha de Muzio, reanudó Fabio el retrato, volvió á encontrar en las facciones de su mujer aquella expresión de angélica pureza, cuyo momentáneo eclipse le perturbara tanto, y su pincel pudo correr sobre el lienzo con precisión y ligereza.

Los dos esposos reanudaron su vida anterior. Muzio había desaparecido para ellos como si nunca hubiera existido. Habríase dicho que Fabio y Valeria se habían concertado para no pronunciar nunca el nombre de aquél, para no informarse nunca de su destino, que, por lo demás, fué para todo el mundo un misterio. Pensó un día Fabio que estaba en el deber de contar á Valeria lo que había ocurrido en aquella noche terrible; pero Valeria pareció adivinarle la intención, porque contuvo la respiración, y cerró los ojos como quien espera recibir un golpe; pero Fabio la comprendió también, y el golpe no fué dado.

En un hermoso día de otoño, Fabio terminaba su cuadro de santa Cecilia. Valeria estaba sentada ante un órgano, y sus dedos vagaban por el teclado, cuando de pronto, sin que su

volundad interviniese para nada, bajo sus manos resonó aquel canto del amor triunfante que había tocado Muzio, y en el mismo momento, por primera vez, desde su matrimonio, Valeria sintió en su seno la palpitación de una nueva vida que se disponía á nacer. Valeria se estremeció, se quedó parada...

¿Qué significaba aquello?

¿Sería que...?

Hasta aquí llegaba el manuscrito.

IVAN TURGUENEFF

ALGUNAS NOTICIAS

ACERCA DE LA HISTORIA DEL CHOCOLATE

SUMARIO: Motivo de la publicación de estas líneas.—Antigüedad de chocolate.—Interés del asunto, aunque sea de apariencia vulgar.—Su origen mejicano.—Algunos de los autores antiguos que se han ocupado del particular.—Ciencias que intervienen en el estudio de esta sustancia.—Anécdota que, respecto al cacao, refiere la fantasía popular.—Propagación del chocolate en las diferentes naciones.—Culto tributado en Nicaragua al árbol del cacao.—*La comida de los dioses*.—Origen de la palabra chocolate.—Condiciones de esta sustancia, expresadas en una popular cuarteta.—Cantidad de chocolate consumida en algunas naciones.—Condiciones que debe reunir este alimento.—No se entra en detalles técnicos, ni científicos, ni industriales, por tratarse aquí de datos puramente históricos.—Algunos enemigos del chocolate.—Chocolate alimenticio y medicinal.—No se describen sus falsificaciones.—Algunos criminales se han servido de esta sustancia para mezclarla con venenos.—Poderoso concurso de la ciencia.

Ese alimento tan usual, que apenas habrá quien no le haya alguna vez saboreado, constituyendo para muchos el cotidiano desayuno, bien merece conocer su historia y que se propaguen algunos hechos acerca de su origen, vicisitudes y usos, que, enlazados con la vida de los pueblos, pueden contribuir al conocimiento de las costumbres de los mismos. He aquí el motivo principal de la publicación de estas breves noticias.

La conocida mezcla de cacao, azúcar y canela, en proporciones varias, y de precios también muy diversos (según la calidad de estas sustancias que forma el chocolate, y el esmero

empleado en la fabricación del mismo), cuenta ya una antigüedad de cerca de cuatro siglos, y en tan largo espacio de tiempo, que ha servido de alimento á muchas generaciones de diferentes países, no ha decaído su aprecio ni se ha relegado al olvido, como tantas otras cosas que fueron un día estimadísimas por la opinión, para desaparecer y perderse después por completo. Lo cual tiene alguna significación ante la crítica y la historia para concederle importancia.

La extraordinaria sencillez de este asunto, que para muchos entra en los dominios de la vulgaridad, no disminuye, en efecto, su interés, porque está relacionado con actos de la vida íntima y familiar, en donde tienen lugar expansiones de los más caros afectos y se presentan los hechos rodeados de aquella atractiva simpatía que imprime un sello de bondad á cuanto alcanza.

El descubrimiento del chocolate tuvo lugar en el siglo décimosexto, y fueron los españoles quienes lo dieron á conocer, habiéndolo antes aprendido de los mejicanos. Parece ser que lo usaba Motezuma, y lo menciona Francisco López de Gomara en su *Historia de las Indias*, impresa en 1553, que después se tradujo al italiano. Según Antonio Pinedo, se usaba ya en España á fines del referido siglo xvi.

Gaspar Caldera de Heredia, médico de Sevilla que escribió algunos trabajos á mediados del siglo xvii, en el reinado de Felipe IV, habla del chocolate en su *Tratado de las bebidas*, diciendo que es la más suave de todas, y que empezó á usarse en España cuarenta años antes. Así es que al comenzar el siglo xvii se generalizó su uso en nuestra nación.

Bartolomé Marrado, médico de Marchena, consigna en uno de sus libros una receta para hacer chocolate, en la cual figuran cacao, azúcar, canela, pimienta negra y clavo de especia, y dice que otros añaden almendras dulces, agua de limón, naranja y cidra. Como se ve, era un conjunto de cuerpos que constituía una mezcla, no aceptada seguramente por todos.

Escribieron acerca del chocolate, Juan de Cárdenas, Juan

Barrios, Andrés Laguna, Francisco López de Gomara, León Pinedo y otros muchos; habiendo hablado del cacao (entre diferentes autores) Pedro Mártir de Anglería, Fray Agustín de Avila, Juan de Torquemada y D. Tomás de Araujo, que escribió acerca del uso del chocolate en las enfermedades.

En el reinado de Carlos III se consigna, en la obra de *Historia de la Medicina*, de Hernández Morejón, que se consumían en Madrid, al año, doce millones de libras de chocolate.

Como dato histórico-bibliográfico, citaré un folleto antiguo y rarísimo que he podido consultar en la Biblioteca Nacional (Sección de libros raros), cuyo título es el siguiente: *Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate, dividido en cuatro puntos. En el primero se trata qué sea chocolate y qué calidad tenga el cacao y demás ingredientes. En el segundo se trata de la calidad que resulta de todos ellos. En el tercero se trata el modo de hacerlo, y de cuántas maneras se toma en las Indias y cuál dellas es más saludable. El último punto trata de la cantidad, y cómo se ha de tomar y en qué tiempo y qué personas*, por el licenciado Antonio Colmenero de Ledesma, médico y cirujano de la ciudad de Ecija.—Impreso en Madrid, por Francisco Martínez.—Año 1631.—Once folios en 4.º—Se trata del asunto, exclusivamente desde el punto de vista de la conveniencia del chocolate para la salud, y advertencias útiles en este sentido, si bien está inspirado en las ideas médicas entonces predominantes.

El 4 de Junio de 1627, el capitán Andrés de Deza (peruano) estableció un arbitrio sobre el chocolate en favor de la Iglesia, á fin de que todo el que lo tomara contribuyera con una cantidad determinada.

Lo publicó, y hoy constituye un folleto rarísimo, impreso en Madrid, en la citada fecha, que también he podido consultar en la Biblioteca Nacional.

No teniendo el presente artículo otras aspiraciones que la modesta vulgarización, no he de penetrar en modo alguno en lo mucho que de técnico y científico posee. Baste decir que la Medicina, la Farmacia, la Química, la Botánica, la Fisiología y la Higiene han dejado sus honrosas huellas en el completo estudio de este cuerpo, para lo cual han aportado no pocas ideas de sus brillantes páginas y admirables conquistas, manifestadas lo mismo en el laboratorio, con el poderoso auxilio del reactivo y el microscopio, donde en todas las manifestaciones estas ciencias intervienen.

Refiere la tradición que el árbol del cacao era uno de los más preciosos adornos del paraíso terrenal. No lejos dicese que vivía el profeta Quetzatlcoalt, en un magnífico palacio con un gran jardín, donde florecía dicho árbol. Rodeado este profeta de numerosos discípulos, á los cuales enseñó la Agricultura, la Astronomía y la Medicina, adquirió un gran renombre, y le eligieron jefe de los pueblos del Anahuac. Vivía Quetzatlcoalt dichoso en su palacio; pero llegó un funesto día en que aspiró á la inmortalidad. Un nigromántico, envidioso de su dicha, llegó á persuadirle que, tomando cierto brebaje, adquiriría ese dón maravilloso que tanto anhelaba. Pero apenas apuró la copa fatal, cuando su razón desvarió, y, en su demencia, cambió en árboles inútiles aquellos que tanto había cuidado, y entre ellos el del cacao. Abandonó el país y sus queridos jardines, y atravesó el Yucatán. Sus discípulos, que adquirieron grandes conocimientos en Agricultura, los transmitieron á nuevos adeptos, y cultivaron el árbol en los pueblos americanos. Este anécdota se ha transmitido á diversas generaciones, y se ha consignado como dato histórico, envuelto en la leyenda.

Cuando los aztecas conquistaron Guatemala ya era conocido el uso del chocolate, constituyendo una agradabilísima bebida, que las personas ricas tomaban en conchas de tortuga, pulimentadas con preciosos arabescos de oro, y así, sin duda, se lo sirvieron á Hernán-Cortés por vez primera.

Después del descubrimiento de América, fué con beneplácito adoptado el chocolate por los españoles, y era de ver en las calles de Méjico pasar todas las mañanas los vendedores ambulantes ofreciendo esta bebida aromatizada con vainilla y canela.

Desde Méjico se extendió el uso del chocolate por toda la América española. Después se verificó la propagación en Europa. En Italia lo introdujo un florentino, llamado Antonio Carlotti. A fines del siglo xvii entablaron los teólogos una discusión para dilucidar si el chocolate quebrantaba ó no el ayuno. Antonio León Pinelo publicó en 1636 un libro que trata de este asunto, y es un tomo en 4.º de 122 folios.

El uso del chocolate se propagó cada vez más en Francia, y el Regente, Duque de Orleáns, le tomaba todas las mañanas al levantarse, para recibir inmediatamente en audiencia á sus cortesanos. En 1705, el cargo de chocolatero de la Reina era una dignidad muy estimada en Francia. Pero es indudable que en España es donde antes se vulgarizó. Primero lo adoptó la aristocracia y luego la clase media, y, por último, se generalizó á todas las clases.

Indudablemente, el empleo del chocolate ha seguido una marcha progresiva cada vez más creciente, á lo que ha contribuido de un modo poderoso la ciencia con sus portentosos descubrimientos, y la aplicación de la mecánica con las máquinas de vapor, que facilitan de un modo extraordinario la rápida producción de este alimento en grande escala.

En Nicaragua han rendido al chocolate una especie de culto, y dispensan al árbol del cacao una gran protección, procurando librarle lo mismo de los ardorosos calores del estío que de las lluvias torrenciales, y aquellos habitantes levantaron estatuas á un dios que llamaron *Cacahuatl*, en cuyo honor quemaban incienso y celebraban suntuosas fiestas, con danzas y músicas caprichosas, acompañadas del tañido de campanas y de sonoros tambores.

*
* *

El chocolate empezó á tomarse en España poco después de la conquista de Méjico. María Teresa, hija de Felipe IV, llevó de Madrid á su prometido un gran paquete de chocolate, y en el espléndido banquete que se celebró pocos días después se sirvió este alimento en artísticas tazas.

El nombre de *Theobroma*, que dió el gran Linneo al vegetal productor del cacao (*Theobroma cacao*), significa nada menos que *comida de los dioses*. Con esto se revela su importancia.

Antes del descubrimiento de América era el cacao un signo monetario, de que se valían aquellos pueblos. El nombre de chocolate es derivado de *choco*, ruido, y *latte*, agua. En el idioma indio, la voz *cacao* significa ambrosía.

La palabra *chocolate* es, pues, de origen mejicano, en cuyo idioma se pronuncia *quachahuatl*, de las dos voces ya indicadas, *choco*, ruido, y *latte*, agua, atendiendo al procedimiento empleado en aquel país para prepararle, hirviendo en agua y agitando convenientemente la mezcla de cacao tostado y azúcar triturados, aromatizados con la canela ó la vainilla.

En cuanto á servir de moneda, se ha dicho que cincuenta semillas equivalían próximamente á 25 céntimos.

Los más grandes políticos han sido aficionados al chocolate, como lo han sido también al café y al tabaco. Podrían citarse personas ilustres apasionadas de este alimento.

Muchos poetas españoles lo han cantado en sus versos, y sus buenas condiciones se han expresado en esta quarteta popular:

«El chocolate excelente,
para poderse beber,
tres cosas ha de tener:
espeso, dulce y caliente.»

Se calcula que en Francia se consumen anualmente de cinco á siete millones de kilogramos de chocolate.

El chocolate de buena calidad debe tener color pardo roji-

zo, sabor dulce y aromático, olor perfumado y grato, y ha de disolverse fácilmente en la boca. Cuando se hierve con agua ó leche, debe formar un líquido homogéneo, espeso (aunque no demasiado), y colorear fuertemente las paredes de la jícara que le contiene.

Se prepara un buen chocolate tostando 25 partes de cacao para separar la cubierta seminal (19 partes del cacao Caracas y 6 del guayaquil); se hace polvo en un mortero de piedra ó molino, se añaden 10 partes de azúcar y media parte de canela finamente pulverizada, para después colocar la masa en moldes adecuados.

No es oportuno tampoco de este lugar, exponer detalles acerca de su fabricación. La buena calidad del cacao, del azúcar y de la canela; la torrefacción prudencial del primero y su exacta limpieza; su trituración minuciosa, su perfecta mezcla para que resulte una pasta homogénea; la adición de las materias aromáticas cuando esto tiene lugar (como la vainilla); la formación de las tabletas ó pastillas, todo ello constituye una serie de operaciones, cuya descripción es más propia de una obra industrial, que de un artículo histórico como el presente. La misma observación puede hacerse respecto á la preparación del líquido destinado á tomarse: que debe facilitarse la disolución del chocolate en el agua ó la leche, dividiéndole antes convenientemente en pequeños pedazos, agitando sin cesar la vasija en que se hace, é hirviendo durante un cuarto de hora la mezcla, en proporciones adecuadas; todo lo cual contribuye á que tenga propiedades apetitosas, y sea al mismo tiempo fácil y prontamente digerido.

Desde luego puede decirse que el chocolate es un alimento sano, restaurador, de pronta digestión, asimilable; que no fatiga el aparato digestivo, por lo cual el médico lo recomienda al convaleciente, al anémico, al dispéptico, al desgano, á todo aquel cuyo estómago no tolera otras sustancias de más fuerza alimenticia, y por eso lo prescribe el higienista para que se tome como desayuno, después de algunas horas en que

el organismo ha permanecido en reposo, y no hay tampoco grandes deseos de más succulenta alimentación.

Tiene para muchos, sin embargo el chocolate, bastantes motivos de reparo y poca simpatía.

Considéranlo insuficiente como alimento, y casi lo dejan relegado al uso de los enfermos ó convalecientes. Pero de todos modos, sus ventajas son indiscutibles, por lo cual, lejos de decaer, ha progresado de día en día su empleo en todas las naciones, teniendo cada vez mayor número de adeptos.

Se han dividido los chocolates en alimenticios y medicinales; es decir, que sirve también de vehículo á la administración de muchos medicamentos, facilitando al enfermo el uso de algunas medicinas, ocultando á veces su mal sabor ó repulsivo aspecto, ó, en otros casos, como acontece con los niños, impidiendo que se hagan cargo de lo que toman, á lo cual no suelen acceder voluntariamente, necesitando valerse de ese medio para llenar las prescripciones de la ciencia, dándoles la salud, aun á despecho de su resistencia y antipatía á todos los medicamentos.

Pocas sustancias han sido objeto de tantas falsificaciones como el chocolate. Su color oscuro, su fácil solubilidad en el agua ó en la leche, su empleo frecuentísimo, son circunstancias abonadas á que lo mezclen ó adulteren con otros cuerpos de inferior precio al de los componentes clásicos y genuinos del mismo. Harinas diferentes, almidón, yema de huevo, goma, grasas de variada procedencia, serrín de madera, cacao del que se ha extraído de antemano la manteca, carbonato cálcico, ocre rojo, cinabrio, minio, etc.: todo eso y otras muchas cosas se registran en la historia de las adulteraciones del chocolate, algunas de ellas incluso en la categoría de los venenos. No es este lugar oportuno para manifestar los procedimientos consignados por la ciencia para descubrirlas. Lo que puede asegurarse es que lo consigue de una manera brillante, en términos que aprecia con la matemática exactitud de los resultados

de la balanza las cantidades que de cada uno de los componentes existe.

También ha servido al criminal de medio para la perpetración del delito de envenenamiento. Los caracteres que ya se han indicado del chocolate facilitan su mezcla con cuerpos venenosos, sobre todo, si éstos no tienen color ó sabor muy marcados y salientes, de tal manera que no sea fácil advertir á primera vista su presencia. Desde luego, el olor, la consistencia y el sabor descubren su falta de pureza, y esto ya constituye motivo de sospecha, para desde luego dirigirse al químico, que pone de manifiesto cuantas impurezas pueda contener este alimento. Además, si no se disuelve fácilmente en el agua, dejando un residuo insoluble, que, al pasarlo por un papel sin cola, filtra de un modo lento y difícil, no debe dudarse que aquel chocolate carece de las típicas condiciones de pureza.

Bien puede decirse que los progresos científicos han prestado un poderosísimo y valioso concurso á la investigación de la pureza de un alimento tan usual, y al mismo tiempo tan preferido por los falsificadores para la realización de sus fraudes, y de los criminales para perpetrar sus delitos. La ciencia, como siempre, con sus maravillosas creaciones, ha sido el auxiliar de la justicia y el consuelo de la humanidad, en este caso, como en todos los de su índole. Las obras de Química aplicada, y entre ellas el *Diccionario de adulteraciones*, de Baudrimont, pruéban de un modo elocuente este aserto.

Yo he tenido alguna vez, en días ya lejanos, ocasión de analizar chocolate exento en absoluto de cacao, de azúcar y de canela, formado por mezcla de semillas de leguminosas, polvo de regaliz, almazarrón y otras varias sustancias que trataban de imitar, con más ó menos exactitud, el color y el aroma de este cuerpo. También he tenido motivo de intervenir, auxiliando á la autoridad judicial, en el descubrimiento de venenos interpuestos en el chocolate, debidos algunas veces al descuido, y en el mayor número de casos, al crimen. El color oscuro,

y otros caracteres facilitan la mezcla del alimento que contribuye á sostener la vida con el veneno que produce la muerte. La ciencia tiene medios exactos para poner en evidencia estos delitos, y señalar al criminal, doquiera exista.

De todos modos, este asunto tiene interés general, á pesar de su aparente insignificancia, pues constituye uno de los detalles de la vida, que marca los derroteros que ha seguido la colectividad humana en sus costumbres, y el valor social que en ocasiones tienen hasta las menores pequeñeces.

Ha sido asimismo uno de los varios objetos útiles que debe la humanidad al suelo americano, y uno de los motivos de eterna gratitud al mismo.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,

Catedrático en la Universidad de Madrid,
Académico de la Real de Medicina.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: La reforma técnica del teatro en verso.—HISTORIA: El hotel de Rambouillet.—FILOSOFÍA: La lógica de la contradicción.—COSTUMBRES: El idealismo universitario en Alemania.—FILOLOGÍA: Cómo debe llamarse á la mujer casada.—IMPRESIONES Y NOTAS: La educación de los compositores.—El sueño y la vigilia.—El papel de la altura en el ritmo.—Musset, el hijo del siglo.

LITERATURA

LA REFORMA TÉCNICA DEL TEATRO EN VERSO.—Julio Romaines trata, en *La Grande Revue* de París, de esta cuestión, que preocupa por igual á los dramaturgos de todos los países, pues el problema viene planteado en todas partes en términos casi idénticos. Vivimos en el siglo xx d. d. J., y no es extraño que molde y procedimientos estén agotados dondequiera, después de tantos siglos de producción, y que la dificultad de hacer algo nuevo, aun sin contar con lo del *nihil novum sub sole*, espante á los poetas modernos.

¿Puede hoy componerse una obra maestra teatral en alejandrinos regulares? Quien dice *alejandrinos* en francés, puede decir redondillas ó quintillas en español. Julio Romaines no vacila en contestar que no, y su razonamiento es el siguiente:

No vale decir que *Polyeucte* y *Fedra* son obras maestras, escritas en alejandrinos; y que del mismo modo que esas obras se han escrito, pueden escribirse otras si se tiene genio para

ello. Toda obra maestra agota en cierta medida la técnica que emplea. Por fecunda que sea una técnica, implica una suma determinada de efectos, que quedan en potencia, mientras la obra maestra no aparece; pero que al realizarse por la obra maestra, quedan consumidos. Esta ley es valedera para todas las artes. Las sinfonías de Beethoven, por ejemplo, realizan plenamente una técnica cuyas riquezas no habían descubierto sus precursores; pero sus sucesores se encontraban en esta alternativa: ó volver á una técnica ya realizada íntegramente, y por consiguiente imitar, ó crear una técnica nueva para obras maestras nuevas; Mendelssohn adoptó el primer partido, y Wagner el segundo. Del mismo modo, *Fedra* y *Berenice* no se hacen dos veces; se puede imitar á Racine con candor, como Campistron, ó plagiarlo con truhanería, como Moreas; en ambos casos sólo resultan producciones inútiles sin vida. Aunque *Ruy Blas* fuese una obra maestra, no se podrá deducir de ello que el alejandrino romántico tuviera valor actual.

Imaginémonos un joven autor dramático en posesión de un tema con el que se ha encariñado, y resuelto á servirse del verso regular. Ahí lo tenemos amontonando alejandrinos sobre alejandrinos. Apenas habrá escrito una página, cuando ya habrá podido comprobar un hecho lamentable: todas las rimas posibles entre palabras corrientes han resonado ya miles de veces en los poetas anteriores; todas están gastadas, todas son inevitables y fatigan el oído menos refinado; tras de *hombre*, se ve *nombre* y *asombre*, y detras de *baile*, hay que sacar un *fraile*, aunque sea traído por los pelos del cerquillo. En cuanto sale un *padre*, hay que buscar una *madre*, ó echar mano de un *cuadre* aunque no le cuadre. ¡Es una desesperación!

«¡Vaya unas dificultades!», dicen los que se las echan de listos. «¿Tan desprovistos nos juzgáis?» El poeta moderno tiene multitud de recursos, y lo que importa es saberlos utilizar. ¿Qué diréis si el verso

De su tersa mejilla el vívido arrebol

lo completamos diciendo:

Me hace pensar en tí, Paramidofenol?

¿Os quedaréis estupefactos, eh? Esa conclusión no la esperabaís».

A esos juegos de decadencia, nos ha llevado el agotamiento gradual de la técnica clásica. Abrid *El Aguilucho*, ó *Chanteclair*, y leed diez versos seguidos por cualquier parte, y es seguro que tropezaréis con una de esas desconcertantes majaderías. El empleo del verso tradicional ó de sus sucedáneos románticos y parnasianos, obliga al artista á elegir entre la chabacanería y el absurdo. De un lado, Moreas; del otro, Rostand: *Caribdis* y *Scila*.

Pero generalicemos: el alejandrino, en francés, ni aun en toda su frescura, es verso dramático. Corneille y Racine han escrito sus obras maestras, más bien que con él, á pesar de él. El verso de doce sílabas es un verso épico y lírico, que sólo tiene cabida en el drama en los momentos en que la inspiración estalla en un canto de pasión ó de gloria; de ningún modo debe constituir la trama continua de la obra.

Los latinos, por ejemplo, han poseído varios tipos de verso dramático, cuyo elemento común es el pie de dos sílabas, una larga y otra breve; si precede la breve, el pie se llama *yambo*, y si la larga, *troqueo*; los versos yámbicos y trocáicos tienen una flexibilidad, una agilidad que en vano se pide á los exámetros de la epopeya. El verso dramático alemán ofrece también esa alternancia de dos sílabas, breve y larga; por eso los alemanes lo han llamado yámbico, en recuerdo de la antigüedad. Ese ritmo métrico de las lenguas de cantidad y aun de las lenguas de acento tónico, se ha comparado, con razón, con el ritmo del paso humano; es el ritmo natural de la palabra activa. Las lenguas que, como el francés, desconocen la cantidad, no pueden utilizarlo, por mucho que se empeñen los innovadores.

La literatura dramática de la Edad Media ha creado, y

aun ha estado á punto de fijar, el verdadero verso de teatro. Recuérdense los *Misterios*, y especialmente *La Pasión*, de Grevan: el verso de ocho sílabas da al diálogo de Grevan una vida, una ligereza, una movilidad, y, cuando hace falta, una aspereza autoritaria, que con dificultad obtiene Corneille mismo con el alejandrino. El verso de ocho sílabas debe ser el ritmo fundamental correspondiente al yambo alemán ó latino. Un francés que discute, que ataca, que se defiende ó que manda, distribuye sus frases conforme á un ritmo espontáneo que tiene al octosílabo. Mándese cerrar una puerta diciendo:

Apresuraos, señora, á cerrar esa puerta,

y se verá el contraste cómico que resulta de la desproporción entre lo vulgar del concepto y lo altisonante del ritmo. Dígase, en cambio

Cerrad la puerta, señora,

y se notará lo adecuado de la forma al fondo; y es que las palabras familiares en el ritmo familiar, son naturales y espontáneas; pero si se les da tono solemne en ritmo épico, resultan ridículas.

No todo, sin embargo, se reduce en la acción dramática á conversar, discutir ó mandar; hay momentos en que el entusiasmo, el dolor, el terror, la ternura, exigen metros apropiados al movimiento anímico. En estas materias, claro es que el instinto del poeta debe ser el juez soberano; pero, sin embargo, pueden hacerse algunas indicaciones generales autorizadas por la experiencia. El verso de nueve sílabas, en francés, se presta admirablemente á la expresión de la turbación, de la incertidumbre, de la irritabilidad, y tiene su puesto en las transiciones; el de diez sílabas, con cesura en medio, tiene virtud patética y sienta bien para los gritos de la languidez, de la pasión y de la desesperación; los de siete y cinco son requeridos por ciertos arranques de extremada tensión, y pueden aparecer durante un diálogo en octosílabos para significar el pa-

roxismo de la lucha, el combate cuerpo á cuerpo de dos voluntades; al alejandrino le corresponden las afirmaciones solemnes, las efusiones líricas, la evocación épica; cuanto menos se prodigue, mayor será su prestigio.

No se crea por esto que Romaines preconice la mezcla de todos estos ritmos en un mismo período, en una misma frase, al modo de Lafontaine ó de los partidarios del verso libre. Cada ritmo, para ser efectivo, para imponerse al oído y al espíritu del espectador, debe obrar por masas, y desde luego, nada de rimas, sino para algún efecto local. La rima es un accesorio. Es monótona, provoca físicamente el cansancio y la somnolencia, y si es tolerable en el alejandrino, quita toda severidad al octosílabo, que es por sí mismo un ritmo viril y fuerte.

Esta supresión de la rima no sólo no dispensa al poeta de buscar otras combinaciones de sonoridad, sino que le obliga á buscar por otros caminos los acordes y armonías que son elemento esencial de toda poética. Y lo que principalmente no debe jamás olvidarse, es que en el teatro, tanto ó más que en la lírica, y tanto también, por lo menos, como la técnica, hace falta la inspiración. La decadencia viene, en primer término del olvido de ese requisito. Sin inspiración no hay ni ha habido nunca verdadero arte.

HISTORIA

EL HOTEL DE RAMBOUILLET.—Cuando se habla del hotel de Rambouillet, se tiene, generalmente, una idea bastante equivocada, y desde luego muy deficiente, del género de vida que en él hacían sus propietarios y huéspedes. Se imagina uno que se trata de un lugar de beatitud intelectual, y, como dice Emilio Magne en *La Revue Hebdomadaire*, allí la literatura entretenía á los concurrentes algunas horas tan sólo. La marquesa era un espíritu verdaderamente culto; hablaba español é italiano con soltura, y hasta deseaba aprender latín para

leer á Virgilio en su original, y que gustaba del placer de hojear los libros nuevos y repasar los antiguos; pero no por eso era una gazmoña ni una pedante. Era, sí, muy ceremoniosa, la irritaba la vulgaridad, y molestándola oír leer palabras groseras ó triviales, exigía de sus huéspedes el sacrificio de su libertad de lenguaje. Este exceso de delicadeza, le vale extraordinarias alabanzas, y sirve de cimiento á su reputación, pero no es el más á propósito para llevar visitas á su casa. Lo que los señores van á buscar allí, como á los demás salones aristocráticos, no son lecciones de bien decir, sino aventuras; los demás van á caza de protección ó de empleos. La marquesa sirve á éstos, pero no alienta á aquéllos, y se expone, por ende, á tener una clientela burguesa. Como su origen principesco, de que se envanece, la excita á seleccionar las admisiones, exige, á falta de otra, la aristocracia del talento, y organiza su casa de modo que la aristocracia de la sangre sienta atractivos por ella. Los amigos de la familia, numerosos y de alto rango, secundan sus proyectos; la vanidad se mezcla en ello, y el ser recibido en la calle de Santo Tomás del Louvre, llega pronto á constituir un honor, ó por lo menos una marca de superioridad intelectual. Los cortesanos acuden al principio al hotel, para que se los encuentre allí, pero sin esperanza de divertirse. La señora de Rambouillet les reserva una sorpresa; pues si conoce el arte de vivificar una conversación, también es amiga de la alegría, y ésta se enseña de su casa, y es una de sus notas características.

Así como el cardenal de Richelieu tiene sus bufones, y Boisrobert los suyos, Voiture dirige las bromas en el hotel de la marquesa. En cuanto Chaudobonne se lo presentó, en 1625, la marquesa comprendió el partido que podía sacar de él, y lo recibió con el mayor afecto. Voiture era uno de esos caracteres de los que decimos en castellano que «tienen cosas». Todos aguantan con simpatía sus ocurrencias y caprichos. Voiture puede hablar ó callarse, bromear y contradecir. La marquesa, tan exigente con los demás, nunca le reprende, y Voi-

ture, que gracias á ella ha salido de la oscuridad, guarda profundo agradecimiento por la acogida que se le dispensa. A lo único que tarda en hacerse con su alma de bohemio, es al lujo de la casa. Tantas maravillas le desconciertan, y se pierde en medio de tantas habitaciones tapizadas de brocatel ó de cuero dorado, y adornadas con cuadros magníficos y preciosos muebles; poco á poco se acostumbra, sin embargo, y al fin llega á ser recibido en la intimidad. El marqués le abre sus habitaciones particulares, y la marquesa no sólo le hace visitar el jardín donde jamás entran los indiferentes ni los tontos, sino que le introduce en su retiro más secreto, en aquel gabinete contiguo al salón azul, donde se encierra para leer y meditar, y que es casi un altar que ella se ha elevado á sí misma. En aquel santuario, y en el célebre salón azul, es donde Voiture penetra el alma de sus nuevos amigos.

Pronto nota Voiture que la favorita de la marquesa, entre todos sus hijos, es la hija mayor, Julia d'Angennes; Voiture se dedica á agradarla, y, aunque no sin trabajo, llega á establecerse entre ellos un compañerismo familiar en que el joven poeta da más de lo que recibe, pues, á la larga, no puede menos de sentir amor por la traviesa joven, á quien entretiene y que constantemente le provoca, y que, á veces brutalmente, le recuerda el honor que se le hace al recibirle. Por fortuna, otras amistades le consuelan de ésta, que es un eterno combate, y el marqués de Pisani, entre otros, dulcifica los disgustos que su hermana Julia da al poeta. Es un adolescente que sólo piensa en saborear la alegría de vivir; mariposea ya con su picante ingenio de jorobado, en torno de las mujeres embrujadas por su figura; pero lo que más le atrae es el juego, no perdonando medio para proporcionarse recursos. Al volver un día del *château* de Rambouillet, hace á su padre una pintura horrible del parque abandonado por los jardineros; la leña y los árboles muertos obstruyen las calles, y urge limpiar todo aquello si ha de salvarse la vegetación; el marqués cree esta fábula, y encarga á su hijo de arreglarlo todo; el marquesito manda cor-

tar sin escrúpulo *seiscientas cuerdas* de arbolado alto, lo vende, y se encuentra con los bolsillos llenos de dinero para el juego. Voiture se ríe con estas calaveradas, aunque no las apruebe en público.

En el servicio de la casa había tipos muy originales, mezclándose los criados italianos con los franceses. El más original era el caballero Silesia, que mata en público las pulgas que le molestan con un enorme martillo que siempre lleva consigo. Se entretiene, además, en hacer etimologías, y sostiene que la palabra *fauteuil* viene de «lœ'il faut»; pues toda persona sentada al lado de otra no puede ver más allá de esta última, y, por consiguiente, «falta el ojo».

En la habitación de los secretarios había un maniático de otro tipo, el señor Aldimary, que se entretenía en hacer versos lamentables con metáforas burlescas, y Neufgermain, un tipo quijotesco, alto y flaco, con una gran barba negra y con un espadón muy largo. Voiture le conoció en circunstancias patéticas: comía un día con el señor de Rambouillet, cuando entró un criado diciendo que un zapatero de la calle de Gravilliers deseaba hablar con el señor.—¿Un zapatero de la calle de Gravilliers?, respondió el marqués. Hay que ver qué es eso. Que suba.—El zapatero entró, llevando respetuosamente entre sus manos, sobre un papel blanco, una cosa extraña, peluda y negruzca. Era la barba del señor Neufgermain; se la había arrancado la noche antes en una riña un rival, celoso de que cortejase á una muchacha. Neufgermain era el bufón externo del hotel, y su pasión por la esgrima igualaba su afición á la poesía. Había inventado un género literario que le servía para sacar los cuartos á los que eran objeto de sus versos; como modelo del género pueden citarse los siguientes:

Entre les dieux doit tenir *ran*
Proche Jupin, au plus haut *bou*
Plus belle que rose et qu'*æillet*
La divine de *Rambouillet*.

Entre los visitantes del salón azul, ¡cuántos había que no eran tolerados más que por sus ridiculeces! Allí estaba el señor de los Iveteaux, hombrecillo seco, de ojos de puerco, abiertos á punzón, singularizado por lo extravagante de su traje: aquel antiguo preceptor de Luis XIII llevaba calzas de bandas, sujetas con bridas, y de su justillo de piel de olor salían mangas de satín de China, pendiendo de su pecho enormes mallas de una cadena de paja. El infeliz bravucón Chevry, el abate Croisilles y el señor de Cerisanto le disputan la supremacía de la extravagancia.

Cuando Voiture llega al salón azul, las conversaciones particulares cesan. Es una gaceta verbal, y siempre trae de sus paseos anécdotas inéditas. Lo que agrada especialmente en él es la guasa implacable y á veces descortés. Cuando su rostro se disfraza de tontería, nadie se equivoca: el hombrecillo se va á guasear, y cada uno procura no ser su víctima; se acerca á uno, y conversa con él con la mayor inocencia del mundo, y cada una de sus palabras subraya una ridiculez que los circunstantes reconocen, al reirse de él impunemente. No puede aguantar el mal hablar ni el graciosismo. A veces es brutal. Un día, Miossens, más tarde mariscal de Albret, quiere distinguirse hablando, y durante un cuarto de hora ensarta frases sobre frases, sin acertar á explicarse bien. Voiture le interrumpe irritado:—El diablo me lleve, señor, le dijo, si he entendido una palabra de todo lo que usted acaba de decir. ¿Habla usted siempre así?—Señor Voiture, respondió el otro, cortado, tenga usted algo de consideración con sus amigos.—A fe mía, caballero, hace tanto tiempo que le tengo á usted consideración, que me estoy ya cansando de tenerla.

Cuando Chapelain apareció por primera vez, hacia el 1628, en el salón azul, Voiture y Pisani se desternillaron de risa. El buen hombre había querido atenuar su aire vulgar con el aparato del traje; y como era muy avaro y no estaba al corriente de la moda, se presentó como en el siglo anterior, con un traje de satín paloma, forrado de paño verde, con pa-

samanería paloma y verde, de ojo de perdiz, y con unas botas extraordinarias de caza. Tosía, escupía, y á cada instante sacaba de su bolsillo un pañuelo tan manchado, que se supuso no tenía otro para muda. Las botas de aquel fantoche inspiran en el acto una sátira á Pisani, y su vulgaridad, un epigrama á Voiture. La señora Rambouillet no se tiene de risa con aquel extravagante huésped, y lo ve gesticulando, según su costumbre, ante el abate de Croisilles, que tenía la manía de creer, no se sabe por qué causa, que había de morir de unas cosquillas, y que, al ver que Chapelain movía tanto las manos, creyó que pensaba cosquillearle.—Pero, caballero, decía pálido y retrocediendo, ¿qué quiere usted hacer?—Lo que quiero hacer, responde Chapelain gesticulando cada vez más, es hacerle comprender á usted...—Pero, caballero, no lo piense usted, exclama el abate cada vez más asustado.—¿Que no lo pienso? Lo pienso mucho; por el contrario, usted es el que no lo piensa, porque..., y de nuevo sus brazos amenazan al abate; entonces éste grita trastornado:—¡Deténgase usted, señor; ya veo su propósito. La marquesa, que se ha divertido con esta comedia, descubre la manía del abate, y todo se pone en claro.

La señora de Rambouillet gozaba con estas mistificaciones, y nada la detenía cuando se sentía con gana de reir. Por eso atrajo también al hotel á su pariente D'Aumont, que se disparaba por el menor motivo, amontonando sueños sobre sueños, con su imaginación sin traba. La señora de Bonceil, que estaba en cinta, entra un día en el salón azul, se resbala, cae, y violentamente sacudida, piensa parir de emoción. Ya tenemos al señor D'Aumont embarcado en la nave de sus sueños, y hablando solo en voz alta:—Estamos muy mal contruídos, decía; tenemos huesos en todos los sitios en que nos caemos de ordinario; sería mejor que tuviésemos globos de carne en las rodillas, en los codos, en lo alto de las mejillas y en los cuatro lados de la cabeza. ¡Qué gusto daría! Un hombre saltaría por una ventana sin herirse, pasaría por debajo de los muros de una ciudad..., etc.

Nunca ha pasado la marquesa tan bien el tiempo de su vida. Por eso sus familiares se ingenian en proporcionarla ocasiones de reir: unos la traen las locas que encuentran en las encrucijadas; otros, los fenómenos que se exhiben en la feria; Voiture se presenta á ella disfrazado de cardenal, y la señorita Paulet, de barquillera. Los bromistas del hotel andan siempre fraguando burlas unos contra otros. Julia d'Angennes, al saber que Voiture detesta el verse mojado, le echa una jarra de agua por la cabeza. Como la señora de Vigean es sorda, la cantan el Miserere á gritos, y como es recatada, la quitan en público el chal que vela su admirable pecho. Con hábiles preguntas hicieron decir al conde de Guiche los manjares que más le desagradaban, y luego, una noche, á la hora de despedirse de la marquesa, Chaudebonne le dijo:—Conde, no te vayas, cena aquí.—¡Jesús!, exclama la señora de Rambouillet, ¿le queréis hacer morir de hambre?—La marquesa se burla, replicó Chaudebonne; quédate, te lo suplico. Guiche consiente en quedarse, pero ¡cuál fué su decepción! La mesa estaba cubierta de todos los manjares que abomina, en particular, de sopa de leche y de pavo. Sin embargo, la señorita Paulet decía imperturbable:—Señor conde, nunca he tomado tan buena sopa de leche; ¿le sirvo á usted un poquito?... ¡Dios mío, qué pavo tan rico! ¿No come usted la pechuga que le he servido? ¿Prefiere usted el alón?... Guiche da las gracias, y deja su plato lleno, entreteniéndose en desmigajar pan. Tiene hambre, y no sabe cómo salir del paso, hasta que la señora de Rambouillet, pensando que las bromas deben tener término, dijo al *maître d'hôtel*:—Tráiganos usted alguna otra cosa, porque el señor conde no encuentra nada de su gusto. Y en medio de carcajadas, se sirvió una cena magnífica.

En el *chateau* de Rambouillet, lleno de históricos recuerdos, y donde murió Francisco I, no se divertían menos que en París. Las habitaciones eran magníficas, y el parque verdaderamente regio. Allí se espera un día á la señorita Paulet y al obispo Cospeau. La marquesa los quiere sorprender, siguiendo

la iniciativa de su hija Julia y de sus jóvenes compañeras, con una buena broma, y al llegar la altiva rubia, observa que al pie del puente levadizo se halla un numeroso grupo de muchachas aldeanas, pomposamente adornadas y coronadas de flores, y entre las que ve mezcladas á Julia d'Angennes y á sus compañeras. Desconcertada, baja de su carroza, y al adelantarse, una de las aldeanas la ofrece de rodillas, con deferencia cómica, las llaves de la residencia. Entonces comprende la burla irónica que la quieren dar; toma su aire de amazona, y marcha majestuosamente en medio del cortejo; se baja el puente levadizo, dos cañoncitos lanzan salvas desde lo alto de las torres; suenan clarines, los dueños de la casa vienen á besar la mano de la improvisada reina, y la ceremonia termina con una carcajada general. La señorita Paulet, que es algo rencorosilla, busca en quien vengarse, y no tarda en encontrarlo: en la noche de aquella memorable recepción, observa que el conde de Guiche se atraca de setas, que le gustan mucho, y, terminada la comida, la Paulet comunica á Chaudebonne la broma que puede jugarse al conde, y que él se encarga de llevar á cabo. Habla, en efecto, con el ayuda de cámara del conde, y consigue que le preste la colección de jubones que su amo guarda en sus baúles; en seguida los hace estrechar, y los devuelve al criado para que los ponga en su sitio. Al día siguiente, que era domingo, toda la casa, enterada de la broma, se levantó al amanecer. Chaudebonne entra en el cuarto del conde y le despierta; Guiche salta de la cama y se viste con presteza, pero en vano trata de endosar su jubón.—Este jubón está muy estrecho, dice al criado; deme V. el del traje que me puse ayer. Nueva tentativa vana; el joven empieza á emocionarse.—Probémoslos todos, dice. Pero por más esfuerzos que hace, no lograr entrar en el jubón.—Pero, ¿qué es esto? ¿estoy hinchado? ¿Será por haber comido demasiadas setas?—Bien podía ser, responde Chaudebonne; verdaderamente, comísteis anoche para reventar.

Tristemente impresionado, Guiche se mira en un espejo y

se descubre una lividez imaginaria. Deja su cuarto, y todo el mundo le repite que su glotonería es la causa de tan extraña hinchazón. En esto, tocan á misa, y el conde asiste á ella en bata.—Sería verdaderamente un triste fin, decía amargamente á la salida, morir á los veintiún años por haber comido setas. Convencido realmente de su envenenamiento, empieza á disparatar, se queja de dolores y llama al médico. La comedia amenaza convertirse en tragedia, y Chaudbonne cree necesario intervenir.—Mientras viene el contraveneno, dijo, opino que se prepare un remedio cuya receta tengo. Cogió una hoja de papel, y, rodeado de todos, escribió gravemente: «Toma unas buenas tijeras y descose tu jubón.» El conde no se avergonzó de su terror, y se dió por conforme con salir bien del mal paso que creía haber dado.

Más culta fué la broma que dieron á Felipe Cospeau, obispo entonces de Nantes. Llegado al *château*, sale con la señora de Rambouillet á dar un paseo; la conversación entreteniéndole, no le permitió observar que la marquesa se aleja demasiado; sin embargo, la fatiga le advierte que ha pasado la edad de las excursiones largas, y al llegar á una glorieta con bancos rústicos, iba á proponer á la marquesa descansar un poco, cuando, al levantar la cabeza, vió á través de las ramas de los árboles, unas formas brillantes que se movían; se las mostró á la marquesa, pero ésta se hizo la indiferente, y siguió adelante; poco después, desembocaron en la pradera en que se halla el montículo de las Rocas, y el obispo quedó como electrizado, mudo de asombro: los bloques de granito sostenían un admirable grupo mitológico: Diana cazadora, con su larga cabellera al aire, y el arco en la mano, acompañada por cinco ninfas, en túnicas blancas, con grandes lebreles encadenados, se alzaban en las rocas. ¿Eran estatuas? El obispo, vuelto de su sorpresa, reconoció en ellas á Julia d'Angennes y á sus amigas.

Y así pasaban el tiempo, en el hotel de Rambouillet, la famosa marquesa y su tertulia.

FILOSOFIA

LA LÓGICA DE LA CONTRADICCIÓN.—Conocida es la fórmula del principio de contradicción: una cosa puede ser y no ser á un mismo tiempo, y en las mismas circunstancias. Este principio parecía estar al abrigo de todo ataque, y ser uno de los poquísimos axiomas, si hay alguno, admitidos por la humanidad pensante. Paulhan, que ya había escrito una *Moral de la Ironía*, ha lanzado á la publicidad la *Lógica de la contradicción*, cuyo sugestivo y paradójico título es bastante para quitar el sueño á los que duermen tranquilamente sobre la inconvivibilidad del famoso principio. Realmente, el título en cuestión parece una blasfemia, y apenas se comprende que pueda fundarse una lógica en la negación del principio de contradicción.

Ya Pascal había dicho en alguna parte, que, ni la contradicción es prueba de falsedad, ni la falta de contradicción implica la verdad de lo no contradicho. Paulhan, á su vez, pretende enseñarnos que por poco complicado que sea un razonamiento, nunca se está seguro de no tropezar en él con alguna contradicción, como nunca se está tampoco seguro de encontrarse con una contradicción verdadera. Dos ideas que parecen incompatibles, pueden estar unidas por un lazo oculto que nos hace creer en su incompatibilidad. Así se comprende la profundidad de la famosa frase de Bossuet, que coincide en el fondo con un pensamiento análogo de Loisy: «¿Caeré en el monismo ó en el panteísmo? Lo ignoro. Todo eso son palabras, y yo trato de hablar de las cosas. La fe quiere el monismo, la razón tendería al panteísmo. Son, sin duda, dos aspectos de la verdad, y la línea de enlace nos es desconocida.» Hay en efecto, que tener los dos extremos de la cadena, aunque no se vea como se enlazan, y hasta cuando su reunión parece un desafío á la lógica. Hay que asegurarse, únicamente, como dice Paulhan, de que se tienen bien los dos cabos de la cadena.

Aunque esto parece tan fácil, no siempre se comprueba con facilidad. Podrían relacionarse las contradicciones de nuestra vida intelectual con las de nuestra vida sentimental y las de nuestra vida activa; son innumerables. Una persona puede querer á otras, trabajar por su felicidad y alegrarse de una desgracia que le ocurre. La Rochefoucauld había ya notado que hay en las desgracias de nuestros amigos algo que no nos desagrada. No sólo nuestras acciones contradicen frecuentemente nuestras intenciones, sino que, frecuentemente se contradicen á sí mismas.

En el dominio intelectual, que es del que principalmente se trata, es indudable que las cadenas de ideas mejor soldadas se rompen por medio cuando menos se piensa. Hasta nuestras ideas aisladas presentan á veces grietas. Paulhan cita curiosos ejemplos de ideas matemáticas, físicas, filosóficas, que utilizamos constantemente, sin preocuparnos de las contradicciones paladinas ó latentes que encierran. ¿Hacemos mal? No, como dice Jorge Palante en el *Mercure de France*: somos tributarios de la contradicción; sin ella no podríamos pensar, como no podríamos vivir. Puede decirse que la condición de un pensamiento normal, sano y fecundo, es la incoherencia en ciertos límites. Debe uno darse cuenta de las contradicciones, pero sin pretender eliminarlas por completo. Hay que saber acomodarse á las contradicciones necesarias, y utilizarlas para el mayor provecho de la inteligencia.

Precisamente el objeto de la *Lógica de la contradicción*, consiste en determinar cuales son, entre nuestras innumerables é inevitables contradicciones, las que uno puede permitirse, y las que pueden desempeñar un papel útil en nuestra economía intelectual. Una de las contradicciones más frecuentes, es, por ejemplo, la de nuestros conceptos científicos y nuestras ideas religiosas. Hay sabio que al entrar en un laboratorio, deja sus convicciones religiosas á la puerta, y las recobra al salir; algunos han podido, en nombre de la ciencia, rechazar las creencias impuestas por la Iglesia, y tenerlas por seguras

en nombre de la fe. Claro es que, semejante contradicción es señal de un estado imperfecto de la inteligencia; pero puede tener excelentes efectos para el desarrollo del espíritu. Ha permitido una manifestación del espíritu científico, en almas donde hubiera sido ahogado por el espíritu religioso, si se hubiera opuesto á éste.

Paulhan distingue tres clases de contradicciones: 1.^a Las existentes entre ideas que corresponden á dominios separados, como la que nos ha servido de ejemplo. 2.^a Las ideas incoherentes que nacen en el espíritu á propósito de hechos desconocidos ó de problemas nuevos como, por ejemplo, la concepción del éter luminoso. 3.^a Las contradicciones procedentes de que una idea, al transformarse, queda asociada á la misma palabra que le ha servido de expresión, como, por ejemplo, las palabras Dios, libertad, igualdad. La regla general es que las contradicciones que pueden llegar á ser aceptables, son las que turban menos el espíritu, permitiendo la transición entre un estado presente y un estado futuro. Entre estas contradicciones las hay que dan por resultado hacer la vida intelectual más fácil, más rica, más fecunda.

Hay, pues, que reconocer, al lado de la lógica de la consecuencia y de la lógica de la verdad, una especie de lógica utilitaria, complementaria de las otras dos. No se trata aquí de pragmatismo, de una utilidad moral ó social, sino de una utilidad completamente intelectual, del interés que tiene el pensamiento en hacerse lo más flexible y más rico posible. Hay lugar para una casuística lógica, que prestaría los mismos servicios que la casuística moral; que apreciaría los conflictos de ideas, como la otra aprecia los conflictos de deberes; que particularizaría la lógica abstracta, y la ajustaría á la diversidad de los problemas y á la complejidad del funcionamiento real de la inteligencia. La verdad es blanca, como dice Anatolio France en su apología; y es blanca, no por ser pura, sino, al contrario, por estar compuesta de mil verdades diversas y abigarradas, que, por el movimiento rápido del disco multico-

lor, se funden en el blanco. Estas diversas verdades son los colores cambiantes de la vida.

COSTUMBRES

EL IDEALISMO UNIVERSITARIO EN ALEMANIA.—La *Saxo-Borussia*, de Bonn, es la más célebre de todas las asociaciones de estudiantes de Alemania, á la que han pertenecido el emperador y sus hijos, y en la que figuran los representantes de la más alta nobleza alemana. Hace algunos meses, con un pretexto fútil, los borussos se entretuvieron en maltratar á un tal Feitch, antiguo estudiante católico, suboficial del séptimo regimiento de húsares. Llevado el asunto ante el Senado de Bonn, éste decretó la suspensión de la asociación durante seis meses. En cambio, el Consejo de guerra que tuvo que juzgar á algunos borussos que, por ser voluntarios de un año, caían bajo la acción de las leyes militares por haber maltratado á su superior Feitch, fueron absueltos, con general sorpresa. La contradicción entre ambos juicios llevó la animación á todo el mundo universitario. La *Saxo-Borussia*, en su calidad de cuerpo feudal reclutado entre los príncipes de las casas reales y ducales del Imperio, ¿debía caer como cualquiera otra agrupación universitaria bajo la jurisdicción del Senado de Bonn? Parece increíble que en pleno siglo xx pueda hacerse esta pregunta; pero hay que conocer la organización y el funcionamiento de los *Korps* universitarios, para explicarse la efervescencia producida en los elementos escolares por las contradictorias sentencias del asunto Feitch: eso es lo que hace en el *Mercure de France* Andrés Moine.

«¡Sed hombres!—decía el director de un gimnasio alemán á los *Abiturienten* (bachilleres), de quienes se despide.—Me presento á vosotros como padre y amigo. Deseo con todo mi corazón que cada uno de vosotros, por los medios que estén á su alcance, de orden intelectual ó material, logre el fin que se

ha fijado. A este deseo no añadiré más que este único consejo: ¡Permaneced fieles á vosotros mismos! ¡Sed hombres! Porque nuestra época y nuestra patria necesitan hombres que estén firmes en su puesto. El país coloca en vosotros, precisamente, sus más altas esperanzas, y por esta razón os dirige el más imperioso llamamiento. A consecuencia del desarrollo de la cultura intelectual que va á empezar ahora para vosotros en nuestras Universidades, estáis llamados á convertirlos en guías y maestros, consoladores y sostenes de nuestra nación. Así, á mi primera exhortación, añado esta otra: ¡Separaos de vosotros mismos! Vais á dejar ahora esta casa paternal que os protegía, donde vuestro padre velaba por vosotros, y donde temíais los ojos de vuestra madre y la casta mirada de vuestras hermanas. Amigos míos, conservad el respeto á la mujer, el respeto que tenéis á vuestras hermanas y á vuestra madre. Porque la mujer es la belleza de nuestra vida, la corona de esta perfección que no se ofrece en todo su valor sino al que la merece. La lucha es ruda. Conservad siempre pura vuestra alma, el alma por lo menos, y combatid valientemente.» Tal es el lenguaje que pone en boca de un profesor el novelista Stilgebauer, en *Goetz Krafft*. El autor la inserta en el principio mismo de su obra, para marcar bien que la formación moral del joven es la gran ley del educador alemán, que debe preocuparse, ante todo, del despertar del idealismo, un tanto ahogado por el conjunto de tradiciones y prejuicios políticos y sociales contrarios á toda iniciativa individual, que forman el alma de la Corporación.

El alemán tiene el culto de la asociación; en Alemania abundan toda clase de sociedades, y la lengua es riquísima en palabras expresivas de la idea de reunión, club, lazo, círculo, liga, corporación, cofradía, etc. Criticando esta manía de asociarse, decía un profesor de Hall que trabajaba por crear la «Liga de las personas que se niegan á ligarse». No hay, pues, que sorprenderse de que, en una pequeña ciudad, que apenas contiene de mil á mil doscientos estudiantes, se cuen-

ten hasta veinticinco ó treinta asociaciones universitarias, clasificadas y jerarquizadas por sí mismas. En la cima están los Korps, compuestos, exclusivamente, de jóvenes nobles ó muy ricos; de espíritu francamente reaccionario, los ochenta Korps existentes datan de la primera mitad del siglo XIX, exceptuando el *Onoldia*, de Erlanger, que es de 1798. Todas las Universidades tienen cuatro, cinco ó seis Korps, salvo Marburg, que sólo tiene tres. El emperador, durante los semestres que pasó en Bonn, después de su bachillerato en Kassel, fué miembro de la *Saxo Borussia*, manteniendo cordiales relaciones con sus antiguos compañeros, que le confirieron, al celebrar sus cuarenta años, la cinta del Korps, decisión que fué muy combatida por la asociación general de los Korps, por no haber tenido nunca el honor de haber sido acuchillado; pero que, al fin, fué aceptada, por respeto á la autoridad suprema y á título excepcional.

Por bajo de estos Korps, ricos y bullangueros, que dan bailes, fiestas, conciertos y *soirées* literarias en sus vastos hoteles, invitándose á *Kommers*, visitándose solemnemente y batiéndose en duelo, hay que colocar las numerosas *Burschenschaften*, creadas por Fichte, menos afortunadas, reclutadas al azar de los estudios, en la burguesía patriota. En último término figuran las *Landenschaften*, bastante difíciles de definir, por su heterogeneidad; todas ellas tienen por lema «Patria, honor y amistad», y son, en general, intolerantes, siendo especialmente notorio su antisemitismo.

La organización de estos tres grupos universitarios, es la misma, con pocas diferencias. Todos sus miembros llevan gorrita y cinta en bandolera. Entre ellos es obligatoria la *Mensur*, no sólo cuando ha habido insulto previo, sino cuando le ha tocado la suerte. Generalmente, un estudiante de un Cuerpo se bate con el de otro, sin motivo plausible, porque así lo ha dispuesto su Asociación, cuyos acuerdos tienen fuerza de ley. Es preciso que cada sábado se bata, por lo menos, un miembro del Korps, para lo cual se sortean por un reglamento en forma.

Fuera de estas tres agrupaciones, hay todavía una nube de *Vereine* y de *Verbindungen*, que no tienen colores, y que se forman con elementos heterogéneos: aficionados á la Música, estudiantes de Filología románica, entusiastas de Gimnástica, fanáticos de Alberto Durero, futuros médicos, magistrados, etcétera. En estas asociaciones el espíritu es menos estrecho y la *Mensur* es facultativa, llegando algunas á prohibirla, como las asociaciones confesionistas, católicas y protestantes. Menos ricas y más pacíficas que las tres anteriores, van siempre detrás de los *Korps* en las solemnidades públicas.

Los miembros de todas estas asociaciones se dividen en tres categorías: los *activos*, subdivididos en *Füchse* ó jóvenes, y *Purschen*; *inactivos*, que son los que están terminando la carrera; y los *Filister* ó miembros antiguos de la asociación. A título de huéspedes (*Göst*), las *Vereine* y las *Verbindungen*, sobre todo, reciben á los estudiantes extranjeros que acaban de completar sus estudios en Alemania. La mesa se compone del presidente ó *Senior*, del instructor ó *Zorro mayor*, del secretario y del tesorero, que son nombrados cada semestre.

El estudiante que, ya para conocer su país, ya para apreciar los diversos métodos de los grandes profesores, ejecuta durante su trienio, su vuelta de Alemania, está seguro de encontrar en todas partes simpática acogida, porque el alemán es, por gusto, viajero, turista, no siendo este espíritu excursionista el que menos ha contribuído á la unificación de Alemania. El estudiante, al dejar su provincia, la lleva en su acento; pero, aunque le den broma por su modo de pronunciar tal ó cual letra, no teme frecuentar otras provincias, pues las antiguas antipatías de los Estados rivales se han fundido en la comunidad persistente de victorias y de desgracias, de que ha brotado la nacionalidad alemana.

Esta rica variedad de corporaciones, implica el pequeño número en cada una de ellas, circunstancia importantísima, porque así, el presidente puede ejercer mejor su autoridad. Cada asociación tiene su *Kneipe*, es decir, un local especial,

suntuoso ó modesto, donde sus miembros se reúnen para discutir sus intereses comunes, cantar, fumar é ingerir innumerables bocks de cerveza. En principio, hay cada semana dos reuniones oficiales y obligatorias: el *Convent*, especie de parlamentillo, al que asisten sólo los miembros activos, y la *Kneipe*, á la que asisten los miembros activos con los *filisteos* y *huéspedes*. Además, todos los domingos y días de fiesta, antes de medio día, los *Vereinsbrüder* se reúnen para tomar juntos las *Frühshoppen*, ó, como si dijéramos, el aperitivo. La asistencia á estas reuniones es absolutamente obligatoria, so pena de multa y hasta de expulsión. Como si todas estas reuniones no fueran bastantes, los comités buscan pretextos para convocar á los *Vereinsbrüder* casi todas las noches; ya con motivo de la recepción de los *Füchse*, de la promoción de los *Burschen*, de la marcha de un miembro que se hace *filisteo*, de la visita de un huésped extranjero, de la recepción de profesores, de la noche de Navidad, Carnaval, etc. ¿Qué decir de las largas tardes de los domingos aprovechadas para visitar en corporación los alrededores de la ciudad, á condición, por supuesto, de terminar la excursión en un restaurant, donde celebrar una nueva sesión de la *Kneipe*?

Como se ve, el carácter de la reglamentación de estos *Korps* y de estas *Vereine*, es la disciplina, y su consecuencia es sacar al estudiante de su soledad, para continuar la vigilancia del Gimnasio, para solidarizarlo. El estudiante del Instituto sueña con los banquetes y los duelos de la Universidad, y al dejarla, volverá á su casa resuelto á continuar las tradiciones de su familia y de su patria, tanto ó más que á consagrarse á la ciencia. En las *Mensur* ó duelos, de las que á veces hay veinte en una mañana, se adquiere el respeto á la fuerza y á la destreza, y el espectáculo del combate con su estrepitosa conclusión de coches y caballos, llevando al galope combatientes y testigos entre chasquidos, cantos y juramentos, no es de los menos propios para formar hombres viriles, aunque brutales; poco después se ven los heridos paseando por

las grandes calles de la ciudad, arrogantes y provocativos, sus gloriosas cicatrices, entre las miradas de las rubias alemanas. El tipo del estudiante espadachín es muy conocido en Alemania; se le teme y se le admira, y todos los años se muestra á los jóvenes *Füchse*, los campeones de la tizona, citándose el ejemplo de una *Landmanschaft* de Jena, que, contando sólo con diez y seis estudiantes, halló medio, en cuatro semanas, de resolver por las armas más de doscientas disputas, *record* que los fastos universitarios han registrado con devoción.

Un magistrado alemán, á quien Moine decía que esas copiosas sangrías eran una tradición bárbara, respondió sencillamente: «Esas copiosas sangrías tienen un fin que no notáis; son, ante todo, una escuela de resistencia al dolor. No digo una escuela de bravura, porque en la *Mensur* no se arriesga la vida; pero el *Bursch* no se deja hendir el cráneo, cortar la nariz, romper los dientes y acuchillarse las mejillas sin sufrir; sufre, y, so pena de verse excluído de la asociación, ó por lo menos, de verse momentáneamente privado de la gorra con los colores del Korps, no debe quejarse del golpe que acaba de recibir, ni siquiera pestañear.» Este modo de ver las cosas explica que hombres como Jacobo Grimm, aboguen por la conservación de la *Mensur*, defendida por el historiador Treitschke, por el moralista Paulsen, por el teólogo Schrempf y por el mismo emperador. Un médico, hoy muy pacífico, pero que en otro tiempo fué presidente de un Korps, se complacía en contar sus hazañas con placer: «El honor de nuestro Korps es para nosotros algo sagrado; por él luchamos, por él estamos dispuestos á sacrificar hasta nuestra vida. Y no es más que justicia; porque nuestro Korps nos ha preparado para las luchas futuras de la existencia, enseñándonos la bravura, la energía, la virilidad intelectual y moral. Serían insensatos y criminales quienes no le otorgasen su gratitud. Hay el honor del Korps, como hay el honor del sabio, como hay el honor comercial.—Pero ¿en qué consiste el honor del Korps?, preguntó Moine.—Es difícil que los franceses, respondió el

médico, comprendan eso. El honor es el honor, como ha dicho Lessing.»

El estudiante alemán, en lugar de instalarse, como el parisién, en un *hotel garni*, alquila un cuarto en una familia burguesa ó en casa de un profesor, que le cuesta de quince á treinta y cinco marcos, y se alimenta por poco dinero, ya en la *Kneipe*, ya en un restaurant vegetariano, ya en casa de una viuda pobre, cuando no come, como es frecuente, con la familia en cuya casa vive. De aquí que no puede introducir en su casa sociedad dudosa, y tiene en cambio la probabilidad de encontrar cordialidad y agrado, y á veces hasta una novia. Esta hospitalidad ejerce en la moralidad del estudiante indiscutible influencia; si á esto se agrega la severidad de los reglamentos de policía, en lo relativo á la licencia de las calles, el gusto innato del estudiante alemán por las excursiones y el gran compañerismo entre los jóvenes de ambos sexos, se comprende la diferencia entre las costumbres del estudiante alemán y el francés.

La juventud universitaria alemana, sin embargo, se halla como todo, en crisis. Los estudiantes alemanes pueden dividirse hoy en dos grupos casi iguales: de un lado, las asociaciones de que hemos hablado; de otro, los estudiantes no incorporados, que no sólo no figuran en esas asociaciones, sino que protestan contra ellas, y preparan el manifiesto de la Universidad del porvenir. Antes, estos estudiantes sueltos, detestados por sus compañeros, implacablemente excluidos de todas las fiestas universitarias, privados hasta de las honras fúnebres concedidas á todos los demás, y señalados con los mote desagradables de *Finken*, *Wilden*, *Kameele*, *Brummler*, *Mucker*, *Profanen* y *Obskuranten*, eran recibidos en todas partes con desprecio. Hoy las cosas han cambiado bastante. Los *Finken*, que desde 1841 habían concebido en Jena la idea de una agrupación contra la coalición opresora de los *Korps* y de las *Vereine*, han llegado poco á poco á prosperar, y en los períodos de 1882 á 85, de 1887 á 92, y sobre todo desde 1896, con

motivo del xxv aniversario de la formación del Imperio, á adquirir una organización que, reconocida oficialmente, les permite luchar de potencia á potencia con las corporaciones antiguas. En 1900 apareció la *Deutsche Freie Studentenschaft* como federación nacional de las *Finkenschaften*, y desde entonces, igualadas las fuerzas, no es difícil prever cuál será la solución. Obsérvese, sin embargo, que á pesar de su lucha contra la tradición, las *Finkenschaften* han tenido que apelar á una organización y á unos medios de vivir semejantes á las de las antiguas corporaciones, y no son, en definitiva, sino otra asociación más que ha concluído con la clase de estudiantes sueltos, hoy agrupados en ella.

FILOLOGIA

CÓMO DEBE LLAMARSE Á LA MUJER CASADA.—El tema es curioso, y lo trata en *Nuevos Rumbos*, interesante revista mensual de Dolores (Argentina), Juan B. Selva, erudito filólogo cuyo nombre no es desconocido de nuestros lectores.

Cuando un hombre casado habla de su mujer, ¿cómo debe llamarla: *mi mujer*, *mi esposa* ó *mi señora*? Si se atiende al uso corriente, es seguro que el mayor número de votos lo obtiene *mi señora*. Hasta el más infeliz de los maridos que ruedan por estos mundos de habla castellana, se siente muy satisfecho, como dice con razón Selva, cuando se le ofrece la oportunidad de decir, hablando de su media naranja, *mi señora*; y parece que lo dice hasta con cierto orgullo, como dándose humos de incienso. ¿A quién no le ha ocurrido, viviendo en Madrid, tropezar con un portero ó con un zapatero de viejo, y hasta con un mendigo, que se llenan la boca de *mi señora*, como si se tratara de la princesa de los Ursinos?

Los hechos, sin embargo, son los hechos, y en esta materia el hecho es que la generalidad de los maridos hablan de su *señora*. Pero ¿cómo se explica que al dirigirse por escrito á una

mujer cualquiera, muchas veces desconocida, se la trata de *muy señora mía*, ó *mi distinguida señora*? ¿Y por qué la mujer hablando del marido, nunca dice *mi señor*, aunque dirigiéndose en carta á un hombre la encabece con la fórmula de *muy señor mío*? Si la voz *señor*, *señora* implicara la existencia del vínculo matrimonial, no podría emplearse en esos tratamientos, y no implicándolo, no se ve bien la razón de la preferencia de su empleo para indicar la relación conyugal de la mujer con el marido, sin la recíproca del marido con la mujer.

Selva hace, á este propósito, una pregunta muy atinada: ¿Podrá acaso resentirse un marido por oír á otra persona departir con su mujer, llamándola *mi señora*? Supongamos que la diga: «Pero, *mi señora* (ó *señora mía*), ¿cómo puede usted creer?...» Quien tal dijera, no sólo no podrá ser tachado de atrevido ó de insolente, sino que, sobre expresarse en buen castellano, pasaría por fino y cortés, aunque el marido pusiera mala cara, y aunque retozara por los labios de los oyentes maliciosos la más burlona de las sonrisas.

La palabra *señora*, encierra ideas de consideración, cortesía y respeto, y el *mi* que se le antepone contribuye á que el tratamiento sea más afable y cortés. Si se dijera *mi esposa* ó *esposa mía*, *mi mujer* ó *mujer mía* á la mujer de otro, habría materia para aspavientos; pero el *mi*, antepuesto á *señora*, pierde ese valor posesivo, para convertirse en una especie de partícula superlativa, que se pierde por completo en la significación del sustantivo, aunque no llegue á la fusión perfecta del *mon*, *ma* francés, en *monsieur*, y *madame*. El *misiá* argentino es una contracción de *mi señora* (*señora*, *señá*, *seá*, *siá*), que, según Cuervo, aparece en Venezuela y Chile en la forma *mi seá*, y en Bogotá, Chile y Río de la Plata en la forma *mi siá*, como en castellano vulgar se dice *señá*, y en gallego *mi siá*.

Recurriendo á Cervantes, apunta Selva el valor que en el Quijote se da á *mi señora*, según los casos. «Déjeme á mí el cargo, dice Sancho, que yo diré á *mi señora* (Dulcinea) que vuesa merced se las daba (las calabazadas) en una punta de

peña más dura que la de un diamante» (1.^a P., XXV).—«Pero querría yo saber de la señora, *mi señora* doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene» (2.^a XXXV).—«Tenga paciencia *mi señora* Dulcinea, que cuando menos se cate, me verá hecho una criba de azotes» (2.^a LIX).—«La honestidad y continencia, dice Sansón Carrasco, en los amores tan platónicos de vuesa merced y de *mi señora* doña Dulcinea del Toboso...—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con don á *mi señora* Dulcinea» (2.^a III). Hablando Don Quijote con el Duque, le dice: «Como quiera que yo me halle, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de *mi señora* la Duquesa, digna *consorte vuestra* y digna *señora* de la hermosura y universal princesa de la cortesía.—Pasito, *mi señor* Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está *mi señora* doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras hermosuras» (2.^a XXX).—«Ora estéis, *señora mía*, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del Tajo.» «Merced á la sin par belleza de *mi señora* Dulcinea del Toboso» (2.^a, XLVIII).—Hablando don Luis con el oidor, le dice: «Señor mío, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra *vecindad* que yo viese á *mi señora* doña Clara, hija vuestra y *señora mía*, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no lo impide, en este mismo día ha de ser mi esposa» (1.^a, XLIV).—Cardenio, por su parte, dice á su prometida Luscinda: «Si el piadoso cielo gusta y quiere que yo tenga algún descanso, leal, firme y hermosa *señora mía*, en ninguna parte, creo yo, que lo tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben» (1.^a, XXXVI).

En todos los clásicos se encuentra el tratamiento *mi señora* con el mismo sentido que en Cervantes, y con idéntico significado se conserva hasta hoy en toda España, aunque también se usa *mi señora*, para designar á la suegra ó madre política. Este uso, sin embargo, sólo es corriente entre la gente baja de

las ciudades, y en los pueblos rurales. Como se ve, el término *señora*, no es el que mejor cuadra en boca del propio marido cuando habla de su mujer. El que uno llame á su costilla *mi señora*, implica cierta ponderación y cierto estiramiento ó cortesía, que no se aviene con la confianza que debe existir entre los cónyuges. Hay en ello algo de afectación y hasta de inmodestia, que choca con el buen gusto.

El tratamiento más apropiado, aunque parezca vulgar, es *mi mujer*. Rivodó, en sus *Voces nuevas*, lo recomienda diciendo que *mujer* es voz del alma. Y verdaderamente que, reparando en la etimología (*mulier*, muelle, suave, dulce) es lástima tener que aplicarlo á esas arpías y á esas desgraciadas que nada tienen de dulce ni de suave. Es sensible que el desgaste del término *mujer* haya llegado al extremo de darle un sentido peyorativo que lo envilece, y que explica que haya señoritingas que al ser llamadas mujeres, hayan respondido con indignación, como cuenta Selva: «No somos mujeres, ¿sabe?» ¡Ignorantes!

El interrogatorio consagrado para sellar ante Dios y ante la ley el solemne acto del matrimonio, encierra esta pregunta: «¿Quiere por *esposa y mujer* á doña Fulana?» Aquí hay una redundancia; pero se ve que la ley consagra la palabra *mujer* para expresar el sujeto femenino del pacto matrimonial. Veamos en el *Quijote* la significación de *mi mujer*: Sancho dice en la 2.^a Parte, capítulo XXXVI: «Yo tengo escrita una carta á *mi mujer* Teresa Panza.» Después, siendo ya Gobernador de la Ínsula Barataria, dice en el capítulo XLVII: «Le suplico no se olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío á *mi mujer* Teresa Panza.»

En España es bastante corriente, entre la gente culta sobre todo, decir *mi mujer*, y sólo cuando se habla con inferiores se dice *la señora* ó *la señorita*, según la edad. Hablando de la mujer de la persona á quien se dirige la palabra, es preferible decir *la señora*: «¿Y su señora, cómo está?» Puede también decirse: «¿Y mi señora doña Fulana, está bien?» Pero esta fórmu-

la, aunque elegante, resulta afectada y cómica. En América, por lo que dice Selva, cunde el tratamiento de *mi señora*, amenazando con invadirlo todo.

Más precisa es la fórmula de *mi esposa*, pero es menos sencilla y natural, y en España puede calificarse de cursi. En cuanto á *mi consorte* y *mi cónyuge*, son variantes jurídicas que no tienen apenas aplicación en el habla familiar. En cuanto á las fórmulas de *mi media naranja*, *mi costilla*, *mi cara mitad*, son expresiones familiares de empleo muy limitado. Entre el pueblo, sobre todo en el campo, se usa bastante la fórmula de *mi parienta*, hablando de la mujer propia, y *la parienta*, de la ajena. Selva agrega á estas expresiones la de *mi vieja*, que dice muy criollo y muy campechano; *mi negra*, que no se sabe si se refiere á la esposa, á la madre, á la abuela ó á la suegra, y *mi china*, término expresivo que usa el *compadrito* para nombrar á su compañera, términos todos ellos corrientes en la América española.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA EDUCACIÓN DE LOS COMPOSITORES.—En todas partes cuecen habas. La educación de la juventud que frecuenta nuestro Conservatorio de Música y Declamación, es deficientísima en lo que concierne á cultura general. Pero en Francia, á juzgar por lo que dice en *La Grande Revue* Rogelio Ducasse, no andan, en ese punto, mejor que nosotros. En cuanto un padre supone que su hijo tiene vocación para la música, no se le habla ya de otra cosa; se desprecia toda la enseñanza primaria y secundaria, y se cree que con saber leer, escribir y contar tiene el niño de sobra. ¿Qué resulta? Que á los veinte años el joven se presenta al concurso de Roma; el tema es, y por fortuna no de los menos apropiados, una cantata sobre el amor de Diana y Endimion. Es la primera vez que estos nombres suenan en sus oídos: ¡qué apuro! ¡Endimion!... ¿Es él ó ella? Otra vez, el

texto del coro exigido en el examen de eliminación, era un canto á la Canícula. ¡Jamás se había pronunciado esta palabra en la clase de solfeo, contrapunto y composición! ¿Qué hacer? En el Conservatorio no hay Diccionario francés. El aspirante ignorante se informa de un compañero grave y erudito, y éste le enseña que en latín *canis* quiere decir perro, y *caniculus* perrito; era, pues, evidente que había que escribir una danza de perritos al sol.

En estas condiciones, ¿cuál puede ser la interpretación de una obra maestra ni la composición sobre ningún tema erudito? Todo se reduce á la mayor ó menor perfección en el manejo del teclado. Beethoven, Schumann, Chopin, Listz, no tienen la misma alma, sus obras no están escritas bajo la misma impresión. Y si se ignora el sentimiento que las ha hecho nacer, ¿cómo se las ha de comprender y traducir? ¿Qué diferencias y qué analogías existen entre la *Appassionata* y el *Opus 106*, de Beethoven? ¿Y entre las sonatas en sí bemol menor y en sí menor de Chopin? ¿A qué época y á qué fase moral de la vida de estos dos genios corresponden? El dolor ha acompañado la existencia de Beethoven, de Chopin, de Schumann; pero este dolor no es siempre el mismo. ¿Sabe alguno de vosotros, ¡oh pianistas!, lo que es una balada? Bien se veía, en la interpretación que dábais el año último á la cuarta balada, que todos lo ignorábais. De seguir así las cosas, podrá haber tocadores de piano más ó menos hábiles, y arregladores de notas más ó menos expertos, pero no habrá ni verdaderos intérpretes ni compositores.

*
* *

EL SUEÑO Y LA VIGILIA.—¿Pueden distinguirse objetiva é infaliblemente, los estados de vigilia y de sueño? Drewitt trata esta cuestión en el *Mind*. El sentido común cree que el mundo exterior existe, tal como se nos aparece cuando estamos despiertos. Entre el estado de vigilia y el de sueño, establece una separación absoluta, y supone que estos dos estados

pueden distinguirse uno de otro, con toda seguridad, por medio de un criterio objetivo é infalible. No opinan así los filósofos.

Drewitt discute los diversos criterios, propuestos hasta el presente, y trata de demostrar su inanidad. Ninguno de ellos consiente la distinción absoluta entre la vigilia y el sueño, ni autoriza á nadie para estar seguro, en absoluto, en un caso dado, de que no sueña. Se afirma generalmente, que entre ambos estados existe una diferencia de vivacidad, y que los fenómenos psicológicos más intensos son los de la víspera. Pero todo el mundo sabe, y los poetas lo han repetido, que las sombras de la noche traen consigo el terror, y nadie puede negar la intensidad de esos espantos nocturnos. Hay pesadillas espantosas, y las reacciones que provocan llegan frecuentemente á despertar al que duerme, y aun cuando esté despierto, no puede arrancarse á la obsesión del recuerdo. Es decir, que nuestro espíritu puede estar tan agitado durante el sueño como durante la vigilia, y que la intensidad y vivacidad de las impresiones no sirve de criterio para distinguir un estado de otro.

Según otra teoría, el sueño estaría caracterizado por la incoherencia; pero esta inconexión se encuentra también á veces en los estados de vigilia, y no es necesariamente constante en los sueños. Los detalles de los sueños, por otra parte, como, por ejemplo, el aspecto del paisaje, tienen frecuentemente una limpieza, una precisión, una especie de evidencia inmediata, que no se encuentran fácilmente en el estado de vigilia. Hay sueños que se desarrollan con lógica y continuidad, y hay vigilias llenas de incoherencia y de contradicciones.

Puede decirse que al despertarnos tenemos conciencia de un cambio súbito, lo que prueba la existencia de dos estados diferente; pues el estado en que nos hallamos hoy, después de despertarnos, concuerda con el en que estabámos ayer por la mañana, y forma, con el día de ayer, un todo coherente; mientras que el estado de sueño de que salimos se nos presenta aislado, sin conexión con el día de ayer, ni con el de hoy. Pero este criterio no es infalible: un hombre que duerme, puede soñar que

está despierto, y sabido es que hay series de alucinaciones y sueños que se enlazan de una noche con otra.

No hay, pues, ningún criterio aplicable á todos los casos, si sólo consideramos al individuo. ¿Estará la solución en la concordancia de las conciencias individuales? Aun aquí las dificultades no faltan. Podemos soñar, no sólo de nosotros, sino de otras personas. Y dos individuos pueden tener sueños que coincidan; por otra parte, no hay afirmación ninguna que tenga el asentimiento universal, y el asentimiento de un grupo, por muy amplio que sea, puede resultar de una comunidad de prejuicios ó de un acuerdo arbitrario.

No hay, como se ve, teoría ninguna completamente satisfactoria. No hay de cierto más que dos hechos que esperan todavía su justificación teórica. En el estado de vigilia, podemos soñar: en medio, por ejemplo, de una reunión de amigos, y oyendo el ruido que nos rodea, pensamos que leemos un pasaje de Homero, y tratamos de comprender el sentido de tal ó cual palabra; el estado de vigilia es entonces el continente, y el sueño el contenido; estando despierto, tengo conciencia á la vez de que sueño y de que estoy despierto. En el sueño no hay conciencia de esta diferenciación. He ahí la primera diferencia. En segundo lugar, cuando nos despertamos, notamos claramente un contraste; pero cuando nos dormimos, no sentimos necesariamente un cambio. Sobre estos hechos indiscutibles, no hay más que construir una teoría.

*
*
*

EL PAPEL DE LA ALTURA EN EL RITMO.—En la *Psychological Review*, trata Herberto Woodrow de las condiciones del ritmo conforme al método experimental. Se ha estudiado ya la intensidad relativa de las series de excitaciones que producen la conciencia del ritmo, su duración relativa y absoluta y su altura. Para ello se presenta á los sujetos una serie de sonidos más largos, más intensos ó de distinta calidad unos que

otros, haciéndoles analizar y explicar sus impresiones sobre esta serie, y especialmente sobre el modo con que los sonidos parecían estar agrupados. Con este método se trataba de determinar las relaciones de ciertas excitaciones exteriores y de las impresiones conscientes correspondientes. Así se han podido corregir algunos errores cometidos por los observadores precedentes. Bolton, por ejemplo, cree que si se hacen oír sucesivamente dos sonidos, el segundo más largo y más agudo que el primero, el grupo de dos miembros así formado en la conciencia del sujeto, termina generalmente por el sonido segundo; pero la experiencia enseña que en este caso se puede tener la percepción de un ritmo fuertísimamente trocaico, en que el sonido más largo y más agudo es el que comienza el grupo; todo depende de la cantidad de los factores puestos en juego (duración, intensidad). Del mismo modo, Squire afirma que la altura es, para la mayoría de los sujetos, un factor del ritmo, cosa contradicha por los experimentos de Woodrow. No hay que mirar la altura, la intensidad y la duración, como factores intercambiables. La intensidad del sonido obra sobre el principio del grupo; su duración, sobre el fin; pero la altura no produce ni un efecto ni otro.

*
* *

MUSSET, EL HIJO DEL SIGLO.—Musset es uno de los nombres que no mueren: se le quiere siempre porque ha querido mucho. Pasa por ser el poeta del amor, y no ha vivido, en efecto, más que para el amor; pero á la manera de los jóvenes. Los jóvenes, de ordinario, no aman; se aman al amar, y por eso es el amor tan vivo en esta edad, como dice en *La Grande Revue* Ives Scantrel. A los veinte años se puede morir de amor, como de una tifoidea; pero aun muriendo de amor, no se ama. Una naturaleza sana quiere siempre vivir y se consagra á sí misma, y en el amor joven, una vida que lo consagra todo, quiere obtenerlo todo de otra. La pasión es diferente; la pasión es

una locura, y ante todo, una voluntad de no ser, un furor de crear un sitio único donde sepultar todo el universo, donde abdicar uno de sí mismo. La pasión es rara en toda edad; pero más rara á los veinte años que á los treinta. Musset es un joven caballero de la Regencia, inclinado, por su desgracia, á la pasión de amor; poco hecho, naturalmente, para la pasión, estaba demasiado bien dotado para el placer. Había en él madeira de *mignon* y de *roué*. Con menor talento, hubiera sido un lindo amante de Manon; pero no ha sido más que una víctima de Rousseau.

Musset nunca ha tenido más de veinte años; es un Querubín poeta. Se oculta bajo las faldas de su madrina, y no es ciego. Se lanza en el parque de los alejandrinos, y parece un príncipe acabado. Es lindo de ver, lindo de oír. Tiene las caderas redondas, las manos blancas, el pie fino, un rostro tierno de cabra rubia; aquellos ojillos redondos, malignos, guasones, chispean con las llamas que enciende el vientre del macho cabrío. Menos la barba, sería afeminado; pero tiene la barba clara y sedosa, y no habla más que en verso. Todos los jóvenes de su siglo han soñado con ser aquel joven. Más tarde, ya en la tristeza, Musset no tiene todavía aire de hombre, sino una cabeza de carnero viejo, harto de aburrimento y de asco, con bolsas en las mejillas, el labio colgando y la mirada triste.

En el tiempo de la primavera, en que brota una apariencia de poesía en todos los hombres, se quiere á Musset como los jóvenes del 30 han querido á Rousseau y á Byron. La mayor parte de los jóvenes, hombres y mujeres, que leen los versos de Musset, no tienen más de catorce años, y ese es su triunfo. Sus versos son todo lo que desea el adolescente. Musset es el Byron de París, menos áspero, más sensible; el inglés con humor negro, el francés con humor galante. Ambos nacidos para escribir en prosa, atrevidos en el sentir y en el fondo muy tímidos. Con gusto timorato en poesía, el uno parece rugir al tomar el tono de Pope, y el otro no olvida nunca á Molière cuando se emancipa. Iguales en pobreza de ideas, pero igua-

les también en elocuencia al servicio de algunos lugares comunes. Uno aspirando á Caín, á maldito, á demonio en lucha con los dioses; otro echándolas de Don Juan, de libertino, de réprobo del amor y de las mujeres. Casados juntos en la ciudad de la poesía, donde los sexos son ambiguos, Byron sería el hombre y Musset la mujer.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

por orden alfabético de autores
de los artículos publicados en «La España Moderna»
durante el año de 1911.

- ALONSO CORTÉS (Narciso).—*Dos escritos de Quevedo*. Febrero, página 90.
- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Una excursión por Santiponce: En las ruinas de Itálica*. Junio, pág. 73.—*Itálica: El misterio de su destrucción y su ruina*. Setiembre, pág. 5.—*Itálica: Dolorosas vicisitudes de sus ruinas*. Octubre, pág. 92.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 178; Febrero, pág. 172; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 174; Mayo, pág. 179; Junio, pág. 157; Julio, pág. 164; Agosto, pág. 157; Setiembre, página 179; Octubre, pág. 177; Noviembre, pág. 163; Diciembre, página 159.
- AUGELLIER (Augusto).—*Parnaso internacional: Las caricias de los ojos*. Abril, pág. 65.
- BALLESTEROS (Pío).—*Las Conferencias Panamericanas*. Febrero, página 5.
- BÉCKER (Jerónimo).—*Las Memorias de la Condesa de Espoz y Mina*. Enero, pág. 78.
- CÁCERES PLÁ (Francisco).—*Moros y moriscos en el siglo XVI*. Agosto, pág. 5.
- CAMBRONERO (Carlos).—*Las Cortes de Isabel II: Crónicas parlamentarias*. Enero, pág. 36.—*Las Cortes de la Revolución: Crónicas parlamentarias*. Abril, pág. 109; Mayo, pág. 5; Junio, página 28; Julio, pág. 80; Agosto, pág. 32; Setiembre, pág. 26; Octubre, pág. 62; Noviembre, pág. 34.
- CASCALES Y MUÑOZ (José).—*Carolina Coronado, su vida y sus obras*. Abril, pág. 40.
- CAZALIS (Enrique).—*Parnaso internacional: El sabio*. Enero, página 76.

- CEJADOR (Julio).—*Estructura del lenguaje*. Marzo, pág. 66.
- CUBILLO (Leandro).—*La construcción del material de guerra en España*. Setiembre, pág. 55; Octubre, pág. 31.
- DOÑA MARINA (El Conde de).—*Los «Anuarios» del Instituto de Estudios catalanes*. Abril, pág. 67.
- DORADO (Pedro).—*Un Derecho penal sin delito y sin pena*. Enero, página 96.—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 201; Junio, página 194; Agosto, pág. 199.
- ECHEGARAY (José).—*Recuerdos*. Enero, pág. 66; Febrero, pág. 23; Marzo, pág. 56; Abril, pág. 22; Mayo, pág. 44; Junio, pág. 64; Julio, pág. 22.
- FITZMAURICE KELLY (Jaime).—*Relaciones entre las literaturas española é inglesa*. Marzo, pág. 81.
- FUENTES (Anselmo).—*Historia de España*. Febrero, pág. 33.
- GARRONE (Marcos A.).—*España fuera de España: El Orlando furioso considerado como fuente del Quijote*. Marzo, pág. 111.—*España fuera de España: El asno de Carlo Dottori y el Quijote*, Agosto, pág. 60.—*El Don Quijote siciliano y el Don Quijote español*. Setiembre, pág. 132.
- GAY (Vicente).—*La América Moderna*. Enero, pág. 156; Febrero, página 107; Marzo, pág. 148; Abril, pág. 139; Mayo, pág. 159; Junio, pág. 123; Julio, pág. 116; Agosto, pág. 130; Setiembre, página 77; Octubre, pág. 158; Noviembre, pág. 127; Diciembre, página 105.
- GOTA (Antonio).—*El renacimiento de la antigua magia*. Febrero, pág. 47; Marzo, pág. 35.
- GRANDMOUGIN.—*Parnaso internacional: Una luz en las tinieblas de la noche*. Julio, pág. 113.
- GUERRA (Angel).—*Literatura contemporánea: Selma Lagerlof*. Enero, pág. 117.—*Walt Whitman*. Junio, pág. 5.
- HAAG (Pablo).—*Parnaso internacional: Otoñal*. Mayo, pág. 54.
- HEROLD (Andrés Fernando).—*Parnaso internacional: Bertila*. Abril, pág. 66.
- HUGO (Victor).—*Parnaso internacional: Ya nos llama la hermosa primavera*. Febrero, pág. 45.
- LACAUSSE (Augusto).—*Parnaso internacional: Fantasia*. Julio, página 112.
- LAFOND (Pablo).—*España fuera de España: Avila*. Abril, pág. 33.—*Algunos retratos de familiares de Santa Teresa*. Noviembre, página 150.
- LAGERLOF (Selma).—*La leyenda de la rosa de Navidad*. Enero, pá-

- gina 138.—*La leyenda de una deuda*. Febrero, pág. 166.—*El esclavo de su finca*. Marzo, pág. 163; Abril, pág. 75; Mayo, pág. 58.—*Corazones generosos*. Junio, pág. 90; Julio, pág. 31.—*Astrid*. Agosto, pág. 74.
- MAYER (Augusto S.).—*España fuera de España: La Colección Lázaro en Madrid*. Setiembre, pág. 73.
- NOGARO (Bertrand).—*España fuera de España: El problema del cambio español*. Febrero, pág. 76.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Algunas noticias acerca de la historia del chocolate*. Diciembre, pág. 149.
- OVEJERO (Eduardo) *La crisis de la Iglesia Romana*. Mayo, pág. 94.
- PALOMEQUE (Alberto).—*Recuerdos de Sarmiento: Sus viajes en Africa*. Diciembre, pág. 41.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*El mayoral del Felibrige y Mestre del gay saber, Teodoro Llorente y Olivares*. Agosto, pág. 101.—*Carlos II, rey de España, y su corte*. Noviembre, pág. 5.
- PÉREZ MARTÍN (Arturo).—*La inmensa Hispania* Enero, pág. 5.
- POSADA (Adolfo).—*De Buenos Aires á La Plata*. Julio, pág. 5.—*En la Argentina: Ante el socialismo*. Octubre, pág. 5.—*El socialismo argentino: Su razón de ser. En Buenos Aires*. Diciembre, pág. 21.
- REGNIER (Enrique de).—*Parnaso internacional: Ciudad de Francia*. Marzo, pág. 145.
- RODA (Cecilio de).—*El año musical*. Marzo, pág. 5.
- ROURE (Narciso).—*Actualidad é importancia del pensamiento de Balmes*. Mayo, pág. 117.
- SÁNCHEZ DE OCAÑA (Rafael).—*La leyenda de Salomé*. Marzo, página 26.
- SÁNCHEZ ROJAS (José).—*Salamanca*. Julio, pág. 143.
- SELVA (Juan B.).—*El arcaísmo en la Argentina*. Julio, pág. 143.
- TAXONERA (Luciano).—*De la leyenda...: El hijo del trueno*. Abril, página 5.
- TURGUENEFF (Ivan S.).—*El canto del amor triunfante*. Diciembre, página 123.
- TWAIN (Mark).—*Espléndido legado*. Febrero, pág. 130.
- UNAMUNO (Miguel de).—*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Diciembre, pág. 5.
- VACQUERIE (Augusto).—*Parnaso internacional: Después*. Junio, página 62.
- WADLEIGH CHANDLER (Frank).—*La novela picaresca en España* Setiembre, pág. 105; Octubre, pág. 137; Noviembre, pág. 93; Diciembre, pág. 71.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos,</i> por Miguel Unamano.....	5
<i>El socialismo argentino: su razón de ser,</i> por Adolfo Posada.....	21
<i>Recuerdos de Sarmiento, Presidente de la Argentina, sacados de</i> <i>sus escritos: Sus «Viajes»,</i> por Alberto Palomeque....	41
<i>La novela picaresca en España,</i> por Frank Wadleigh Chandler....	71
<i>La América Moderna,</i> por Vicente Gay.....	105
<i>El canto del amor triunfante,</i> por Ivan Turgueueff.....	123
<i>Algunas noticias acerca de la historia del chocolate,</i> por Joaquín Olmedilla.....	149
<i>Revista de Revistas,</i> por Fernando Araujo.....	159
<i>Índice por orden alfabético de autores.....</i>	193

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
513-514. Aguanno. —La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15	54 — Eugenia Grandet.	3
176 — La Reforma integral de la legislación civil..	4	112 — La Quiebra de César Birotteau.	3
177 Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly.	3	62 — Papá Goriot.	3
315 Amiel. —Diario íntimo..	9	76 — Ursula Mirouet.	3
178 Anónimo. —¿Académicas?	1	2 Barbey d'Aurevilly. —	
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	El Cabecilla.	3
327-328 Antoine. —Curso de Economía Social, 2 vols.	16	12 — El Dandismo y Jorge Brummel.	3
183 Araujo. —Goya.	3	131 — La Hechizada.	3
180 Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	120 — Las Diabólicas.	3
182 — El Derecho de gracia.	3	124 — Una historia sin nombre.	3
181 — El Visitador del preso.	3	110 — Venganza de una mujer.	3
323 Arnó. —Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.	7	495 — Barthelemy -Saint-Hilaire. —Buda y su religión.	7
114 Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	130 Baudelaire. —Los paraísos artificiales.	3
172 Asensio. —Fernán Caballero.	1	163 Becerro de Bengoa. —	
39 — Martín Alonso Pinzón.	3	Trueba.	1
184 Asser. — Derecho Internacional privado.	6	174 Bergeret. —Eugenio Mouton (Merinos)	1
368 Bagehot. — La Constitución inglesa.	7	353 Boccardo. —Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.	10
391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.	4	311 Boissier. —Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.	8
416 Baldwin. —Elementos de Psicología	8	380 — La Oposición bajo los Césares.	7
111 Balzac. —César Birotteau	3	169 Bourget. —Hipólito Taine.	0,50
		395 Bréal. —Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).	5

N.º del Catál.º	Pesetas
447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2
484 Brooks Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
505 Bryce. — La República Norteamericana, tomo I	7
367 Bunge. — La Educación..	12
185-186 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
187 Buylla. — Economía.....	12
36-37 Campe. — Historia de América (dos tomos)..	6
156 Campoamor. — Cánovas.	1
79 — Doloras, cantares y humoradas.	3
69 — Ternezas y flores.....	3
317-354-371 Carlyle. — La Revolución francesa (tres tomos).	24
393 — Pasado y presente....	7
189 Carnevale. — La cuestión de la pena de muerte..	3
102 Caro. — Costumbres literarias.....	3
140 — El Derecho y la fuerza.	3
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65 — El suicidio y la civilización.....	3
363 — La filosofía de Goethe	6
293 Castro. — El libro de los galicismos.....	3
394 Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15
437 Comte. — Principios de Filosofía positiva.....	2
64 Coppée. — Un idilio.....	3
404 Couperus. — Su Majestad.	3
361 Champcommunal. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
515 Chassay. — Los deberes de la mujer en la familia.	3
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.. ..	3

N.º del Catál.º	Pesetas
26 — La temade Juan Tozudo	3
93 — Meta Holdeius.....	3
18 — Mis Rovel.....	3
91 — Paula Meré.....	3
297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15
59 Daudet. — Cartas de mi molino.....	3
125 — Cuentos y fantasías..	3
13-14 — Jack (dos tomos)...	6
22 — La Evangelista.....	3
38 — El sitio de París.....	3
46 — Novelas del lunes....	3
425 Dollinger. — El Pontificado	6
166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1
33 Dostoyusky. — La novela del presidio.....	3
301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..	9
402 Dumas. — Actea.....	2
340 Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
326 Emerson. — La ley de la vida	5
332 — Hombres simbólicos. .	4
413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459 — Los veinte ensayos...	7
516 Ellen Key. — El amor y el matrimonio.....	6
342 Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162 Fernán Flor. — Tamayo..	1
158 — Zorrilla.....	1
155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch	1
92 Ferrán. — Obras completas	3
42 Ferry. — Estudios de Antropología.....	3
329 Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352 Finot. — Filosofía de la longevidad.....	5
357 Fitzmaurice - Kelly. —	

<u>N.º del Catal.º</u>	<u>Pesetas</u>	<u>N.º del Catal.º</u>	<u>Pesetas</u>
			Sociología..... 10
	10	414	— Sociología inductiva. 6
24		485	Girard. —La Elocuencia ática..... 4
	3	286	Giuriati. — Los errores judiciales..... 7
390		164	Gladstone. —Lord Ma- caulay..... 1
	7	287	Goethe. —Memorias..... 5
196-197		406	Gonblanc. —Historia ge- neral de la Literatura. 6
	12	21	Goncourt. — Germinia Lacerteux..... 3
195		204	— Historia de María An- tonieta..... 7
	8	44	— La Elisa..... 3
194		61	— La Faustín..... 3
	7	129	— La señora Gervaisais.. 3
451-452		318	— Las favoritas de Luis XV..... 6
	12	6	— Querida..... 3
333		11	— Renata Mauperín.... 3
	3	358	— La Du-Barry..... 4
198-199		206	González. —Derecho usual 5
	15	282-283	Goodnow. —Derecho administrativo compa- rado (<i>dos tomos</i>)..... 14
509		207	Goschen. —Teoría de los cambios extranjeros... 7
	6	208	Grave. —La sociedad fu- tura..... 8
302-303		469, 470, 461 - 462.	Green. — Historia del Pueblo in- glés (<i>cuatro tomos</i>)..... 25
	15	209	Gross. —Manual del juez. 12
307		502	Guizot. — Abelardo y Eloísa..... 7
	9	210	Gumpowicz. —Derecho político filosófico..... 10
201		211	— Lucha de razas..... 8
	4	330	— Compendio de Sociología 9
200		212	Guyau. —La educación y la Herencia..... 8
	10	331	— La moral inglesa con- temporánea, ó sea, Mo- ral de la utilidad y de la evolución..... 12
202		471	Hailman. —Historia de la Pedagogía..... 2
	5	290	Hamilton. —Lógica par- lamentaria..... 2
507		213	Hausonville. —La ju- ventud de Lord Byron. 5
	4	324	Heiberg. —Novelas Da- nesas..... 3
98		41	Heine. —Memorias..... 3
	3	314	— Alemania..... 6
167			
	1		
132			
	3		
121			
	3		
70			
	3		
345			
	9		
421			
	5		
261			

N.º del Catal.º	Pesetas
396 Höffding.—Psicología experimental.....	9
426 Hume.—Historia de la España contemporánea..	8
412 — Historia del Pueblo Español.....	9
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4
316 Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6
43 Ibsen.—Casa de muñeca.	3
53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423 Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
217 Kells Ingram.—Historia de la Economía política.	7
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.	3
295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....	2,50
322 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres.....	6
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221 Laveleye. — Economía política.....	7
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8
220 Lange.—Luis Vives....	2,50
454 Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
319 Lemcke.—Estética.....	8
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3
321 Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8
474 Lester Ward. — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434 Lewis-Pattée. — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
222 Lombroso.—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386 — Medicina legal (<i>dos tomos</i>).....	15
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223 Lubbock. — El empleo de la vida.	3
99 — La Vida dichosa.....	3
438 Macaulay. — Estudios	

N.º del Catal.º	Pesetas
jurídicos.....	6
294 — La Educación.....	7
305-306 — Vida, memorias y cartas (<i>dos tomos</i>).....	14
460 Mac-Donald.—El criminal tipo.....	3
224 Manduca.—El Procedimiento penal.....	5
504-510 Marshall.—Tratado de Economía política, tomos I y II.....	14
225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (<i>tres tomos</i>)	22
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La Paz y la guerra...	8
410 Martín.—La Moral en China.....	4
481 Mattiolo. — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1
375 Max-Muller.—La ciencia del lenguaje	8
298 — Origen y desarrollo de la religión.....	7
366 — Hist. de las religiones.	8
455 — La Mitología comparada.....	7
160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1
152 — Núñez de Arce.....	1
284 Meneval. — María Estuardo.....	6
383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388 — Psicología (<i>dos tomos</i>).....	12
392 — Ontología.....	10
427 — Criteriología general.	9
418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..	2
118 Merimée.—Colomba....	3
133 — Mis perlas	3
450 Merkel.—Derecho penal.	10
230-231 Miraglia. — Filosofía del Derecho (<i>dos tomos</i>).....	15
296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
440-373 — Derecho penal romano (<i>dos tomos</i>).....	18
398 Mouton. — El deber de castigar.....	4
170 Molins. — Bretón de los	

N.º del Catal.º	Pesetas
Herreros.....	1
492 Morley.—Estudios sobre grandes hombres.....	5
295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10
312 Nansen.—Hacia el Polo.	6
472 Nardi-Greco.—Sociolo- gía jurídica.....	9
232 Neera.—Teresa.....	3
233 Neumann.—Derecho In- ternacional público mo- derno.....	6
490 Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
335 — Más allá del bien y del mal.....	5
336 — La Genealogía de la moral.....	3
350 — Humano, demasiado humano.....	6
370 — Aurora.....	7
405 — Últimos opúsculos...	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su som- bra.....	6
Nourrisson.—Maquiavelo....	3
355 Novicow.—Los despilfa- rros de las Sociedades modernas.....	8
365 — El porvenir de la raza blanca.....	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pre- tendidos beneficios....	1,50
473 Papini.—Lo trágico coti- diano y El piloto ciego.	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón.	1
171 — Campoamor... ..	1
151 — El P. Luis Coloma...	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1
483 Perrot.—Derecho públi- co de Atenas.....	4
161 Picón.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433 Prevost Pa- radol.—La Historia Universal (<i>tres tomos</i>)..	16
384 Quinet.—El Espíritu nuevo.....	5
235 Renán.—Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos.	6

N.º d. l Catal.º	Pesetas
56-57 — Memorias íntimas (<i>dos tomos</i>).....	6
422 Ribbing.—La higiene sexual.....	3
237-238 Ricci.—Tratado de las pruebas (<i>dos tomos</i>).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y 499.—Ricci.— Derecho civil (<i>diez y nueve tomos</i>).....	134
285 Rod.—El silencio.....	3
409 Roguin.—Las Reglas ju- rídicas.....	8
415 Roosevelt.—New-York.	4
453 Rozan.—Locuciones, pro- verbios.....	3
346 Ruskin.—Las siete lám- paras de la arquitectura	7
446-439 — Obras escogidas, (<i>dos tomos</i>).....	13
122 Sainte-Beuve.—Retra- tos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio	5
49 — Tres mujeres.....	3
512 Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discí- pulos.....	7
381 Sansonetti.—Derecho constitucional.....	9
84 Sardou.—La Perla Negra	3
240 Savigny.—De la voca- ción de nuestro siglo para la legislación....	3
242-344-372 Schopenhauer. El mundo como volun- tad y como representa- ción (<i>tres tomos</i>).....	30
241 — Fundamentos de la mo- ral.....	5
465 — Ensayos sobre Reli- gión, Estética.....	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Eudemonología.....	5
508 Scheel y Mombert.—La explotación de las rique- zas por el Estado y por el Municipio.....	4
401 Sienkiewicz.—Orso. En vano.....	2
430 Sieroszewski.—Yang- Hun-Tsy.....	2
320 Sohm.—Derecho privado romano.....	14

N.º del Catál.º	Pesetas
378 Sombart.— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....	3
256 Spencer.— De las leyes en general.....	8
247 — La moral.....	7
253 — El organismo social..	7
254 — El progreso.....	7
257 — Etica de las prisiones.	8
255 — Exceso de legislación.	7
248 — La beneficencia.....	4
246 — La justicia.....	7
260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249 — Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252 — Las instituciones políticas (dos tomos)...	12
258-259 — Los datos de la Sociología (dos tomos)....	7
250 — Las instituciones sociales.....	7
343 — Las instituciones profesionales.....	12
351 — Las instituciones industriales.....	4
488-489 Squillace.— Las doctrinas sociológicas (dos tomos).....	8
362 Starcke.— La Familia en las diferentes sociedades	10
262 Sthal.— Historia de la filosofía del Derecho...	5
341 Stirner.— El Unico y su propiedad.....	12
376-377 Stourm.— Los Presupuestos (dos tomos)..	9
475 Strafforello.— Después de la muerte.....	15
449 Stuart-Mill.— Estudio sobre la religión.....	3
291 Sudermann.— El Deseo.	4
263 Sumner-Maine.— El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	3,50
265 — Historia del Derecho..	7
264 — La guerra según el Derecho internacional.	8
266 — Las instituciones primitivas.....	4
267 Supino.— Derecho mercantil.....	7
403 Suttner.— High-Life...	12
96 Taine.— El Arte en Grecia.....	3
101 — El ideal en el Arte...	3

N. del Catál.º	Pesetas
106 — Florencia.....	3
268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa (cinco tomos)....	34
74 — La pintura en los Países Bajos.....	3
108 — Milán.....	3
103 — Nápoles.....	3
310 — Notas sobre París....	6
104-105 — Roma (dos tomos).	6
107 — Venecia.....	3
334-468-476-482-487 — Los orígenes de la Francia contemporánea (cinco tomos).....	36
359 — Los filósofos del siglo XIX.....	6
272 Tarde.— El duelo y el delito político.....	3
273 — La criminalidad comparada.....	3
271 — Las transformaciones del Derecho.....	6
500-506 — Filosofía penal, (dos tomos).....	14
339-360 Todd.— El gobierno parlamentario en Inglaterra (dos tomos).....	15
400 Tehekhof.— Un Duelo..	1
239 Thorold Rogers.— Sentido económico de la Historia.....	10
134 Tcheng-Ki-Tong.— La China contemporánea..	3
5 Tolstoy.— Dos generaciones.....	3
7 — El ahorcado.....	3
71 — El camino de la vida..	3
63 — El canto del cisne....	3
77 — El dinero y el trabajo.	3
10 — El Príncipe Nekhli..	3
81 — El trabajo.....	3
15 — En el Cáucaso.....	3
115 — Fisiología de la guerra	3
52 — Iván el imbecil.....	3
117 — La escuela.....	3
1 — La sonata á Kreutzer.	3
95 — Lo que debe hacerse..	3
48 — Los Cosacos.....	3
90 — Los hambrientos.....	3
3 — Marido y mujer.....	3
85 — Mi confesión.....	3
113 — Mi infancia.....	3
75 — Placeres viciosos.....	3
94 — ¿Qué hacer?.....	3
89 Turgueneff.— Aguas primaverales.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas	N.º del Catál.º		Pesetas
97	— Demetrio Rudín.....	3		humana.....	12
25	— El judío.....	3	356	Wilson. — El Gobierno	
123	— El reloj.....	3		congresional; Régimen	
47	— El Rey Lear de la Es-			político de los E. U...	5
	tepa.....	3	443	Willaughby.—La legis-	
8	— Humo.....	3		lación obrera en los Es-	
139	— La Guillotina.....	3		tados Unidos.....	3
16	— Nido de hidalgos.....	3	494	White.—Historia de la	
137	— Padres é hijos.....	3		lucha entre la Ciencia	
80	— Primer amor.....	3		y la Teología.....	8
304	— Tierras vírgenes.....	5	364	Witt.—Historia de Was-	
60	— Un desesperado.....	3		hington y de la funda-	
281	Uriel.—Historia de Chile	8		ción de la República de	
477	Vaccaro.—Bases socioló-			los Estados Unidos....	7
	gicas del Derecho y del		374	Wundt.—Compendio de	
	Estado.....	9		Psicología.....	9
153	Valera. — Ventura de la		503	— Principios de Filosofía	9
	Vega.....	1	429	— Hipnotismo y suges-	
116	Varios autores.—Cuen-			tión.....	2
	tos escogidos.....	3	143	Zola.—Balzac.....	1
276	— El Derecho y la Socio-		148	— Chateaubriand.....	1
	logía contemporáneos..	12	144	— Daudet.....	1
277	— Novelas y caprichos..	3	146	— Dumas (hijo).....	1
55	— Ramillete de cuentos.	3	86-87	— El Doctor Pascual	
82	— Tesoro de cuentos....	3		(dos tomos).....	6
428	— Los grandes discursos		50-51	— El naturalismo en el	
	de los máximos orado-			teatro (dos tomos)....	6
	res ingleses modernos.	7	35	— Estudios críticos.....	3
338	Virgilio.—Manual de Es-		17	— Estudios literarios...	3
	tadística.....	4	147	— Flaubert.....	1
278	Vivante.—Derecho mer-		154	— Gautier.....	1
	cantil.....	10	141	— Jorge Sand.....	1
419-420	Vocke. — Principios		23	— La novela experimen-	
	fundamentales de Ha-			tal.....	3
	cienda (dos tomos)....	10	9	— Las Veladas de Medán.	3
498	Wharton.—Los millona-		149	— Los Goncourt.....	1
	rios de los Estados Uni-		67-68	— Los novelistas natu-	
	dos.....	5		ralistas (dos tomos)....	6
4	Wagner.—Recuerdos de		30	— Mis odios.....	3
	mi vida.....	3	150	— Musset.....	1
325	Waliszewski.—Historia		32	— Nuevos estuds. literarios.	3
	de la Literatura rusa..	9	165	— Sainte Beuve.....	1
408	Wallace.—Rusia.....	4	145	— Sardou.....	1
309	Westermarck.—El ma-		159	— Stendhal.....	1
	trimonio en la especie		142	— Víctor Hugo.....	1

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6.--Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.
Westermarck. — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
Taine. — La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas. — El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas. — Nápoles, 3 pesetas. — Roma, 2 tomos, 6 pesetas. — Florencia, 3 pesetas. — Venecia, 3 pesetas. — Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Aranjo.** — Goya, 3 pesetas.
Asensio. — Pinzón, 3 pesetas. — Fernán Caballero, 1 peseta.
Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.
Bergeret. — Mouton (Merinos), 1 peseta.
Bourget. — Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor. — Cánovas, 1 peseta.
Dorado. — Concepción Arenal, 1 peseta.
Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.
Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta. — Tamayo, 1 peseta.
Gautier. — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas. — Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 peseta.
Goncourt. — María Antonieta, 7 pesetas. — Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas. — La Du-Barry, 4 pesetas.
Gladstone. — Lord Macaulay, 1 peseta.

- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine. — Memorias, 3 pesetas.
Lange. — Luis Vives, 2,50 pesetas.
Macaulay. — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. — La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant. — Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo. — Núñez de Arce, 1 peseta. — Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval. — María Stuardo, 6 pesetas.
Molins. — Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Morley. — Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.
Nisard. — Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.
Nourrison. — Maquiavelo, 3 pesetas.
Pardo Bazán. — El P. Coloma, 2 pesetas. — Alarcón, 1 peseta. — Campoamor, 1 peseta.
Passarge. — Ibsen, 1 peseta.
Picón. — Ayala, 1 peseta.
Renán. — Memorias íntimas, 2 tomos 6 pesetas.
Sainte-Beuve. — Tres mujeres, 3 pesetas. — Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Tolstoy. — Mi infancia, 3 pesetas. — Mi confesión, 3 pesetas.
Valera. — Ventura de la Vega, 1 peseta.
Wagner. — Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola. — Jorge Sand, 1 peseta. — Víctor Hugo, 1 peseta. — Balzac, 1 peseta. — Daudet, 1 peseta. — Sardon, 1 peseta. — Dumas, 1 peseta. — Flaubert, 1 peseta. — Chateaubriand, 1 peseta. — Goncourt, 1 peseta. — Musset, 1 peseta. — Gautier, 1 peseta. — Stendhal, 1 peseta. — Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

- Arnold.**—La crítica en la actualidad 3 pesetas.
Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.
Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

- Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 2 tomos.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
Macaulay.—Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.
Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho internacional (público y privado), 4 ts., 30 ptas.
Mattirolo.—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 2 tomos, 18 pesetas.
Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.
Perrot.—El Derecho público de Atenas, 4 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 19 tomos, 134 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.
Spencer.—La justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Summer-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y For-

gas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhacter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

George.—Protección y librecambio, 9 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.

Marshall.—Economía política, tomo I, 7 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Bagehot.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia, 4 pesetas.

Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 pesetas.

Brook Adams.—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la Filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Comte.—Principios de Filosofía positiva, 2 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.

Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.

Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Höfding.—Psicología experimental, 9 pesetas.

Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.

Martin.—La moral en China, 4 pesetas.

Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas; Psicología, dos tomos, 12 pesetas; Ontología, 10 pesetas; Criteriología, 9 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la Moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación (3 tomos), 30 pesetas.—Estudios de historia filosófica, 4 pesetas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Strafforello.—Después de la muerte, 3 pesetas.

Tarde.—Filosofía penal, 2 tomos, 14 pesetas.

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas.—Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

Ribbiug.—La higiene sexual y sus consecuencias morales, 3 pesetas.

HISTORIA

- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pesetas.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Bryce.**—La República Norte-Americana, tomo I, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Eltzbacher.**—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Gonblanc.**—Historia general de la Literatura, 6 pesetas.
- Guizot.**—Abelardo y Eloísa (Estudio histórico), 7 pesetas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 tomos, 25 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España contemporánea, 8 pesetas.
- Lewis-Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Prevost-Paradol.**—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.
- Roosevelt.**—Nueva York, 4 pesetas.
- Starke.**—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura inglesa, 5 tomos, 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 5 tomos, 36 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
- Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.

Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.

MISCELANEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Breal.**—Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones), 5 pesetas.
- Bredif.**—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Larcher y Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.
- Max-Muller.**—La mitología comparada, 7 pesetas.
- Novicow.**—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.
- Rozán.**—Locuciones y proverbios, dichos y frases indispensables en la buena conversación, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

- Balzac.**—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Bret-Harten.**—Bloqueados por la nieve, 2 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.

tas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—
 Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Hol-
 denis, 3 pesetas.
Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.
Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.
 —La Evangelista, 3 pesetas.—No-
 velas del lunes, 3 pesetas.—Cartas
 de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos
 y fantasías, 3 pesetas.
Dostoyusky.—La novela del presi-
 dio, 3 pesetas.
Dumas.—Actea, 2 pesetas.
Flaubert.—Un corazón sencillo, 3
 pesetas.
Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—
 Renata Mauperin, 3 pesetas.—Ger-
 minia Lacerteux, 3 pesetas.—La
 Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3
 pesetas.—La señora Gervaisais, 3
 pesetas.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 pe-
 setas.
Korolenco.—El Desertor de Saja-
 lín, 2,50 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Se-
 dán), 3 pesetas.
Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—
 Mis perlas, 3 pesetas.
Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Papini.—Lo trágico cotidiano y el
 Piloto ciego, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas,
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pe-
 setas.
Tolstoy.—La sonata de Kreutzer, 3
 pesetas.—Marido y mujer, 3 pese-
 tas.—Dos generaciones, 3 pesetas.
 El ahorcado, 3 pesetas.—El prín-
 cipe Nekhli, 3 pesetas.—En el
 Cáucaso, 3 pesetas.—La escuela de
 Yasnaya Poliana, 3 pesetas.—Los
 Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbé-
 cil, 3 pesetas.—El canto del cisne,
 3 pesetas.—El camino de la vida,
 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pese-
 tas.—Los hambrientos, 3 pesetas.
Turgueneff.—Humo, 3 pesetas.—
 Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Ju-
 dío, 3 pesetas.—El rey Lear de la
 Estepa, 3 pesetas.—Un desespera-
 do, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pe-
 setas.—Aguas primaverales, 3 pe-
 setas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.
 El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hi-
 jos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3
 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pe-
 setas.
Varios autores.—Ramillete de
 cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de

cuentos, 3 pesetas.—Cuentos es-
 cogidos, 3 pesetas.

Wharton.—Los millonarios de los
 Estados Unidos, 5 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pe-
 setas.—La novela experimental, 3
 pesetas.—El Doctor Pascual, 2 to-
 mos, 6 pesetas.

PEDAGOGÍA

Bunge.—La Educación, 12 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación ale-
 mana, sobre regeneración y educa-
 ción de la Alemania moderna, 5
 pesetas.

Guyau.—La educación y la heren-
 cia, 8 pesetas.

Hailman.—Historia de la Pedage-
 gía, 2 pesetas.

Huxley.—La educación y las cien-
 cias naturales, 6 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 pese-
 tas.

Max Muller.—La ciencia del len-
 guaje, 8 pesetas.

POESÍA

Campoamor.—Ternezas y flores,
 Ayes del alma, Fábulas; todo en
 un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Can-
 tares, Humoradas; todo en un tomo,
 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 ptas.

RELIGIÓN

Barthelemy-Saint-Hilaire.—Bu-
 da y su religión, 7 pesetas.

Döllinger.—El Pontificado, 6 pese-
 tas.

Max-Müller.—Historia de las reli-
 giones, 8 pesetas.

Renan.—Estudios de historia reli-
 giosa, 6 pesetas.—Vida de los San-
 tos, 6 pesetas.

Stuart Mill.—Estudios sobre la Re-
 ligión, 4 pesetas.

White.—Historia de la lucha entre
 la Ciencia y la Teología, 8 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía so-
 cial, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización,
 3 pesetas.—El derecho y la fuerza,
 3 pesetas.